
W. FERNANDEZ FLOREZ
EL HOMBRE QUE COMPRÓ UN AUTOMOVIL
NOVELA
BARTOLOZZI
Lectulandia

Cuando Fernández Flórez escribió esta novela, la civilización del automóvil estaba en su fase idílica, y aún se desconocían voces como embotellamiento o atasco. Por eso sorprende tanto la inquietante profecía del mundo que se avecinaba, un mundo poblado de «seres mecánicos que se mezclan en nuestra vida, coexisten con nosotros, nos entorpecen o nos ayudan y hasta nos matan». Si en el cuerpo de la novela predominan la ironía, la caricatura, la hipérbole y el sarcasmo, capaces de excitar la hilaridad del lector, el Colofón se tiñe de tonos sombríos e incluso trágicos, y la ironía se diluye en amargura ante la visión caótica y absurda de un mundo insospechablemente cercano.

Lectulandia

Wenceslao Fernández Flórez

El hombre que compró un automóvil

ePub r1.0
chungalitos 04.09.14

Wenceslao Fernández Flórez, 1932

Editor digital: chungalitos
ePub base r1.1

Prólogo

Esta obra tiene una pretensión: la de orientar la literatura de nuestra época por el astro de un ideal nuevo: el que constituye la armazón de una escuela que bien puede denominarse utilista y que declaro en función desde este momento.

Recientes investigaciones acerca de las preferencias del público nos hacen saber que la comente de la atención se ha desviado de los viejos temas novelescos. Hace mucho tiempo que existe tal fenómeno, evidente hasta para los menos sagaces observadores. Algunos ingenuos —gente de pocos años— ensayaron un sistema, del que se prometían grandes ventajas: decir lo mismo que los anteriores de distinta manera. Enrevesaban la construcción de las frases, pero conservaban los tópicos del pensamiento. Los lectores se aburrieron más aún y se lanzaron sobre los tomos de matemáticas y, cuando su imaginación les pedía un alimento más entretenido y fantástico, sobre los volúmenes en que se desarrollan teorías para la gobernación de los pueblos.

Nada más justificado que el rencor contra los antiguos asuntos de la novela. Ella le ha mostrado al Amor un camino del que el Amor vuelve ya desencantado y tedioso, con la amargura del engaño en el corazón y el empalagoso sabor del merengue en los labios. Ella nos obligó a beber, para parecemos a sus personajes, ese vino pálido como una señorita cursi, ruidoso como un carretero borracho, y que se cree siempre en el deber de hacernos cosquillas en el gaznate y en la nariz para inducirnos a creer que nos divierte… No es preciso aclarar que estoy refiriéndome al champaña.

Al barrer esas preocupaciones —hoy tan triviales— del jardín por donde la Literatura se paseaba fruncida su boquita de piñón, deshojando con ademán importante la mustia margarita de sus temas, parece que lo hemos convertido todo en un erial, y que nada hay ya capaz de merecer que las Musas hilen un nuevo hilo para que borden con él sus páginas de escritores. Es un error. En el mundo aparecen incesantemente seres nuevos y situaciones distintas. Quizá un hombre haya sufrido algunas tribulaciones para conseguir que una muchachita vestida de blanco le siguiese al altar —lo que, al fin y al cabo, no le atañe a nadie más que a sus hijos—, pero ¿no hay más dramatismo muchas veces en las circunstancias que impelen a un señor a adquirir un automóvil, y más interés en todo lo que puede ocurrirle en cuanto lo posee?

Numerosos seres mecánicos se mezclan en nuestra vida. Coexisten con nosotros, nos entorpecen o nos ayudan, y hasta nos matan. Son tan abundantes o más que la humanidad misma. Influyen en las características de nuestro tiempo y al insertarse en él inician la divergencia con el tiempo anterior. El aeroplano, por ejemplo, ha modificado nuestra época más profunda, duradera e importantemente que Lenin. ¿Por

qué no tiene aún una novela el aeroplano?

Muchas veces se han escrito trescientas páginas para demostrar que una muchachita sensible no es feliz si se casa con un comerciante gordo. En vista de esto, se casaban con aviadores delgados, y tampoco les iba muy bien. Pero aunque las novelas acertasen, el tema es pequeñito, cominero y fútil. ¿No es infinitamente más provechoso dedicar esas trescientas páginas a contar las ventajas del empleo diario de una máquina de afeitar? ¿Y no es más ameno y, para mucha gente, más imprevisto?

Yo he vacilado entre dos asuntos: la epopeya del tractor mecánico y la dulce novelita hogareña del aspirador eléctrico. (¡Oh, cuánta belleza hay en un aspirador eléctrico!) Pero me decidí por un tema de mayor universalidad. En nuestros días son muy pocos los hombres y las mujeres que se enamoran. Si se enamoran, guardan el mismo bien educado silenció que cuando se indigestan. Si se atreven a contarnos sus sentimientos, nos aburren. En cambio, hay innumerables personas que ambicionan un coche, e innumerables que lo tienen ya. En la vida de todo el mundo, el automóvil es una preocupación. Antes hablábamos de la sensibilidad de los corazones; ahora, de la marca de los carruajes que han comprado los seres que nos interesan.

Y el mismo automóvil es un ser vivo, con tanto influjo en nuestra vida como una novia o un camarada. Hay automóviles cuya historia es más interesante que la de un hombre. Algunos amigos que os aburren hablándoos de su vulgar existencia, os distraerán si os refieren las excentricidades de su coche.

Por todo eso, esta novela no es una frivolidad, sino la más humana que se ha escrito en nuestro tiempo.

Y ahora, volved la página y leed.

Capítulo 1

Donde soy Robinsón en una plaza pública

La plaza era amplísima, y los automóviles pasaban como las aguas de un torrente, estrepitosos, veloces, saltando en los baches, sucediéndose en oleadas, elevando al cielo el mismo humo blanquecino que escupe el mar cuando se estrella contra los cantiles. En medio de aquella confusión brincaba yo, ora a la derecha, ora a la izquierda…; ya daba una brusca carrerilla, y me inmovilizaba, y sobre la angustia de mi terror sobresalía la alegre sorpresa de no haber sido aplastado todavía.

Cuando la muerte está tan próxima, hierven muchas ideas en el cerebro. Sin perder de vista los raudos coches disparados contra mí como balas monstruosas, evocaba el seguro pasillo de mi casa, maldecía el afán de aventuras que me había impulsado a salir de mi hogar para trabajar aquel día en la oficina, y se me representaron claramente los años de mi niñez en la capital de provincia, en donde no había entonces más que un solo automóvil atacado de la estrepitosa manía de meterse en los escaparates, contra la voluntad de su dueño, pero que nunca manchó sus ruedas de sangre.

No sé cómo pude llegar al salvavidas. Fue un milagro. Bochazos, vacilaciones, aullidos, saltos hacia adelante y hacia atrás… A veces estaba cerca del refugio y a veces muy lejos, como náufrago a merced de la resaca. Al fin, caí extenuado, jadeante, sobre aquella especie de plataforma que alzaba su nivel casi un pie sobre el nivel de la plaza. ¡Fffú!, hizo un coche de carreras al deslizarse cerca de mí, y un ingente camión obligó a temblar al mundo… Pero yo estaba en salvo.

He aquí cuál fue mi conducta:

Primeramente oré, para agradecer al Señor el haberme librado de aquel riesgo. Después me tumbé unos instantes para calmar la excitación de mis nervios. Luego procedí a examinar el sitio donde el azar me había arrojado.

El refugio era de cemento, encintado de piedra; tendría unos seis metros de largo de Norte a Sur y dos y medio de Este a Oeste. Árido, llano y solitario. Tan sólo en el centro se alzaba la ancha y férrea columna de una farola pintada de oscuro. La inspección no duró mucho tiempo, y cuando mi curiosidad estuvo satisfecha, me dediqué a pasear por el extremo meridional de aquel salvavidas, que era un verdadero islote entre la incontenible e ininterrumpida riada de autos. Dominaba toda la extensión de la plaza y veía la rápida y compacta sucesión de carruajes, de todos los colores y todos los tamaños, que aparecían y desaparecían más veloces que las aguas

del Niágara. Entonces me maravillé más aún de haber llegado a aquel lugar sin un rasguño y comprendí dolorosamente que haría falta estar loco para intentar de nuevo cruzar la vastitud del paraje en busca de la acera. Esta seguridad hizo desmayar mi espíritu. ¿Cuánto tiempo tardaría en poder salir? ¿Se habría marchado ya el habilitado cuando yo consiguiese llegar a la oficina? La situación de un hombre en un refugio desierto en medio de una plaza no es —os lo aseguro— nada envidiable. Intenté distraerme contando los coches; luego, procurando adivinar el número final de su matrícula y apostando a él como si jugase a la ruleta contra un banquero imaginario. Gané muchos miles de duros, pero esto no impidió que mí mal humor se acrecentase. Entonces resolví pasearme por el extremo septentrional. Y apenas rebasé la línea de la farola, me inmovilicé de estupor. Sentado en el suelo, al socaire de la ancha columna, estaba un hombre delgado y pequeño, apoyados sus codos en las rodillas y el rostro entre las manos, con una mirada de desesperación clavada en el aire sucio de vapores de gasolina. Al advertir mi presencia, volvióse hacia mí, y yo vi su cara empalidecida, flaca y sombreada por una barba de sesenta horas. ¡No era yo solo el habitante del islote! Y no puedo decir ahora si aquel descubrimiento me produjo alegría o sobresalto.

—¿Cómo ha llegado usted? —me preguntó aquel hombre, con voz cascada.

—No sé —le dije—. Quise atravesar la plaza… Hace media hora que estoy aquí…

—¿Media hora? —rugió sordamente—. ¡Desde las diez de la mañana me encuentro en este desierto del diablo!

¿Han dado ya las seis?

—Son las cinco en punto.

Miró sombríamente el movible océano de coches.

—¡Es igual! —dijo—. ¡Nunca más podremos salir!… ¿Tiene usted tabaco?

—No.

—Eso me faltaba.

Volvió a caer en su mutismo. Llegué hasta el extremo norte, regresé, me senté a su lado.

—¿Y su coche? —me preguntó.

—No tengo coche.

Me examinó con curiosidad.

—¡Qué extraño! ¿Es usted un peatón?

—Sí.

—Nunca he visto uno de cerca tanto tiempo. ¿Cómo ha hecho usted para no comprar un auto?

—No me lo explico —balbucí—; no sé…

—Verdaderamente es muy difícil —comentó—; está de Dios que hoy me han de

ocurrir cosas extraordinarias. Yo no sé moverme sin mi coche, pero se encuentra en reparación. Tuve que salir… Marché, al principio, por la acera; pero… me faltaba espacio…, necesitaba correr… Me lancé a la calzada, y al llegar aquí…, de pronto…, ¿sabe usted?…, me pareció ridículo lo que estaba haciendo…: moverse sobre el compás de las piernas, en vez de rodar, sorprende… Cuando se llevan tantos años como yo sobre ruedas, se ve lo absurdo que es trasladarse de un sitio a otro sobre un compás… ¡Un compás como medio de locomoción!… ¡A quién se le ocurre! ¿Hay mayor desatino? Me azoré, perdí la serenidad…, estuve treinta veces a punto de ser atropellado…; hasta que conseguí refugiarme en este sitio… Si logro escapar de él, nunca volveré a salir sin un coche. Pero no creo que nos libertemos… Hay que idear algo.

—Primeramente, creo que debiéramos bautizar este sitio. Es lo que se acostumbra.

Meditó:

—No tengo nada que oponer. Soy su primer ocupante. Mi nombre es Juan Antonio. Llamémosle «Tierra de Juan Antonio».

—Mejor es llamarle «Nueva Corana» —propuse llevado por la nostalgia, tan frecuente en trances parecidos.

—Bueno —aceptó él.

Se puso en pie y me sacudió un hombro.

—¡Es preciso pensar alguna cosa! —ordenó—. No podemos dejarnos vencer así por la fatalidad. Estamos solos, aislados; no contamos más que con nuestras fuerzas. Tengo sed, tengo hambre, y este refugio es de una aridez infernal. ¡Si al menos dispusiésemos de algún tabaco!… Voy a explorar esto.

Se separó de mí; le vi tenderse en el suelo y mirar entre las ruedas de los automóviles que pasaban. Al fin, volvió, jubiloso:

—¡A quince metros, sobre el asfalto, hay un cigarro puro casi entero; el aire de la marcha de los autos le hace rodar; cada tres coches avanza dos centímetros! Pronto estará a nuestro alcance.

Fuimos a verlo. Se acercaba con lentitud; pero el azar quiso que cambiase de rumbo y se deslizase paralelamente al refugio; dio tres vueltas alrededor de él, lo perdimos de vista durante diez minutos y volvió a aparecer rodando atropelladamente detrás de un torpedo. Cuatro metros nos separaban de él. Mi compañero se irguió, esperó un momento favorable, saltó al asfalto y regresó con el puro. Nuestros corazones palpitaban.

Eran las seis y media de la tarde.

A las siete dijo el hombrecillo:

—No he podido almorzar. Poco me importa. Pero tampoco he podido merendar, y esto sí que no puedo sufrirlo. Todas las tardes tomo un té completo o un sándwich

con cerveza, y me consideraría deshonrado si faltase a esa costumbre. ¿Se le ocurre alguna solución?

—¡Oh, si hubiese un medio!… Yo también merendaría con apetito.

Me miró con ojos brillantes.

—En casos como el nuestro, ya se sabe lo que hay que hacer… Es imposible salir de aquí, no podemos lanzar al asfalto una botellita con un papel pidiendo socorro; a nuestro alrededor no hay nada comestible. Únicamente…

Acercóse más.

—Únicamente… Nosotros mismos… Retrocedí asustado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo que se dice siempre. Sorteemos. El que gane podrá cortarle al otro dos trozos de carne de las piernas: uno para cada uno… Las piernas no sirven para nada.

—Verdaderamente, no hay otro recurso —suspiré. Echamos al aire una moneda. Acertó él. Inmediatamente perdí el apetito. Sacó una navajita del chaleco y comenzó a afilarla en el encintado.

—¿Puedo intentar una cosa? —pregunté.

—Usted dirá.

—¿Puedo ver si pasa algún amigo en estos coches y nos lleva de aquí?

—Pchs. Bien… Cinco minutos.

Trepé por la farola y oteé el horizonte. Carruajes y carruajes…; chóferes desconocidos con la vista fija ante sus coches, hipnotizados por la función de guiar. Techos charolados, capots bruñidos, parabrisas centelleantes… Carruajes, carruajes, carruajes…

—¿Qué? —gritó desde abajo el hombrecillo.

Callé.

—¡Baje, amigo! —volvió a gritarme.

Agité melancólicamente mi pañuelo sobre aquella extensión.

Mi compañero trepó a su vez, gruñendo.

—No sé a qué hora vamos a merendar.

Yo comprendía su actitud. Para un hombre civilizado, la merienda es una necesidad imprescindible. En nuestra situación de robinsones de una islilla estéril, era forzoso apelar al viejo arbitrio de la antropofagia. Pensaba así, y sólo una última vacilación inexplicable me sostenía agarrado al ápice de la farola.

Entonces sonó una voz:

—¿Qué haces ahí?

Miré hacia abajo. Asomado a la ventanilla de un magnífico coche, mi amigo Garcés mostraba en su semblante un gesto de regocijo y de extrañeza.

Fuimos alegremente hacia él. Dos minutos después surcábamos la plaza bulliciosa.

—Garcés —fueron mis primeras palabras—, necesito comprar un auto.

Tendí mi mirada hacia el lugar donde había pasado unas horas crueles. El refugio Nueva Coruña había desaparecido, oculto tras la masa de coches.

CAPÍTULO 2

En el que conozco a un agente

Tu decisión de comprar un automóvil me parece plausible —dijo Garcés, después de haber escuchado la narración de mi pavorosa aventura en el salvavidas— y te honra mucho el haberla adoptado. Los automóviles son… las piernas de los hombres modernos. Si no tienes un coche, no eres nadie. ¿No te da vergüenza ser un pobre peatón?

—Sí; a veces me da vergüenza —gemí.

—Naturalmente. La humanidad ha considerado siempre como un estigma el tener que andar, y desde los tiempos más remotos procura redimirse de él, ya subiéndose a un caballo, ya moviendo las palancas de un avión, ya afrontando el ridículo sobre una bicicleta. Si tú no andas, eres un paria. Desde luego, te falta algo para ser un hombre de tu tiempo. Complétate con un auto.

—Temo únicamente la ruina —murmuré—. Mi dinero es escaso, y… Este coche es magnífico. Debió de costarte una fortuna.

Garcés me miró.

—¿Cómo una fortuna? Ni un céntimo. Sí; no es mal coche. Pero mañana saldré en otro mejor.

—¿Tienes muchos?

—Tengo muchísimos. Tengo todos los coches de todas las marcas. Te digo que ya comienzo a aburrirme.

—Pero eso valdrá una millonada, Garcés.

—Afortunadamente —dijo con aire de lástima, dando unas palmaditas en mi rodilla—, has tropezado conmigo, que soy un buen guía en estas cuestiones y te puedo informar. Cuando he aplaudido tu intención de comprar un auto, fue sólo la intención la que mereció mi alabanza. Hay que desear siempre comprar un coche, pero no debe comprarse nunca, y ésta es la manera de tenerlos todos.

—No me explico…

—Este automóvil no me pertenece. El de ayer tampoco. Ni el de mañana. Son carruajes en pruebas. Yo digo a las casas vendedoras: «Quiero comprar uno de sus coches; probémoslo.» Y el agente me pasea en sus mejores aparatos. Hoy es un cupé, mañana un roadster después un «siete asientos»…, Cuando he agotado todos los modelos de una casa, voy a otra y repito: «Quiero comprar uno de sus coches; probémoslo.» Y me va muy bien: he subido la Cuesta de las Perdices a todas las

velocidades; conozco a carretera de El Pardo como el pasillo de mi casa; raro es el día que no voy a oxigenarme a la Sierra, y en las calles de Madrid he saludado a todos mis conocidos sacando alegremente la mano por las ventanillas de cincuenta coches distintos. Me traen y me llevan a la marcha que se me antoja, puedo invitar a algún amigo, los agentes me pagan el aperitivo y me convidan a merendar. Soy feliz y mis gastos se han reducido mucho. Cuando haya recorrido todas las marcas, comenzaré por los particulares que desean vender sus coches. Ese es un venero inagotable, y podré llegar así hasta el fin de mis días. ¿Qué te parece?

—Estoy deslumbrado, Garcés. Es un hallazgo ese sistema.

—¡Pchs! No está mal. Y se adquieren muchas relaciones.

El joven que guiaba el auto descorrió el cristal que nos separaba de él y gritó hacia el interior del coche:

—¿Se fija usted en la suavidad de los muelles? Garcés meditó un poco.

—Sí —dijo al fin—; estoy muy contento de la suavidad de los muelles. Muy contento.

—Acabamos de pasar un bache, profundo como un pozo —insistió el joven—. ¿Lo ha sentido usted?

—¿Lo has sentido tú? —me preguntó Garcés,

—No…; creo que no…

—No he sentido el bache —gritó mi amigo—. Y tengo la satisfacción de decirle que este compañero tampoco se ha dado cuenta de nada.

—Es el mejor coche del mundo —alabó el otro.

—Sin duda, sin duda —respondió Garcés con aire preocupado—. Pero he notado en él una cosa extraña…

—¿Qué?

—¡Oh, nada que valga la pena decirse!…

—Hable usted…

—¡Es tan curioso!

—Con franqueza…

—No…; sí es que…

—Veamos, señor Garcés…

—Pues que…; la verdad, no sé cómo explicármelo, pero a la media hora de estar aquí dentro comencé a sentir unos deseos de…, va usted a decir que es una tontería. Nunca me ha ocurrido antes de ahora…

—¿Deseos de qué?

—De…, ¡figúrese!…, de comer unas raciones de jamón de York. Es curioso, ¿eh?

—Es muy curioso —afirmé yo con gesto reflexivo.

—¡Ah! —exclamó con júbilo el joven del volante—. Es que nada hay que abra tanto el apetito como un paseo en un buen coche. Es una de las ventajas de nuestro

doble faetón.

—Lo reconozco, lo reconozco —murmuró Garcés con aire de quien sucumbe ante la evidencia—. No hay más remedio que reconocerlo —mayé a mi vez, vagamente ilusionado por aquella evocación gastronómica.

Entonces, el representante nos convidó a merendar. Garcés engulló bizarramente, y una hora después me hizo llevar en el espléndido coche hasta la puerta de mi casa.

Tengo que hablar de esta casa para que pueda comprenderse lo que ocurrió después.

Alquilé aquel quinto piso cuando Malvina y yo creímos que nuestra pasión sería eterna. El edificio era nuevo y disponíamos en él de ocho habitaciones, en cada una de las cuales cabía una persona en pie y, si no era de exagerada estatura, podía extenderse a lo largo del suelo, aunque no a lo ancho; después nos habituamos a dormir de costado y conseguimos introducir en un cuarto interior un armario que, quizá por haberse dilatado un par de centímetros, nunca más pudo salir de allí. El trastorno más serio nos lo produjo el tener que despedir a la cocinera, demasiado gorda para caber en la cocina y a la que en los primeros días hubo que lubricar, como a un émbolo, para que pudiese girar menos dolorosamente entre aquellas cuatro paredes.

La felicidad de mi convivencia con Malvina se veía turbada por mis pesadillas nocturnas, en las que se reflejaba sistemáticamente el malestar por la angostura del dormitorio. Estos sueños me acongojaban, porque siempre me encontraba en ellos convertido en un ser o una cosa incongruente con mi verdadera condición, y me asaltaban ansias que nunca había sentido. Así, soñé que era un puro de dos pesetas, encerrado con otros muchos compañeros en una caja intacta, y deseaba con fervor angustioso que alguien la comprase, por fin, y la abriese y se fumase a mi compañero de la derecha o al de la izquierda, para quedar un poco desahogado. Al día siguiente soñé que era el tapón de una botella de champaña, y cuando, cerca del amanecer, conseguí que me hiciesen saltar unos juerguistas, hice «¡pum!», y le di a la dulce Malvina tan fuerte cabezazo en una sien, que la infeliz se despertó, braceó un instante en la oscuridad, convencida de que acababa de ser víctima de un ataque de meningitis, y se quedó K. O. hasta que el reloj, como un arbitro, contó las nueve de la mañana. Otro día soñé que era un pie al que habían introducido en una bota apretadísima. Nada de esto era muy agradable, y a pesar de la dulzura de nuestros amores, entraba siempre en el nicho de aquel cuarto con verdadero terror. Una noche me despertó Malvina.

—Jorge, me parece que hay alguien en la casa —me sacudía suavemente.

—¿Qué? —vociferé.

—No grites.

—¿Qué? —murmuré.

—¿Estás despierto?

—No sé.

—Jorge, me parece que hay alguien en la casa.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Temo que sea un ladrón. Escucha.

Escuché, boca arriba, con los ojos abiertos y toda la atención concentrada en los oídos. Alguien recorría el pasillo eje la casa, sin poner demasiado celo en que no resonasen sus pisadas. Pisadas decididas, hombrunas.

Pensé, completamente despejado:

—Sin duda hay un intruso en la morada.

—¿Oyes? —suspiró Malvina.

—Sí.

—¡Dios mío! ¿Qué haremos?

Yo sabía perfectamente que esta pregunta quería decir:

—Ya sabes lo que te corresponde hacer. Debes levantarte, coger tu revólver, ir en busca del malhechor y exponerte a que te mate el muy criminal, mientras yo me quedo aquí encerrada y lanzando gritos. Para eso eres un hombre.

Sin embargo, confieso que no me causaba demasiada alegría el cumplimiento de este deber. Quise ganar algún tiempo, por si el ladrón acababa mientras tanto sus quehaceres y se decidía a marcharse. Y me dediqué a calcular, por eliminación, quién podría ser el que se paseaba por los corredores.

—¿Será Domingo, el criado?

—No, no es Domingo.

—El gato no puede ser, tampoco.

—Imposible.

—¿Por qué dices «imposible», Malvina? No me gusta esa rotundez de juicio. Por la noche los gatos hacen muchas tonterías.

—Pues no es el gato.

—Bien, ahora veremos.

Salté de la cama, empuñé la pistola y salí sigilosamente. Malvina me seguía, amparándose tras de mí. Iban y venían las pisadas… Cuando parecieron sonar más cerca, hice girar la llave de la luz y encañoné el pasillo, con la boca seca y las cejas en lo alto de la frente, como si quisieran huir a esconderse entre los revueltos mechones. En el pasillo no había nadie.

—Creo que ahora anda por el comedor —insinuó Malvina.

Y fuimos al comedor, a paso de lobo. Nadie. El gato, que dormía sobre una silla, alzó la cabeza y nos miró. Todo en orden. El reloj de pared marcaba las tres menos cuarto, semejante a un gran rostro lívido con bigotes a la italiana.

Los pasos volvieron a sonar. En un cuchicheo, llegamos a convenir que el ladrón

estaba en el gabinete.

Tampoco. Así, guiados por aquellas pisadas y burlados incesantemente por ellas, recorrimos toda la casa, inspeccionamos todos los rincones, fuimos y vinimos de la fachada norte a la fachada sur, precedidos por el cañón de la pistola, sin encontrar al enemigo. Cuando estábamos en la sala, se alejaba el taconeo hacia la cocina. Cuando llegábamos a la cocina, se retiraba hacia la sala. Excitados, vehementes, perdido el miedo en aquella desesperación de lo inaprensible, corríamos ya ligeramente de acá para allá, según la indicación del ruido. Puede calcularse que a las cuatro y media habíamos recorrido quince kilómetros. A esa hora cesaron las pisadas.

—¡Ya se fue! —respiramos, y, enfermos de fatiga, nos quedamos instantáneamente dormidos.

Esto ocurrió un lunes.

El miércoles, Malvina volvió a despertarme. Le castañeteaban los dientes de terror y me costó gran esfuerzo enterarme de lo que hablaba.

—¿No has oído?

—No. ¿Qué es?

—¡Espantoso! Ahora calló… ¡Huy, ya vuelve! Sentí un largo escalofrío. Acababa de sonar, allí, a mi lado, un lamento triste, triste como de dolor infinito. Era imposible de localizarlo exactamente. Parecía a veces brotar de la almohada, y otras, llegar de la percha que se alzaba en un rincón, o de alguien que se inclinase sobre la cama, o de alguien que agonizase debajo de ella.

La queja se repitió, y ahora fue creciendo para convertirse en un aullido de perro que ventea la muerte, Al final, una voz acongojada acusó:

—¡Por tu culpa, canalla, por tu culpa!

Malvina me apretó un brazo.

—¿Qué es eso, Jorge?

Y yo, horripilado:

—No lo sé, pero es tremendo.

Otra queja ululante nos obligó a esconder la cabeza bajo las sábanas, y un grito feroz nos hizo incorporar, despavoridos.

—¡Vámonos de aquí, Jorge! Yo no puedo soportar esto más tiempo.

Huimos al comedor, al otro lado de la casa. Envueltos en las mantas, nos disponíamos a reposar, cuando resonó a nuestro lado una alegre carcajada… Dijo una voz en las tinieblas:

—¡Cosquillas, no!

Otra carcajada que brotaba del filtro. La misma voz, que parecía salir del trinchero, ordenó desmayadamente:

—¡No más cosquillas, por Dios, que no puedo!… Del aparador corrió, como un chorro, una larga risa nerviosa.

Medio muerta de terror, Malvina se había abrazado a mí. La lámpara comenzó a cantar con acento ronco:

—¡Oh, la-ra-rá!… ¡Oh, fa-re-do!

—¡Jorge de mi vida! —gimió mi amada—. ¡Ya sé lo que ocurre: está embrujada la casa! Esos lamentos, esas maldiciones, esas risas… Son almas en pena, Jorge. ¡Señor, Señor; dónde nos metimos! Recemos para aplacarlas. Y rezamos fervorosamente. Al otro día mandé subir al portero.

—No sé lo que sucede en esta casa —gruñí—, pero cualquiera diría que hay brujas en ella.

El humilde hombrecillo, perdido en la inmensidad de su librea, me miró con ojos asombrados. Parecía haberse despertado por primera vez desde que se había hecho cargo de la portería.

—¿Brujas? No, señor. Estoy seguro de que no hay ni una sola. Nadie se ha quejado nunca de que en esta casa hubiese algo de más. ¿Cómo se le iba a ocurrir al propietario poner una bruja, si escatimó las viguetas todo lo que pudo? Aquí no hay brujas, como no hay ratones, ni cucarachas, ni nada de lo que se puede prescindir buenamente. Por lo que a mí atañe, una casa sin cucarachas no me parece tal casa. Se lo he dicho al propietario: «En todas las casas de Madrid hay cucarachas: son una nota del hogar, anuncian la llegada del verano y distraen a los chiquillos. ¿Por qué no soltar aquí unas cuantas?» Y él me respondió: «Tú verás lo que haces, Manuel, porque si las cucarachas mueven más de tres o cuatro granos de cemento en sitios estratégicos, va a venirse abajo el edificio.» Y no insistí. ¿Por qué cree usted que hay brujas?

—El lunes recorrió toda la casa un individuo al que no pudimos encontrar. Oíamos sus pisadas, pero no lo veíamos.

Manuel movió la cabeza.

—Sería el vecino de arriba, que se está preparando para examinarse, y se pasea mientras estudia.

—Ayer sonaron en nuestra alcoba lamentos incesantes.

—La señora del centro derecha tuvo un niño al amanecer.

—¿Y quién vive en el centro izquierda? Una pareja de recién casados.

Cavilé un instante.

—¿De qué están hechas aquí las paredes, Manuel? ¿De pergamino?

—¡Oh, no, señor! Resultaría muy caro. Pero, ya que me habla usted de ellas, tengo que rogarle que tenga cuidado antes de hundir ningún clavo en los muros. Anteayer metieron ustedes media pulgada de alcayata en el hombro de un vecino que estaba al otro lado, apoyado en la pared.

Después de esta conversación pude explicarme otros fenómenos extraños que ocurrieron en aquella casa; conocí los secretos de mis vecinos, escuché sus riñas,

recogía hasta los suspiros que lanzaban. Pero perdí para siempre a Malvina, que se marchó inesperadamente un día, enamorada de otro hombre que poseía un pequeño chalé aislado en las afueras.

Luego que Garcés me dejó en mi vivienda, mientras Domingo me ayudaba a cambiar de traje, conversé un poco con mi fiel criado.

—¿Qué te parecería si comprase un automóvil? —le dije.

—El señor sabe muy bien lo que le conviene —respondió respetuosamente.

—No estoy muy convencido aún, pero… ¡quién sabe, quién sabe!

Un minuto después de pronunciadas estas palabras, sonó el timbre de la puerta. Domingo fue a abrir y volvió para anunciarme una visita.

En el despacho me esperaba un visitante de mediana edad, trajeado con decencia, en cuyo rostro sorprendía la expresión de un cansancio infinito, de una fatiga de la que sólo se pudiese recuperar durmiendo todos los años de vida que le restasen. Cuando entré, contemplaba con una melancolía indescriptible el sombrero que sostenía sobre sus piernas. Se levantó trabajosamente.

—¿Ya está usted comprometido? —preguntó con angustia.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh, no está comprometido aún! ¡Alabado sea Dios! ¡Soy el primero!

Tenía los ojos turbios de lágrimas. Avanzó hacia mí, me estrechó la mano con efusión y expuso:

—Soy Moisés Zambrano, agente de ventas de la Tinplate Car Company. ¿Es verdad que quiere usted comprar un coche?

Balbucí, estupefacto:

—Pero, usted…, ¿cómo lo sabe?

—Eso no importa. El caso es que usted quiere comprar un coche…

—¡Pero si yo —exclamé— no hablé con nadie de este asunto más que con un amigo mío, hace unos minutos, en el interior de un auto y en un salón de té!… Explíqueme cómo pudo enterarse, o me hará creer en brujerías…

—¡Oh, señor —aclaró modestamente—, carece de mérito! Tenemos bien montado nuestro servicio de espionaje. Camareros, guardias, criados, médicos, militares, paseantes en apariencia ociosos, que se mezclan entre los grupos… En el hall de los hoteles, en el foyer de los teatros, en todos los sitios donde se reúne cierta clase de públicos hemos instalado micrófonos… Pagamos un tanto por cada delación. Usted viene a las oficinas de la Tinplate a decir: «Me consta que don Fulano de Tal tiene intención de comprar un automóvil.» Y le damos un duro. Inmediatamente, uno de los agentes del retén sale proyectado en busca del posible comprador. Es preciso afinar. La competencia es dura y el mercado está próximo a la saturación. Todas las personas que pueden sostener un coche tienen dos, y el cincuenta por ciento de las que no pueden adquirir ninguno tienen uno. Ahora nos disputamos el otro cincuenta

por ciento. ¿Me permite recomendarle a usted el cupé «Tinplate»? Es el tipo que más le conviene para su edad, su temperamento y sus ocupaciones. Un cupé «Tinplate». Catorce mil pesetas.

—Es más de lo que yo pienso gastar.

—En casos especiales estoy autorizado para rebajarlo a doce mil.

—No me conviene.

—A once mil.

—Es mucho.

—A diez mil.

—No.

—A nueve mil. No ganaremos nada.

—Tampoco.

—Entonces, ¿de cuánto dinero dispone usted?

—De veinte duros.

Volvió a sentarse y se enjugó el sudor de la frente.

—Es muy poco —suspiró, como hablando consigo mismo—; pero yo no puedo salir de aquí sin que usted compre el «Tinplate» 1936. Además de las cien pesetas, ¿qué tiene usted?

Miró alrededor de sí, en la habitación.

—Esa máquina de escribir está muy estropeada.

—Medio uso.

—¿No posee usted un coche viejo?

—Tengo una moto descompuesta.

—Ya la veremos. Y este armario, ¿de qué es?

—De pino. Pero engaña mucho.

—¡Hum! Bien poca cosa. En fin, usted me da la máquina, el armario, la moto, los veinte duros y aquella colección de pipas, en el acto, y me paga dos mil pesetas más en cincuenta plazos.

—No.

—En cien plazos.

—No.

—Sea a razón de una peseta mensual. Y mañana vemos el coche.

—Debo pensarlo aún.

En aquel momento, el timbre de la puerta sonó tenazmente. Hasta el despacho llegaron voces confusas. Las orejas de Moisés Zambrano se pusieron erectas y por su rostro pasó la sombra de una inquietud. Cuando apareció mi fiel criado Domingo, lanzóse hacia él, le arrebató las tarjetas que me traía y ordenó con apremio:

—¡Sálvese usted! ¡Diga que no está en casa! ¡Despache a esa gente! ¡Aprisa!

Quedamos escuchando. Largos murmullos, como los que produce la comparsería

de los teatros tras los telones, diálogos con la criada, un portazo, pisadas numerosas en la escalera…

Abrí un balcón. Frente a mi casa se había inmovilizado una multitud, Zambrano atisbo sobre uno de mis hombros.

—Todos son agentes de automóviles —susurró—. Está usted descubierto. No se marcharán de ahí hasta que usted salga.

Quise aclarar algo que todavía continuaba siendo un misterio para mí.

—Pero ¿cómo pudo usted antes que nadie?…

—¡Oh, señor, una casualidad!… Estaba visitando a su vecino de la derecha. Al través del tabique he oído su conversación con el criado… Me apresuré a venir. Es preciso no descuidarse…

Sacó del bolsillo de su gabán un emparedado de queso, tornó a su asiento y dijo flemáticamente:

—Continuemos charlando de nuestro asunto. Y no se preocupe por mí. Yo tengo aquí mi cena, y duermo en cualquier parte. Así tendré tiempo para enterarle de que entre las ventajas del «Tinplate» 1936…

Capítulo 3

En el que se habla del «Club de los Automovilistas Conscientes»

Llovió tan fuertemente en aquellos días, que el agente Zambrano prefirió aplazar la prueba del automóvil que proyectaba venderme; y nada tendría que contar de aquel intervalo si mi amigo Garcés no acudiese a buscarme, cuando mi tedio era mayor, para que le acompañase a beber un whisky en el «Club de los Automovilistas Conscientes». Debo apresurarme a declarar que aunque mi aversión a casinos, cafés y demás cementerios temporales me hizo resistir durante media hora a las solicitudes de mi amigo, estoy ahora satisfecho y orgulloso de haber permanecido una tarde entre aquellos encantadores caballeros; y hasta no me importa añadir que si yo tuviese un hijo alguna vez, no buscaría en otra parte un preceptor que acertase a formarle con sus consejos. Lo que oí en aquellas horas inolvidables me ha revelado un nuevo sentido de la vida y me fue verdaderamente útil en mis andanzas por el mundo.

Sin embargo, cuando entré en el Club no me prometí ninguna emoción extraordinaria. Cuatro o cinco amplias habitaciones confortables, alfombras espesas, muebles de gusto inglés, fuertes y cómodos, y el lujo de una chimenea donde ardían innecesariamente algunos leños. Esto fue lo que vi. Y cuatro o cinco señores tumbados en las butacas, en actitudes yanquis; uno, parapetado tras un enorme periódico; otro, con los pies más altos que la cabeza, soplando al techo el humo de un cigarro; otro, que sorbía indolentemente un porto-flip al través de una paja… A éste me presentó Garcés cuando nos sentamos en su proximidad ante los whiskys que hervían en burbujitas de oro. La locuacidad de mi amigo enteró en seguida a aquellos señores de mi designio de adquirir un auto. El caballero del porto-flip preguntó entonces displicentemente:

—¿Es un trabajador?

—Más bien un bagatelista —contestó Garcés.

—¡Ah! —hizo con cierto menosprecio el club-man. Fruncí un poco las cejas; pero Garcés se apresuró a explicarme con jovialidad:

—Aún no te he advertido que este Club no es una vulgar reunión de aficionados a devorar kilómetros o de admiradores de la mecánica. Todos los inscritos en las listas de la sociedad son hombres que consideran el automóvil como un maravilloso instrumento para realizar empresas extraordinarias, y ven en él no un fin, sino un medio…

—Y así debe ser —interrumpió con entusiasmo el hombre del porto-flip. El automóvil trae tantas asombrosas posibilidades a la vida moderna, que bien puede decirse que la ha ensanchado hasta límites que nadie podría prever. Lo que ocurre es que la gente no se ha enterado aún; la gente está todavía presa en el estupor de ese invento, y lo examina maravillada, como un niño un juguete. Monta en el auto y no se le ocurre más que correr, o ir de acá para allá, lentamente, lanzando gritos ante un paisaje o un monumento, lo que siempre me ha parecido una trivialidad. Pero los hombres prácticos, los automovilistas conscientes, hemos hecho otras muchas cosas verdaderamente grandes. Y si así no fuese, no podríamos formar parte de este Club.

—Don Pedro tiene derecho a expresarse en estos términos —apoyó Garcés—, porque su hazaña fue de las buenas.

—¡Bah, una minucia! —protestó modestamente el caballero—. ¿Qué valgo yo al lado de Revilla?

—¿Quién es Revilla? —indagué.

—Aquel que está asomado a la ventana.

—¿Uno que hace señas a alguien?

—No; es que de cuando en cuando escupe sobre los transeúntes. Es un misántropo.

—¿Y qué hizo?

—¿Qué hizo? —don Pedro dejó sobre la mesita la copa de porto-flip—. Cerró un grupo escolar que había cerca de su casa, señor mío. Lo cerró él solo, con un seis caballos que no valía ni quinientas pesetas. Un trabajo abrumador coronado con éxito en cinco semanas. Un verdadero récord. Había días en que aplastaba cuatro chiquillos. Golpes soberbios. Yo se lo presentaré, si usted quiere. No espere usted a encontrar un hombre vanidoso; habla de aquel trabajo con una sencillez conmovedora. Más de una vez le he dicho: «¿Cómo se las ha podido arreglar usted, amigo Revilla?» Y él se ha limitado a responderme: «La necesidad obra milagros; para mis terribles neuralgias, los chillidos de aquellas criaturas eran puñaladas en el cerebro; o morir, o barrerlos…; cualquiera hubiese hecho otro tanto.» ¡Es admirable!

—Sí, es admirable —dijo Garcés—; sin embargo, la hazaña de usted me parece superior todavía.

Don Pedro se encogió de hombros.

—Cualquiera de nuestros consocios ha hecho más. Lo que puedo decirle a usted, joven, es que un automóvil bien manejado alcanza, sin grandes dificultades, la felicidad, por huidiza que sea. Si Arquímedes viviese, no pediría nada que no fuese un buen coche. El cincuenta por ciento de los socios del Club ha hecho bodas excelentes gracias a pasearse en magníficos carruajes. Todos se casaron con mujeres encantadoras, que ninguna tenía menos de doscientos mil duros de dote. Y si se objeta que la señora de Muñiz, nuestro secretario, no tenía un céntimo, diré que

Muñiz fue, en definitiva, el más afortunado de todos.

—¿Qué le ocurrió a Muñiz? —indagué.

—El caso de Muñiz —contestó don Pedro con aire reflexivo— no se parece a los demás. Aunque sea muy doloroso para mí, que tanto aprecio sus inmejorables condiciones, debo afirmar que antes de ocurrir lo que le ocurrió no era más que un hombre prendado de la velocidad. Iba y venía sin sospechar que en el automóvil que guiaba hubiese otro placer que el de llegar en seguida a sitios donde no tenía nada que hacer. Los biógrafos de Muñiz pretenden ahora que era un oscurantista, basándose en que ha derribado varios postes telefónicos y telegráficos y de conducción de energía. Con mayor razón aún se le podría presentar como un enemigo de los árboles, contra los que se precipitaba poseído de una aparente furia. Pero la verdad es que Muñiz se ha llevado por delante del radiador muchos objetos que no le interesaban, y que nadie está autorizado a deducir de esto propósitos trascendentales. Yo lo sé bien, porque él mismo me lo ha asegurado confidencialmente. Lo que sucedió fue que Muñiz tuvo, como San Pablo, su «camino de Damasco». Esto fue todo.

Cierto día se le antojó ir a tomar el aperitivo a treinta kilómetros de su casa. Era una tarde de otoño, tibia y melancólica. Se acomodó Muñiz al volante con la dulce voluptuosidad de siempre y se precipitó como un huracán por la carretera. Todo fue bien hasta llegar a una curva del kilómetro 18. Muñiz tomó esta curva demasiado ampliamente, y nada ocurriría si no se le hubiese antojado a una señorita, vecina de aquellos alrededores, sentarse en el pretil para leer una novela inglesa impecablemente decorosa. Muñiz pasó rascando el pretil y la aleta derecha del automóvil segó, cerca de las rodillas, las dos piernas de la joven. Nuestro buen amigo se dio cuenta de que algo grave había sucedido; pero su natural deseo de no beber demasiado tarde el vermut y cierto horror innato a toda clase de escenas sentimentales le impulsó a acelerar más aún la marcha. Esperó oír detrás de él las frases gruesas con que los ignorantes agravian a los automovilistas cuando tropiezan con ellos, pero ninguna voz se alzó. Muñiz se dijo:

—O la he matado o está muy bien educada esa señorita. Siguió. Tomó un aperitivo; después, otro aperitivo; luego, dos aperitivos más. Decidióse a cenar con unos camaradas y a las doce de la noche se lanzó a recorrer en sentido inverso los treinta kilómetros que le separaban de su casa.

Le he oído decir que, ya porque la noche fuese suave, ya porque los aperitivos hubiesen influido bondadosamente en su ánimo, iba casi con lentitud, invadido de un sentimiento de euforia y tarareando una cancioncilla. Al llegar a la curva del kilómetro 18, se paró bruscamente. Los poderosos focos del auto iluminaron el pretil, y en el pretil estaba la señorita con el libro reclinado sobre la falda y una profunda expresión de melancolía. Las dos piernas seguían allí caídas en el suelo, un poco

apoyadas en el pequeño muro, con sus dos zapatitos y sus dos medias de seda vegetal. Muñiz, conmovido, se apeó y acercóse.

—No creí encontrarla a usted aquí aún —balbució, azorado.

—No pude marchar —contestó la joven—, porque después de usted no pasó alma viviente por la carretera. Muñiz se descubrió.

—Le ruego que me perdone. Ha sido un accidente casual… ¿Puedo hacer algo por usted?

—Nadie puede ya hacer nada por mí —contestó apenada la joven.

—Al menos —insinuó Muñiz, después de una pausa enojosa—, le empaquetaré esas piernas y las limpiaré del polvo…

Se inclinó a recogerlas y se creyó en el caso de alabar:

—Eran magníficas.

—No lo creo —replicó modestamente la joven—, pero me prestaban muy buenos servicios, y me parece que no me acostumbraré nunca a estar sin ellas.

Muñiz aclaró:

—Tengo la certeza, señorita, de que la compañía aseguradora en la que tengo inscrito mi coche para estos percances le pagará a usted una bonita suma…

—No me importa nada —exclamó ella—, porque mi tragedia no se resuelve con dinero. Hay algo más terrible todavía que la pérdida de mis piernas. ¿Sabe usted qué hora es?

—Las doce y veinte.

—¡Oh, señor; las doce y veinte de la noche, y yo aquí! ¿Qué pensarán en mi casa y en todo el pueblo? ¿No comprende usted que estoy irremediablemente deshonrada? En la villa donde vivimos no hay caso alguno en que una hija de familia se haya retirado después de anochecer.

—Pero usted puede explicarlo…; verán lo que ha ocurrido…; puede usted enseñar esas piernas…

—Siempre creerán que es un pretexto —gimió ella; usted no conoce lo suspicaz que es la gente de un pueblo pequeño… En cuanto a enseñar las piernas sueltas…, no podría decidirme… Me daría vergüenza…

—Yo le acompañaré a usted para acusarme…

—Si me viesen llegar de madrugada en unión de un hombre, sería peor. ¡Estoy perdida, irremediablemente perdida! No creo que logre recuperar nunca mi reputación.

—¿Puedo, al menos, dejarla a usted cerca de su casa?

—Lo más piadoso será que avise a mi padre. Es el presidente de la Adoración Nocturna.

Muñiz caviló un momento. Luego, resueltamente, tomó en brazos a la joven, la trasladó al auto, guardó las piernas en el asiento posterior y se dirigió a la villa.

Cuando llegó ante el padre de la muchacha, se descubrió y dijo:

—Tengo el honor de pedir a usted la mano de su hija, a la que he comprometido sin intención.

Se ha casado. Es feliz. Su mujer come menos que todas las mujeres, porque no tiene que alimentar un cuerpo completo; sale poco de casa y nunca le ha pedido un real para zapatos, para medias, para callicidas… Tampoco pasea mirando a unos y a otros por la calle de Alcalá… Muñiz me ha dicho que lo que verdaderamente le tenía alejado del matrimonio era el miedo a que su mujer pasease mirando a unos y a otros. Crean ustedes que hoy no la cambiaría por ninguna.

CAPÍTULO 4

En el que continúa la historia del «Club de los Automovilistas Conscientes» y se ofrece al lector ocasión de enterarse de algunos asuntos que no le importan

Como Garcés insistiese en que don Pedro me contase la aventura que le había abierto las puertas del «Club de los Automovilistas Conscientes», el locuaz caballero abandonó definitivamente la copa del porfo-flip —donde, a decir verdad, no quedaba más que la espuma— y habló así:

—Mire usted, yo no pretendo estar a la altura de los dos ilustres consocios cuya historia le he referido, pero no puede negarse que supe utilizar mi automóvil para lograr la más grande felicidad de mi vida, y, en este sentido, he dejado que el tal episodio se escribiese con todo detalle en el libro de actas del Club. Es una narración sencilla, un asunto familiar que a nadie más que a mí interesa. Pero es bien sabido que de esta clase de pequeñeces depende la dicha o el infortunio, y por eso mismo achaco una especial ejemplaridad al suceso en que un automóvil vino a resolver para siempre el más grave problema de mi existencia. Si usted conoce la tremenda historia de Moyano, la mía apenas tendrá el sabor del agua con azúcar.

—No conozco la historia de Moyano.

—Se cuenta en dos palabras, Moyano emigró a América cuando era un chiquillo y se empleó en el almacén de comestibles de don Rómulo Cussi. El patrono era hombre tiránico y de una feroz tacañería, que explotó implacablemente a su servidor. Puede decirse que la adolescencia y la juventud de Moyano fueron tan sólo un largo martirio. Para procurarse alguna distracción y, sobre todo, por ver si trocaba en protector al despiadado patrono, el pobre muchacho le pidió la mano de su hija. Si le hubiera pedido una lata de salmón en conserva, don Rómulo se hubiese reído cruelmente de sus pretensiones; pero como su hija no le servía para nada, se la cedió como quien se deja extraer gratuitamente una espina. Desde entonces, Moyano tuvo que vestir y nutrir a su costa a la joven, y todo fue peor. La situación llegó a ser insostenible, y el dependiente consagraba las pocas horas que le concedían para dormir en arbitrar algún recurso de venganza contra el que ya era su suegro. Pero, amigo mío, en ningún lugar del mundo puede uno deshacerse de una persona, por desagradable que sea, sin exponerse a graves trastornos, y en aquella ciudad menos

que en ninguna otra parte, porque regía la ley de Lynch corregida y aumentada, de tal modo, que si usted saltaba un ojo deliberadamente a un individuo, le dejaban a usted ciego; si le pegaba un tiro de revólver, le soltaban un cañonazo; si seducía a una doncella, le empalaban, y todo en esta exagerada proporción. Había que proceder tan cautamente, que otro que no estuviese desesperado como nuestro hombre desistiría de sus propósitos. Moyano hizo algo singular —aunque tengo mis razones para suponer que después le imitó mucha gente—. Moyano compró un automóvil, aprovechando las facilidades de pago que todos sabemos que se conceden en tales ventas. Compró un automóvil, se adiestró en su manejo, y esperó.

Un domingo, de madrugada, cuando el señor Cussi salía del Casino, Moyano, que le aguardaba en las inmediaciones, puso en marcha su artilugio y avanzó hacia él. Puede que don Rómulo estuviese ya sobresaltado, y puede que obedeciese a una corazonada del momento. El caso es que apenas vio que se aproximaba el coche de su yerno, se caló el jipi con las dos manos, escupió con fuerza y apretó a correr por la calle solitaria.

El automóvil de Moyano podía «hacer» ochenta a la hora, pero don Rómulo lo mantuvo mucho tiempo detrás, zigzagueando, corriendo alrededor de las farolas y apelando a otros trucos que, en una carrera formal, en una pista, serían suficientes para descalificarle. Aun así, el mismo Moyano reconoce que su suegro llegó a desarrollar una media de cuarenta kilómetros.

Pudo irlo llevando, al fin, hacia una amplia avenida, donde el señor Cussi no tuvo más remedio que correr en línea recta. Entonces empezó a perder terreno. Debió de darse cuenta de su desventaja, porque exclamó dos o tres veces en tono dolorido:

—¡Y yo que he salido hoy con el traje nuevo!… Y poco después:

—Si escapo de ésta, por lo menos los zapatos ya no servirán para nada.

El señor Cussi tenía la costumbre de hablar en voz alta siempre que estaba preocupado.

Al tomar una curva se le escapó el jipi de la cabeza —un jipi de quinientas pesetas, que era su único amor y el único lujo de su vida—, y como iba embalado, no lo pudo recoger. El auto perseguidor pasó por encima.

—¡Bueno: esto ya es el colmo! —gruñó el señor Cussi.

Y se dejó atropellar, sin más esfuerzos. Moyano le heredó, y como su coche estaba asegurado para esta clase de percances, la compañía pagó por el almacenista un buen puñado de dinero, que cobró, naturalmente, el propio Moyano.

Esta es la historia; y me gustaría saber si conocen ustedes dentro del Código de cualquier país una manera más apacible y sin riesgos de deshacerse de un tirano. Los periódicos apenas dedicaron a aquel asunto más de cinco líneas, bajo estos títulos: «Accidentes de la circulación.—Un almacenista laminado.»

—Y lo de usted, ¿fue un accidente, don Pedro?

—No; ya he dicho que es una historia sencilla, suavemente hogareña, casi dulce. Si me gustase escribir, hubiese hecho con ella un cuento romántico para los concursos de El Hogar y la Moda. Que me traigan otro porto-flip.

Le trajeron otro porto-flip. Continuó:

—Yo, sépalo usted, soy un hombre apacible. Gusto de la vida tranquila, de la siesta, del cocido a la rioja-na y de leer los periódicos, por la noche, en un butacón, con la pipa entre los dientes y una manta sobre las rodillas. Mi mujer no encontraba bien nada de esto ni otras muchas cosas. Puede decirse que mi mujer no encontraba bien nada de lo que a mí me parecía admirable. Reñía, vociferaba; en los últimos tiempos me agredía. Yo me refugiaba en mi lectura; pero nunca está un hombre más indefenso que contra un plato vigorosamente lanzado sobre su cabeza; oculto por una débil hoja de papel impreso, no puede ver venir ese plato por el aire.

Si una mujer tortura tan triunfal e insistentemente a su marido, es muy difícil que llegue a separarse de él, pero yo fui bastante afortunado. Una vieja criada que me había visto nacer, la única mujer fiel que he conocido, me descubrió un día que mi esposa aceptaba los galanteos de un amigo. Di a la leal servidora una fuerte propina, porque hacía tiempo que mi hogar no me proporcionaba, como entonces, el menor pretexto para alegrarme. Pasaron dos o tres semanas, y una tarde la anciana me llamó por teléfono para decirme, con un tono melodramático impropio del caso, que mi mujer huía aquella noche, en el tren de las ocho menos cuarto, con mi bondadoso amigo, rumbo a América.

«¡Si fuese verdad!», pensé, porque la noticia se me antojaba demasiado venturosa.

Otro cualquiera esperaría tranquilamente los acontecimientos. Yo no pude contenerme, y algunos minutos antes de la hora subí a mi automóvil, que me esperaba a la puerta del Casino, y marché a la estación con el ansia de verlos salir efectivamente.

Un atasco en la circulación me hizo llegar tarde. El tren acababa de salir. Ya me retiraba un poco mohíno, cuando vi a mi mujer y a mi amigo entrar presurosamente, con los rostros alterados de angustia. Tuve que ocultarme tras un montón de baúles para que no me viesen. Y, cerca de mí, se inmovilizaron ellos en actitud cómicamente desolada. Oí que él reprendía:

—¡Si no hubieses tardado tanto en componerte!…

—Pero, querido —argüía ella—, ¿cómo querías que hubiese emprendido un viaje tan largo sin una barra de carmín? Tardé en encontrarla, y esto fue todo. Tú mismo me hubieses despreciado si no la trajese.

El calló, sombríamente reflexivo.

—¿Y ahora? —dijo mi mujer.

—Ahora —contestó mi amigo—, ¿qué quieres que hagamos? Todo está perdido.

El buque para el que hemos tomado los billetes sale mañana por la tarde del puerto de La Coruña, y es imposible llegar a tiempo…

—Podríamos telegrafiar.

—¿Para qué?

—Para que hiciese el favor de esperamos. Mi amigo se encogió de hombros.

—En todo caso —agregó mi mujer—, hay más vapores que ése…

—Sí; dentro de veinte días…

—Entonces…

—Entonces —murmuró él—, ¿qué sabemos lo que puede ocurrir? ¿Quieres que te diga una cosa? A mí me parece esto un aviso del cielo.

«¡Huy! —pensé yo, detrás de un montón de baúles—. Este sujeto va a rajarse.»

—No digas eso, amor mío —exclamó mi mujer.

—Sí; un aviso del cielo. Quizá sería preferible que te volvieses en seguida a tu casa. Tu marido no va nunca antes de las diez. Tienes tiempo. El no sospecharía nada.

—¿Por qué no marcharnos?

—¿Adonde?

—A cualquier sitio… A Cercedilla, por ejemplo.

«¡Malo! —cavilé—. Si este individuo se la lleva cerca de Madrid, a los cuatro días me la devuelve. ¡Malo!»

Pero él dijo:

—¡Oh, querida! Es ridículo. Haberlo preparado todo para ir a Bogotá, y quedarnos en Cercedilla…

—Según eso…, ¿otra vez a mi casa?

—Es lo mejor —gruñó él.

Hubo un silencio, que yo aproveché para meditar. Salí de mi escondite y me presenté bruscamente ante ellos. El amigo dio un salto, como si hubiese visto un fantasma. Mi mujer buscó con los ojos un sitio cómodo para desmayarse. Pero no les di tiempo para nada. Exigí:

—¡Corriendo: a mi coche!

No acertaban a moverse.

—¡Ea, de prisa! —insistí—. No podemos perder un minuto.

Les dominé con el ademán y con la voz. Poco después estaban en el interior de mi cuarenta caballos, y las maletas amarradas a la bandeja. Me acomodé en el volante, despejé el camino con unos imperiosos bocinazos y partí como una flecha.

A las diez de la mañana siguiente nos deteníamos en los muelles de La Coruña. Sobre el mar se elevaba la mole del transatlántico que había de separarme para siempre de aquella mujer. Cuando embarcaron, me abracé al capot y di un beso en cada faro. ¡Pensar que si no llega a ser por mi automóvil mi vida continuaría amargada aún!…

Y fue un viaje magnífico. Ni un pinchazo.

CAPÍTULO 5

En el que se habla de lo que le ocurrió a un folleto conmigo

Mi vida varió mucho desde entonces, porque Zambrano, el agente de ventas, no me quería dejar en paz. Era como mi sombra y lo encontraba en todos los momentos. Corríamos de un lado a otro en su automóvil de pruebas. Nos enhebrábamos en el tránsito; subíamos cuestas en primera, en segunda y en tercera; «tomábamos» airosamente todas las curvas de los alrededores de Madrid. Cada una de estas curvas tenía una denominación luctuosa en la nomenclatura especial de Zambrano; no era «la curva de tal o cual sitio», sino «la curva donde se mató Fulanito», «la curva donde chocó Perenganito», «la curva donde se hizo polvo toda la familia de Zucránez…». Aprendí entonces que cada curva es un pequeño Verdún y en los primeros días, obsesionado, doblaba con precaución el recodo que forma el pasillo de mi casa.

A veces Zambrano entraba hasta mi alcoba a despertarme a las siete de la mañana. Me gritaba alegremente que conocía una recta de quince kilómetros que estaba siempre desierta a tales horas y en la que podíamos alcanzar los ciento veinte. Me esperaba a la puerta de la oficina, y en ocasiones me impedía ir a ella para llevarme en vertiginosos paseos e instarme a que me fijase en tal o cual excelente detalle del coche. Al fin, le dije:

—Zambrano, no se moleste usted. Estoy seguro de que en mi vida compraré un automóvil.

Esto fue a los dos meses de pasearme por toda la provincia. Recuerdo que se le extraviaron los ojos y llevó instintivamente la mano al bolsillo del revólver. Pero se enjugó el sudor, resopló un poco y extrajo de la faltriquera interior de la chaqueta un folleto encuadernado en cartulina verde gris. En otras muchas ocasiones le había visto yo ojearlo rápidamente; ahora debía de ser muy grande su desaliento cuando me rogó:

—Busque en el índice «Compradores remisos». Miré el folleto. Se titulaba Instrucciones a nuestros agentes, y estaba editado por la casa constructora de los coches.

—«Compradores remisos» —encontré en el índice.

—¿Qué página?

—Página setenta y tres.

—Lea, haga el favor.

—«Las ventas hechas en el salón no pueden enorgullecerle; hay que salir a buscar

al cliente, levantarlo de su madriguera, darle caza, convencerle de que si no compra una de nuestras máquinas, su existencia no tiene razón de ser y nadie le llorará cuando, convencido de que no hace nada en el mundo, se dispare un tiro en la sien…»

—Otro párrafo.

—«Procure usted trabajar a la esposa del posible comprador, Si la esposa quiere comprar el coche, no importa que el marido se niegue. Confiamos a su perspicacia y mundanidad el saber cómo deben ser trabajadas las señoras de los clientes; pero creemos de especial utilidad hacer constar que si usted usa calzoncillos largos, de esos que se atan con cintas sobre los calcetines, hay noventa y nueve razones contra una para suponer que habrá usted perdido su tiempo…»

—¿Usted no tiene mujer?

—No.

—Lea más abajo. ¿Qué dice?

—«… Porque nunca está un individuo más próximo a adquirir un coche que cuando afirma tenazmente que no quiere oír hablar de semejante asunto…»

—¿Dice eso?

—Sí.

Zambrano levantó su frente para mirarme, más animado ya.

—Pues cuando eso dice, así será, porque esos americanos saben muy bien cómo se lleva un negocio. Habrá que continuar.

—Por mí… —contesté encogiendo los hombros. No debe extrañar que un hombre sencillo como yo, que no ha vendido en su vida más que las alhajas que le dejaron sus padres, quedase impresionado por las singulares sentencias de aquel folleto. Sus afirmaciones rotundas y atrevidas estaban garantizadas, sin duda, por la experiencia, y poco talento es preciso para hacerse cargo de que una empresa tan importante y auténticamente americana no se decide a imprimir y repartir un folleto de instrucciones a sus agentes de venta sin estar segura de su eficacia.

Poco a poco me fui interesando en su lectura y en el trabajo que Zambrano desarrollaba, ajustándose a sus indicaciones. Ayudaba yo al agente con mi mejor voluntad, ansioso de comprobar la exactitud de aquellas fórmulas que debían llevarme fatalmente a adquirir el coche que pensaba venderme. Y a veces llamaba su atención acerca de alguno de los medios que aún no había puesto en práctica. Le decía, con un dedo sobre una hoja del librito:

—Zambrano, aquí está escrito: «Hágale ver al posible comprador las ventajas que nuestros automóviles tienen sobre los de otras marcas…» No creo que me haya hablado usted de esto.

—¿No? Pues verá… —respondió Zambrano. Y se lanzaba a explicarme detalladamente todas aquellas ventajas.

Después quedábamos callados un momento, lo mismo que si me hubiese hecho tragar una píldora y estuviéramos esperando sus efectos.

—¿Qué tal ahora? —preguntaba él, al fin. Yo arrugaba la boca.

—Nada —decía.

—Pero… ¿no siente así como un impulso favorable?…

—Creo que no.

—Obsérvese bien.

Me observaba otro poco. El me repetía sus argumentos.

—¿Qué siente?

—Siento… como si tuviese gana de bostezar. Es curioso esto, ¿eh?

—Es terrible.

—Debo de ser un caso.

—Pero, vamos a ver, ¿por qué no le importa que este coche sea mejor que los otros?

—Porque los otros tampoco me importan. Debe de ser por eso. Pero en el folleto tiene que estar prevista una indiferencia así. Vamos a buscar.

El folleto decía:

«Si el posible comprador no tiene preferencia por ningún coche, la labor del agente se halla tan facilitada que no vale la pena de seguir tratando este punto…»

Escrutábamos en todas las páginas, en todos los párrafos, entre todas las líneas, como quien busca debajo de los muebles una perla que ha rodado por una habitación, que debe estar allí y que, sin embargo, no aparece. Llegué a sentirme más interesado que él contra mí mismo por no tener el menor deseo de comprarle el coche. A veces, después de ensayar, sin ningún éxito, cuatro o cinco trucos de los del folleto, yo me indignaba contra mi impasibilidad.

—¡Bueno! —gritaba—. ¡Es que soy un bestia! ¡Soy de granito, vamos! ¡Estoy al margen de la civilización!… Seguramente nadie resistiría a esas sugestiones tan hábilmente planeadas por esos señores…, y yo, tan tranquilo, más bien con ganas de no volver a subir a un coche en mi vida.

Un día le comuniqué una sospecha.

—El folleto recomienda que no se abandone al posible comprador. Y usted me abandona a veces, Zambrano. ¿Será por eso?

—¿Y qué podemos hacer?

Acordamos no separarnos un momento. Pedí una licencia de un mes en la oficina y Zambrano se vino a vivir a mi casa.

No debo mentir. En mi requerimiento a aquel hombre para que compartiese mis habitaciones había algo más que el placer de seguir el experimento hasta sus últimas posibilidades. Verdaderamente, pensé en él porque yo no podía sostener el gasto que representa una salamandra. En sus esfuerzos para convencerme, Zambrano

desarrollaba tanto calor, sudaba de tal manera, que el invierno dentro de aquella mansión endiablada se hacía menos ingrato. La idea se me ocurrió un día en el que quise trabajar en mi despacho y no pude porque el frío me entumecía el cerebro y me agarrotaba los dedos con que pretendía asir la pluma. Bajé la escalera envuelto en lanas, y cerca del portal encontré al vecino del entresuelo.

—Estoy aterido —comenté, castañeteando los dientes—. Sospecho que en esta casa no se enciende nunca la calefacción. ¿No tiene usted, como yo, las habitaciones heladas?

El vecino del entresuelo vaciló:

—No —dijo—, disfruto de algún calor, aunque insuficiente, en efecto. Si me acerco a los radiadores, noto una dulce tibieza.

—Porque están ustedes más próximos a la caldera; pero apostaría cualquier cosa a que no arde en ella más de un kilo de carbón cada día.

—Sea como sea —añadió mi vecino con aire preocupado—, ocurre una cosa muy extraña. Apenas lo encienden se advierte en todo el piso un olor así…, un olor a ajos…

—¿A ajos?

—Sí; es insufrible.

—Voy a reclamar ahora mismo —decidí, porque me pareció que aquel señor divagaba.

Y terminé de bajar los peldaños.

Con su habitual aire soñoliento, el portero parecía meditar, recogido bajo la enorme gorra de visera que le bajaba hasta cerca de la boca.

—Buenos días —saludó al divisar mis piernas, que era cuanto le dejaba ver su gorra.

—No demasiado buenos —corregí—. Hoy hace un frío intolerable.

—Intolerable.

—Allá arriba se hiela hasta la tinta.

—¡Hum! —hizo el otro—. Mala cosa es cuando se hiela la tinta.

—Estoy seguro de que no ha dado usted calefacción a la casa.

El portero echó hacia atrás la cabeza para poder dirigirme una mirada de asombro.

—Todos los días doy calefacción —dijo—. Desde el quince de noviembre hasta el quince de abril, según contrato.

—Estarán estropeados los tubos.

—Los tubos son magníficos. Sistema perfeccionado. Ya sabe usted que nuestra calefacción es por aire caliente…

—Caliente lo quisiera yo. Vamos a ver esa caldera.

Resistióse el portero, insistí con energía y, al fin, me dirigí resueltamente a la

cueva. El hombre me siguió, refunfuñando, y entró casi al mismo tiempo que yo en el oscuro y húmedo cuartito subterráneo donde estaba instalada la caldera.

—¡Oh, qué frío! —gruñí, abrigándome más. Hice girar la llave de la luz, y entonces descubrí un espectáculo insospechable.

Sentados alrededor de la apagada caldera, seis chiquillos soplaban rítmicamente por los extremos de seis anchos tubos de goma.

—Mis hijos —presentó el portero con melancolía, extendiendo hacia ellos la punta de los dedos, que, en un movimiento trabajoso, acertaron a asomar por la bocamanga.

Ante mi estupor, siguió explicando:

—Echan el aliento por esos tubos… Siempre calienta algo… Naturalmente, al piso de usted ya no llega…

—Sólo cuatro días de la semana última —balbucí.

—Sí; los días que tuvieron fiebre los tres pequeños.

En las épocas de gripe, la casa está siempre un poco más caliente.

Agregó después de un suspiro que consiguió alzar dos centímetros la visera:

—El casero les da dos reales diarios a cada uno. Después de esto fue cuando invité a Zambrano a ser mi huésped.

El agente y yo nunca hablábamos más que de la posible compra del coche, o leíamos juntos el folleto, comentándolo e interpretándolo en discusiones animadas. Lo sabíamos ya de memoria, pero lo repasábamos con entusiasmo y con fe de creyentes.

—Es nuestro Corán —decía él con orgullo. Y yo alababa:

—Es mucho libro, mucho libro. Pocas palabras y bien aprovechadas. No comprendo cómo puedo resistirme.

Seis o siete agentes, compañeros de Zambrano, venían los domingos a escuchar nuestras exégesis del folleto, y el director de la agencia también terminó por visitarme, enterado de la rareza del caso. Me preguntó si alguna vez había andado en bicicleta. Dije que no. ¿En patineta? Dije que no. ¿En tranvía? Cuando no hay más remedio. Habló del «peonaje recalcitrante» y se marchó moviendo la cabeza, como un médico que abandona la alcoba de un enfermo desahuciado.

En todo esto pasaron siete meses. Dejé de ver a Zambrano; pero un día apareció con una voluminosa memoria, en la que había recogido, hora por hora, la historia de nuestras relaciones comerciales. Se titulaba: *Un caso difícil*. Y debajo, entre paréntesis, llevaba esta aclaración, en letra más pequeña: (*Ensayo de venta de un automóvil a don Jorge Díaz*.) Me pidió que le firmase un certificado de autenticidad y lo hice con mucho gusto. Marchó con todo ello a Norteamérica. Hace dos años que esa memoria —ilustrada con notas profusas— fue publicada por una de esas editoriales que difunden con sus volúmenes las normas exactas para llegar a ser un

gran hombre de negocios. Y ayer me enteré de que con el mismo asunto se está preparando en Hollywood una película titulada *John, el vendedor de autos*.

Es sonora.

Se oyen unos bocinazos y un vals que se popularizará en seguida.

CAPÍTULO 6

De cómo conocí a una mujer y a un hombre

Entonces fue cuando conocí a Mouriz. Pero antes de hablar de esto es indispensable que refiera una historia íntima. Pido perdón. Me molesta mucho contar tales episodios y no comprendo cómo hay gente que se dedique a escribir novelas de amor, porque lo único que lo puede hacer interesante es vivirlo; y tan divertido —a mi buen parecer— resulta llenar quinientas cuartillas para enterar al mundo de cómo una dama suspiró en nuestros brazos, como describir con el mismo número de palabras la delicia de haberse bebido dos botellas de un buen coñac. Todos vienen a ser placeres efímeros y personales, que a nadie importan más que al interesado y a los farmacéuticos, que se lucran con la venta de bicarbonato y de los reconstituyentes.

Sin embargo, en esta ocasión no tengo más remedio que informar a ustedes de que una vez vi a Natalia.

Natalia era… como a ustedes les parezca mejor. Desde luego, una muchacha muy de nuestros días. Quizá igual a millones de muchachas, y acaso ni siquiera hubiese reparado en ella si me dirigiese a tomar un tren, si fuese tarde para llegar a la oficina o si me encaminase a un estanco después de estar dos horas sin cigarrillos. Pero cuando pasó Natalia yo no tenía nada que hacer, y me pareció una maravilla. Caminábamos por la acera en el mismo sentido, y me acerqué a ella para decirle delicadamente:

—Buenos días, señorita.

Me miró de arriba abajo.

—No suelo hablar con personas que no me han sido presentadas, caballero —gruñó.

Me cohibí.

—En ese caso… me iré…

—Es lo mejor.

—¿Me autoriza usted para buscar a alguien que nos presente?

—Búsquelo usted.

—¿Conoce usted a Gómez?

—¿Quién es?

—Mi jefe.

—No.

—¿Y a la señora de Pérez?

—¿El arquitecto?

—No; el abogado.

—Tampoco.

Cité a seis o siete nombres más. No teníamos una sola amistad común.

—¡Qué lástima! —gemí.

—Vista la imposibilidad —comentó ella, ya un poco nerviosa—, separémonos. No puedo hablar un segundo más con usted.

—¡Alto! —exclamé, dueño de una idea magnífica—. ¿Conoce usted a don Alejandro Lerroux? Yo lo he visto una noche, a distancia, en un teatro.

—Yo también le vi, de lejos, en una verbena.

—¡Gracias a Dios! —respiré.

—Pero él no nos conoce a nosotros.

—No importa; ¿cree usted que si fuésemos a buscarle y le dijésemos: «Haga usted el favor de presentarnos recíprocamente, porque no encontramos nadie que lo haga», se negaría a ello un hombre que se pasa el día ocupándose en resolver tantos problemas?

Natalia meditó.

—Creo que lo haría —dijo.

—Pues ya está, démoslo por hecho.

—Muy bien —aceptó—. Mi familia no puede encontrar mal que yo trate a un hombre presentado por el ministro de Negocios Extranjeros.

Y nos marchamos juntos.

Al entrar en el Retiro la cogí del brazo. No protestó. Pasado el Parterre, quise besarla líricamente en los ojos; pero ella me informó de que si el rímel de las pestañas se introducía entre los párpados le haría lagrimear, peligro que no existía de ninguna manera con el carmín de los labios. Y para demostrarle que yo no era terco y desconsiderado, la besé en la boca. Pareció agradecerlo.

Después nos divertimos mucho. Le dije algunas amenas brutalidades, bebimos media docena de cócteles e hice todo lo posible por parecerle un hombre distinguido. Me preguntó:

—¿Qué eres tú?

Y le respondí:

—Rata de hotel.

Me apretó una mano, emocionada. Entonces acordamos irnos a merendar a la carretera de El Plantío. Esto es demasiado caro para un hombre como yo, y propuse, fingiendo júbilo:

—¡Vamos a pie!

—¿Cómo a pie? Son más de diez kilómetros…

—Naturalmente —corregí, resignado—. No era más que una broma. Tomaremos

ahora mismo un taxi.

Frunció las cejas:

—No me gustan esas bromas —declaró—. Iremos en tu coche. ¿Está muy lejos?

—¿Mi coche? —reí—. Yo no tengo coche.

Soltó mi brazo y me miró como si me viese por primera vez.

—¿Hablas en serio?

—Claro está.

—¡Júralo!

—Jurado.

—¡Oh! ¿Es posible? ¿Un muchacho como tú… sin automóvil? Entonces… Pero… ¿Quién es usted? ¿Y por quién me ha tomado a mí? Haga el favor de retirarse en seguida. ¡Un taxi! ¡Llevarme en un taxi! ¡Usted no ha tratado en su vida con una persona correcta!

—Oiga, Natalia…

—¡Váyase, váyase!… ¡Parece mentira!… ¡Un hombre presentado por el jefe de la diplomacia!… ¡Tratar así a una señorita! ¿Qué se habrá creído que soy yo?

Marchó sin volver la cabeza, murmurando aún expresiones confusas… Yo sentía su infinito desprecio aplastado violentamente contra mi rostro, desfigurándome y manchándome, como a esos actores de cine contra cuya faz otro actor lanza una torta de crema.

Me alejé melancólicamente. Los autos que recorrían las calles, bocineando, agrandaban mi humillación. Me sentía inferior e infeliz. Acudía a mí el recuerdo de todas las aventuras que mis amigos debían a sus coches: las de Ramírez, que rindió el duro corazón de Atanasia guiando un ocho cilindros, con las manos bellamente protegidas por manoplas color crema; las de González, que cada tarde llevaba una modista diferente hasta la Cuesta de las Perdices, y aún más allá…; las de Gutiérrez, que salía siempre a la carretera llevando tras él, en lo que pudiéramos llamar la grupa de su motocicleta, a una hija de familia, que se caía en la cuneta, sin que él lo advirtiese, en el primer viraje… Y yo…, en cambio…, ¿qué podía ofrecer? ¿Un vulgar tranvía? ¿Un pestífero taxi?… Mis ojos se humedecieron. Sentía compasión hacia mí mismo, y para aliviarla y también para compensar mi organismo de la humedad perdida con mis lágrimas, entré en el primer bar que me ofreció en mi camino su interior discreto. Entré y pedí un bock y seguí cavilando. Probablemente se me ocurrirían muchas otras ideas delicadas que yo tendría ahora cierto orgullo en reproducir si no viniese a impedirlo una voz que sonó a mi lado:

—Caballero, ¿quiere usted hacer el favor de recogerme la pierna izquierda, que se me ha caído?

En el suelo había una muleta pintada alegremente de amarillo. Miré al que me había hablado. Era un hombrecillo rechoncho, de media edad, que sonreía con aire

malicioso. A primera vista no ofrecía mayor interés que el de uno de esos budas barrigudos que están sobre los pianos o sobre las mesas de casi todas las casas. Pero considerando más atentamente se advertían en él algunos detalles que no es frecuente encontrar en el hombre, tal como se le ve habitualmente… Su pierna izquierda se acababa en la rodilla, y de la derecha no creo que le quedasen más de siete centímetros. Disponía únicamente de un brazo, y aun éste no tenía completos los dedos. La frente aparecía deprimida por una ancha cicatriz.

—Muchas gracias —dijo el hombre cuando coloqué la muleta a su alcance—. Siento mucho molestar a la gente, pero… no hay más remedio… ¿Tiene usted un cigarrillo?… ¿Y una cerilla?… Enciéndala. Gracias otra vez. Es usted muy amable; tanto, que voy a darle un buen consejo. Cuando acabe ese bock, no beba más cerveza. No sirve para otra cosa que para molestar el riñón, y, a no ser que tenga muy serios motivos particulares para ello, un hombre no debe nunca molestar inútilmente sus riñones. Pida un «Rasputín». Es una mezcla a partes iguales de ron y de café, pero en este bar no lo saben, y siempre echan más ron que café. ¡Bendita ignorancia!… ¡A ver: un «Rasputín» para este caballero!

Tragué aquel brebaje. El hombre mutilado me preguntó:

—¿Qué tal?

—Cosa buena —carraspeé—. Muy reconocido…

—No vale la pena. Otro cualquiera le pediría a usted algo grande por este favor. A mí, con que me convide usted a beber otro…, tan amigos…

Bebimos otro. Entonces le dije mi nombre y mi profesión. Tomamos un tercero y le narré mi infancia con todos los detalles que aún recuerdo y acaso algunos nuevos que me parece haber inventado. Pero al pedir el cuarto «Rasputín» abandoné bruscamente el tema, a pesar de la amable atención de mi vecino, para referirle lo que me había ocurrido aquella tarde. En aquel momento adoraba a Natalia, y no pude evitar verter algunas lágrimas.

—No llore usted —dijo el mutilado—, porque ya le sale el ron por el ojo izquierdo y se va a manchar la chaqueta.

—¡Qué me importa ya la chaqueta! —gemí.

—Eso es otra cosa —reconoció él entonces.

Volvió a pedirme un cigarrillo y comentó:

—Le ha contado usted su historia al hombre que mejor puede comprenderla, porque yo soy de los que creen que no hay nadie en el mundo en cuya vida no juegue un papel decisivo un automóvil. Muchos dolores y muchas alegrías se le deben. Antes se decía: Churchil la femia.

—Cherchez la femme —corregí.

—Es igual. El caso es que antes se decía que la mujer era la causante de todo, y hoy debe aconsejarse: Cherchez l’auto… Usted pierde el amor de una mujer por no

tener un coche, otros pierden la vida por poseerlo, yo me la gano porque lo tienen los demás… Siempre hay un auto por el medio…

—¿Es usted chófer?

—No. Yo he sido marino. Mi verdadera vocación es la de marino. Pero tuve la desgracia de nacer en Madrid y nunca pude salir de este sitio. Ahora, las ocasiones que se presentan a un marino para hacer carrera en Madrid puede decirse que son casi nulas. Para un marino de corazón, esto está muy mal. Yo llegué a pasar hambre. Un hambre terrible. Ofrecía mis brazos y nadie los aceptaba. Un día me atropello un automóvil. Me llevaron al hospital, me curaron y me dieron una pequeña indemnización. Entonces yo adiviné un porvenir en aquel accidente. Cuando se me acabaron los cuartos me hice atropellar otra vez. Tuvieron que amputarme la pierna izquierda por la rodilla. Me la pagaron bien; tanto como no creí yo que valiese. Viví algún tiempo así…

—Comiéndose la pierna.

—Comiéndome la pierna: exactamente. Y cuando no quedaba ya ni una astilla del hueso, pues… ¿qué iba a hacer yo?…, me tumbé ante otro auto. La segunda pierna me obligó a un regateo terrible, porque la tasaron en una miseria. Estuve muy digno. Dije que yo podía regalar una pierna tan buena como cualquier otra y que, para mí, ofrecía el mérito de ser ya la única. Al fin, pagaron. Y pasé otra temporadita. Después hubo que sacrificar el brazo izquierdo.

—Y unos dedos del otro.

—Sí; eso fue un día que salí de casa sin dinero y me hacían falta veinte duros. Me dejé aplastar el dedo meñique por un automovilista primerizo. Pagó en el acto. Pero pronto se me planteó el problema más serio que puede acongojar a un hombre. Mi cuerpo se iba acabando poco a poco y me exponía a terminar el negocio en el cementerio. Adquirí la experiencia necesaria para sufrir contusiones de poca importancia; pero, naturalmente, pagaban poco por ellas. Ya estaba resuelto a quedarme con la cabeza y el tronco nada más, cuando me llamó el director de una compañía aseguradora. «Amigo Mouriz —me dijo—, hemos pagado por usted mucho más de lo que usted vale. Su carne debía, en realidad, adquirirse al peso, según tarifa de carnicero, y sus huesos no sirven ni para hacer botones. Para resarcirnos de algo hemos fabricado cuarenta boquillas de cigarrillos con las tibias de usted, y ésta es la hora en que no se ha vendido ni una. ¿Usted se ha propuesto seguir fragmentándose?» «Hay que vivir, señor director», confesé. «Sí, sí, hay que vivir; pero nuestras acciones bajan por su culpa. Le he llamado para ofrecerle una transacción. ¿Le conviene una plaza de portero en nuestras oficinas?» Discutí, mejoró sus proposiciones y terminé por aceptar. Ahora vivo más cómodamente, y le aseguro que no me gustaría volver a verme debajo de un coche. Si usted se decide a comprar uno, haga el favor de decirme las calles por donde piensa pasar durante los primeros quince días.

Se lo juré. Y él me dio la tarjeta con sus señas.

Capítulo 7

Que trata de las vicisitudes desagradables de un viaje en tren

Llegó el verano y con él mi acostumbrado mes de licencia. Algunos de mis compañeros habían salido ya en sus coches a recorrer lugares deliciosos, desde donde nos enviaban tarjetas postales que suscitaban nuestra envidia y nos impelían a murmurar horriblemente de ellos. Yo, como todos los años, decidí utilizar el tren para trasladarme a la casa que mis tías poseen en Nogueira de Ramuín, donde presumo insoportablemente a cuenta de que estoy avecindado en la capital de España.

A las tres y media de la tarde ya me encontraba acomodando mis maletas en el vagón, a pesar de saber que no marcharíamos hasta las cinco. Así fue como pude obtener un asiento junto a la ventanilla, de espaldas a la máquina. Me hubiese gustado más el de enfrente; pero estaba ocupado ya por un señor enjuto y nervioso, que había ido a las doce y treinta. Poco después fue cuando comenzó a llenarse la estación de un gentío apresurado que corría a lo largo del tren e invadía los pasillos, cargado con bultos de todos los tamaños y formas. Entonces se acomodaron en nuestro departamento un cincuentón y un muchachito, hijo suyo. Los cuatro hicimos una barrera junto a la puerta, con la ilusión de conservar algunos asientos libres; pero no pudimos impedir que se filtrase otro señor con un sable, un espadín y un bastón de mando atados en lo alto de la maleta. Continuaba el apretado desfile por el pasillo. Un hombre con traza de hércules se detuvo para preguntarme:

—¿Hay sitio?

Miré al andén, acometido por una súbita distracción.

—¿Hay sitio? —volvió a indagar, dirigiéndose al viajero de la maleta armada, que volvió la cabeza para dar a entender el disgusto que le producía hablar con alguien que no le había sido presentado.

—¿Se puede saber si hay alguna plaza libre? —rugió el advenedizo.

—Acabo de llegar —pretexté.

—Entérese usted mismo —gruñó el cincuentón sin apartarse.

Y el hombre nervioso, oculto detrás de todos, chilló, cada vez con una voz distinta, para sugerir la creencia de que aún había cinco o seis personas más en el departamento.

—¡Aquí, no! ¡Aquí, no! ¡Aquí, no!

Acosado por los que venían detrás, el hércules nos empujó con un resoplido de

iracundia y entró. Le oímos murmurar mientras instalaba su equipaje:

—Lo que no hay es vergüenza. ¡Cuatro asientos libres!… No sé qué noción tienen algunas personas del derecho…

Pero en seguida corrió a la puerta, obstruyéndola él solo con su corpachón, y espantó a todos los que pretendían entrar. Es bien notorio, sin embargo, que pretender viajar con cierta comodidad en un tren que sale de Madrid con dirección a las playas del Noroeste en los primeros días de agosto equivale a luchar contra el destino. Media hora antes de marchar, todas las plazas estaban ocupadas. Seguían pasando viajeros, jadeantes y despavoridos por la creciente sospecha de tener que soportar en pie veinticuatro horas de viaje. Después hubo unos minutos de calma porque hacia un extremo del pasillo se había atascado un mozo con tres maletas y no podía ir para adelante ni para atrás, a pesar de que le empujaban y le golpeaban los que le seguían. Al cesar la oclusión, una tromba humana corrió ante nuestra puerta, y, como una ola puede arrojar a la playa un despojo, así fueron lanzadas entre nosotros la bella Margarita y su madre, entre chillidos, protestas y tropezones. Cuando quisimos hacerlas salir, la puerta estaba obturada por bultos y viajeros. Entonces sonó la tercera campanada y abandonamos la discusión para asomarnos a la ventanilla central —única que fue posible abrir— y despedirnos de nuestros amigos y familiares. Quizá fue aquél el más penoso episodio, porque para poder sacar las diez cabezas por tan reducido espacio se hizo inevitable apretarnos dolorosamente y aun trepar unos encima de otros. Y todo esto para no conseguir nada, porque eran tantas las voces y tan abundantes las personas agrupadas ante la ventanilla, que nadie podía entenderse. Yo estreché la mano de un caballero al que estoy seguro de no haber visto en ninguna otra ocasión, y una matrona desconocida elevó hasta nosotros desde el andén a un chiquillo de cuatro años y nos refregó las mejillas con su rostro húmedo lo mismo que pudiera hacerlo con un hisopo. En cuanto al caballero nervioso y enjuto, encaramado sobre el montón humano y contagiado por aquel clamor de despedidas, gritaba más fuerte que nadie, como si lo llevasen a la guerra.

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Escribidme pronto!

Pero como no se dirigía concretamente a alguien, comprendimos que lo hacía por darse importancia.

El verdadero conflicto comenzó cuando, ya en marcha el tren, cada cual quiso retirar su cabeza, porque estaban como herniadas fuera de la ventanilla, y en cuanto uno quería retirarse apretaba, casi hasta la asfixia, los nueve pescuezos restantes. No sé quién habló de la proximidad de un puente o de un túnel donde podríamos quedar guillotinados, y se promovió un alboroto indescriptible. El señor de la maleta belicosa, que era coronel, impuso orden, vociferando:

—¡Calma! ¡Calma!

Y propuso que, para tranquilizar a las señoras, y ya que no teníamos otra cosa que

hacer, cantásemos un corito. El mismo atacó las primeras notas de la conocida canción que dice:

Unha noite na eira do trigo…

El efecto fue casi instantáneo. Al poco tiempo, las mujeres unían sus voces a las nuestras en el lúgubre canto y lanzaban ayes desgarradores cuando la letra lo exigía. El esfuerzo coral y el sol que calcinaba nos hicieron sudar hasta lubricarnos de tal modo, que el hijo del cincuentón, cuyos huesos no habían perdido aún la elasticidad de la adolescencia, logró retirar su cráneo, y antes de llegar a Villalba todos pudimos ocupar nuestros puestos. Yo cedí la mitad del mío a la bella Margarita.

Lo que ocurrió después fue muy desagradable, porque revivió el ansia de quedarnos solos en el departamento. Este instinto, que se manifiesta siempre entre los viajeros ferroviarios, es irresistible, porque está arraigado en la humanidad desde que el hombre luchaba con los demás hombres para evitar que entrasen en su caverna. El único truco que da resultado algunas veces es el de la enfermedad contagiosa, y ésta es la causa de que todo el mundo apele a él. Así cuando yo estaba pensando qué repugnante mal me achacaría, la madre de Margarita comenzó a exponer sus temores de no ver nunca más a una hermana suya, a la que había abrazado estrechamente una hora antes, y que padecía de viruela negra. El Hércules —al que pareció dedicar especialmente la historia, porque era el que más estorbaba con su volumen ingente— afirmó que nada podía ya conmover a un hombre como él atacado de tuberculosis pulmonar. El caballero nervioso, oído esto, sonrió con amargura al asegurar que la lepra que le comía le obligaba a considerar como leves distracciones las demás dolencias. Intervino el militar, mintió a su vez el comerciante y, aunque todos dedujeron por la intención propia la que movía a los demás, quedó en nosotros después de aquella conversación, durante algún tiempo, esa inquietud que se sufre al evocar las posibles miserias del organismo.

Por mi parte, pronto me desprendí de tales preocupaciones, porque entablé una interesante charla con Margarita. Tuvo ella la amabilidad de confiarme su propósito de veranear en Mondoñedo y de explicármelo diciendo que ya estaba harta de San Efcastián. Yo correspondí a esta confianza proclamando que si me había decidido a pasar quince días en Nogueira era porque me fatigaba volver un año más a Ostende. A lo cual ella replicó que no le extrañaba, porque, después de haber acudido cuatro veranos seguidos a una playa de Norteamérica, le había acometido un *spleen* tan agudo, que su padre, para distraerla, la regalara un Rolls. Apenas oí esto le hablé del yate que me esperaba en Villagarcía, y los dos quedamos muy satisfechos de sabernos tan distinguidos y tan acaudalados.

Cinco minutos después estaba locamente enamorado de Margarita, como nos ocurre a todos los que hacemos un viaje de más de tres horas en un departamento donde va una mujer joven. Y como la madre nos observase con una impertinente

curiosidad, le rogué, con un hábil pretexto, que se asomase a una ventanilla. Inmediatamente, según yo había calculado, esa terrible partícula de carbón que está delante de todas las ventanillas esperando que alguien aparezca, se le metió en un ojo, y la indiscreta señora tuvo bastante quehacer con dedicarse a incubarla con ayuda de un pañuelo, como hace todo el mundo. A las doce de la noche había conseguido que el ojo alcanzase el tamaño de un huevo y la arenilla el de un garbanzo.

Poco después de declararle mi pasión a Margarita se oscureció un poco el coche, Y fue porque un paño líquido de sangre caliente cubrió los cristales. La verdad es que nos alarmamos mucho; pero un comisionista que venía con nosotros, hombre acostumbrado a viajar, nos explicó que se trataba de un fenómeno naturalísimo, comprobable en el noventa y cinco por ciento de los casos. Por lo visto, sobre los techos de los vagones suelen viajar numerosos torerillos, limpiabotas y descuideros, que van siendo decapitados uno a uno, o todos de una vez, por el arco de los túneles. Cuando supimos que era un accidente habitual nos tranquilizamos.

Menos el cincuentón y su hijo, todos comimos en el departamento, lo que nos procuró una ocasión excelente de demostrar hasta dónde llegaba nuestra finura. Así, cuando el hombre de la maleta autoritaria me vio extraer de un paquetito una blanca y conmovedora pechuga de gallina, se apresuró a ofrecerme un bisté de caballo que llevaba, y aunque lo rehusé con el ahínco de la desesperación, él insistió diciendo que en estos trances debe dejarse a un lado todo egoísmo, tras de lo cual no dudé que aceptaría la pechuga, como se verificó tristemente. Luego vertimos el vino por los pantalones y el café por los chalecos, y la pérfida Margarita se limpió disimuladamente en mi chaqueta sus lindos dedos pringados del aceite que rezumaba un trozo de merluza. Sin embargo, estoy seguro de que entonces no le era indiferente. Pero una mujer lo sacrificará siempre todo a su *toilette*.

Cuando regresó el cincuentón se mostró más absorto y preocupado que antes. Salió de su ensimismamiento para provocar una discusión metapsíquica y declaró que a veces se sentía dispuesto a creer en la reencarnación.

—No se puede negar —dijo sobriamente— que hay ocasiones en que nos parece vislumbrar indicios de una vida anterior. Esta misma noche, en el vagón restaurante, he tenido el clarísimo recuerdo de haber vivido ya aquellos mismos instantes, exactamente los mismos: de haber sorbido el mismo consomé, de haber engullido el mismo ragú, las mismas judías verdes, el mismo rosbif correoso color chocolate. ¡Oh, los hombres nunca podremos penetrar ciertos misterios!

A todo esto, el tren había seguido admitiendo huéspedes. Eran ya tan numerosas las personas y los bultos en los pasillos, que una señora muy correcta, que iba en pie y que intentó dar a luz, no pudo conseguirlo porque verdaderamente no había sitio para un ser más, por pequeño que fuese.

A las once apagamos las lámparas con intención de dormirnos. A las once y

cuarto roncaban, en tonos distintos, el coronel, el comisionista y el adolescente. A las once y media, el hércules produjo el primero de una impresionante serie de rugidos nasales. Fue tal, que los demás durmientes callaron, empavorecidos o quizá avergonzados de su insignificancia. Así dicen que ocurre en la selva cuando se hace oír el león. El coronel reaccionó en seguida y trató de sostener una temeraria competencia. Cada vez que los pulmones del hércules aspiraban, se producía un angustioso enrarecimiento; al resoplar, todo flameaba. La mañana nos sorprendió confundidos, despeinados, sucios, bostezantes y desabrochados.

Cuando llegamos a la pequeña estación donde Margarita, su madre y yo debíamos apearnos, vimos que nuestro coche, al que se habían ido anteponiendo vagones, era el penúltimo, junto al furgón, desde donde los empleados iracundos arrojaban al suelo nuestros baúles, con la misma saña que si sostuviesen con ellos una lucha a muerte. Nuestros compañeros de vagón accedieron amablemente a echarnos por las ventanillas los cabases y las maletas, las sombrereras y los estuches de aseo; y quizá la alegría de verse libres de nosotros les hizo excederse hasta el punto de tirarnos seis o siete bultos más de los que legítimamente nos pertenecían.

Nos despedimos con prisa, y el tren partió.

Entonces advertimos que la estación quedaba tan remota, que no era más que una manchita en la lejanía de la llanura: tan largo era el convoy. Nuestra situación, dueños de una montaña de baúles en un descampado, no tenía nada de agradable, y aunque estudiamos detenidamente el medio de ir al distante lugarejo a buscar auxilio, pronto comprendimos que el trance era más difícil que aquel del barquero que tuvo que pasar de una a otra orilla a un lobo, una cabra y una col, porque las dos mujeres se negaban a quedarse solas: la madre no quería ir dejándome con su hija; la hija tenía miedo de aventurarse sin compañía; las dos juntas recelaban ser atacadas por ir sin amparo varonil, y los tres no podíamos marcharnos abandonando el equipaje.

Aquella noche colocamos verticalmente los baúles y, cubriéndolos con mantas, hicimos una especie de choza, que perfeccionamos en los días sucesivos. Tres llevábamos viviendo así cuando pasó un labriego, al que sometimos a un interrogatorio y que nos aseguró que en toda la comarca no había visto nunca nada que se pareciese a un mozo de estación, por lo que nos hizo perder definitivamente la esperanza de que pudiese ser transportada nuestra indumentaria.

Esto nos vedó movernos de allí, atentos a su custodia, y fuimos durante varias semanas los robinsones de aquel lugar. Cuando se detenía cerca de nosotros la cola de algún tren, paseábamos a lo largo de la vía ofreciendo, con canturria monótona, «¡Un vasito de agua!», porque sabíamos que ésta es la industria de todos los que, por haber perdido el tren en un sitio desconocido, no pueden encontrar trabajo, ni pedir dinero a nadie para volver a sus casas. Los perrochicos que ganábamos los poníamos, en estudiadas y sucesivas posiciones, sobre los carriles, y al pasar los trenes los iban

aplastando, agrandando, hasta convertirlos en perros grandes. Así llegamos a reunir un regular capitalito.

No pude saber cómo terminaría aquello, porque un día me quedé repentinamente rígido, con los ojos un poco extraviados, marché con pasos de sonámbulo a la estación y subí al correo ascendente. Continué así, como bajo un extraño dominio, hasta las nueve de la siguiente mañana. A esa hora, sin darme todavía cuenta de mis actos, empujé la puerta de una oficina de Hacienda y me encontré ante el jefe de mi negociado, que conservaba el índice elevado verticalmente y su mirada irresistible fija en mí. Avancé hasta que mi nariz tropezó con aquel dedo. Entonces el jefe sopló en mi rostro y ordenó:

—Bien, señor Díaz; firme el parte de entrada.

Comprendí, vuelto a mi ser normal. Aquel día terminaba mi licencia. Mi jefe era un hombre tremendo. Me hubiera obligado a acudir puntualmente, aunque me encontrase en una isla desierta. Entre todos esos déspotas que dominan en los negocios, ninguno hipnotizaba a distancia tan bien como él.

Pero nada de esto me hubiera ocurrido si yo hiciese el viaje en un automóvil. Aquella serie de aventuras desagradables me hicieron pensar que el tren es ya un medio de locomoción bastante atrasado y molesto.

Capítulo 8

En el que me convenzo de que… no puede ser

El caballero que almorzó a mi lado en el banquete con que obsequiamos al jefe de mi oficina para celebrar el matrimonio de su hija mayor, puesta en trance de maternidad por un novio impaciente, manifestaba con frecuencia su disgusto:

—Estas berenjenas no valen nada —se decidió a confiarme de pronto—. Las que produce mi finca son infinitamente superiores.

Poco después me aseguró que no cambiaría un conejo de los que criaba en tal finca por cuarenta langostas tan podridas como la que nos sirvieron anegada en la purulencia de una lívida salsa mayonesa. Yo estaba triste pensando en la hiperclorhidria y en las veinticinco pesetas que me había costado el cubierto. Contesté, con voz rencorosa:

—Sí… es un atropello, es un atropello… En los banquetes, ya se sabe lo que ocurre… Bebamos para alejar el mal humor.

Le serví una copa de vino.

—No creo —dijo— que sea tan bueno como el que obtengo de mis viñas.

Lo probó con recelo. Un sorbito, otro sorbito, hasta trasegarlo todo. Yo esperaba, cortésmente.

—¿Qué tal? —pregunté.

—Me parece que es mucho peor —replicó—. Pero no estoy seguro, y me molestaría calumniar a ese cosechero. Écheme usted otro poco.

Volví a llenar su copa.

—No, no es tan bueno —afirmó al vaciarla. Pero debía de conservar todavía algún escrúpulo, porque bebió medio litro más. Entonces me informó de que si yo pensaba servirle más vino únicamente consentiría que se lo echase en la copa del agua, porque tan sólo los buenos caldos pueden ser tomados en pequeña porción y a tragos menudos, mientras que los vinos ordinarios han de ser lanzados al estómago con la copiosidad y la indiferencia con que se vacía un cubo de agua turbia.

Al aparecer los camareros ofreciendo cigarros, el caballero extrajo una boquilla de espuma de mar que representaba la cabeza del presidente Wilson, y limpió amorosamente con una pluma de gallo.

—También es de mi finca —me confesó—. Tengo centenares de gallos y gallinas, con millares de plumas. Ningunas tan buenas para limpiar los tubos de las pipas. Es la especialidad de mis aves. Podrá haber otras que pongan huevos mejores —aunque no

está probado—, pero ninguna ofrecer a su propietario plumas tan excelentemente calibradas para barrear la nicotina de las boquillas.

Dicho esto, aquel buen señor me hizo la merced de soltar en mis oídos el raudal de sus confidencias a propósito de las maravillas de su finca. Pronto supe que mi reciente amigo había pasado gran parte de su vida en Nueva York, donde pudo conseguir una enorme fortuna, que ahora disfrutaba plácidamente en su país natal. De su estancia en Norteamérica conservaba una afición casi morbosa a las estadísticas, y la única contrariedad que ahora enturbiaba su dicha era no saber exactamente cuántas berenjenas, cuántas judías, cuántas lechugas producía su huerta; cuántos huevos sus gallinas, cuánta fruta sus árboles. El no podía ocuparse en tal cuestión. ¡Si encontrase un hombre serio, perfectamente compenetrado de la importancia de la estadística, que se aviniese a llevar aquella fácil contabilidad!… Estaba dispuesto a darle quinientas pesetas al mes. (Yo parpadeé.) Y, al fin y al cabo, no era preciso ningún desvelo. Con dos horas diarias de trabajo podría realizarse cumplidamente aquella función.

Yo declaré que siempre había amado la estadística, y hasta creo que dije entonces que, a mi juicio, era la madre de todas las ciencias.

—Y de todas las artes.

—Bueno —repliqué—; eso, por sabido, se calla.

Se felicitó de haber hallado un hombre tan juicioso como yo, y yo aseguré que estaba encantado de hablar con un caballero tan inteligente. Esto pareció halagarle, porque me quiso regalar una pluma de gallo, y como en aquel momento no tuviese más, su efusión le llevó a ofrecerme la que ya había usado para limpiar el interior de la cabeza del presidente Wilson. Tornamos a hablar de la estadística, y me dijo que no había acto de su vida al que él no la aplicase.

—Eso me permite saber que en este almuerzo he bebido cuatro copas grandes y ocho copas pequeñas de vino…

—Nueve —interrumpí yo—, porque una vez bebió usted la del vecino de la derecha. Nueve; y se ha comido nueve panecillos.

Me consideró con asombro.

—A un hombre como usted llegaría a pagarle yo setecientas pesetas.

Sentí un agradable cosquilleo en el plexo solar. Pero no dejé traslucir mi alegría.

—¿Quiere venir a ver mi finca? —me propuso—. Está a veinte kilómetros de Madrid. Tengo abajo mi coche, y le llevaré a usted en un momento.

Accedí. Montamos en un excelente automóvil que él mismo guió. Lo conducía hábilmente entre el tránsito abundante de la ciudad; pero yo advertí con cierto sobresaltado asombro que apenas el acaudalado caballero cogió el volante, enrojeció, frunció las cejas, se mordió los labios y presentó algunos otros síntomas de enfurecimiento. En un cruce le vi asomar de repente la cabeza por la ventanilla, y oí que gritaba:

—¡Idiota! ¡Mala bestia! ¡Aprenda usted a andar! En seguida me explicó:

—Un peatón que me ha increpado. Hay que estar pronto a contestar a esta gente, porque…

Se interrumpió para asomarse nuevamente a la ventanilla y vociferar:

—¡Al pesebre, canalla! ¡Lleva tu mano, imbécil! ¡Uncido a un carro estaría mejor que guiando un coche! Siguió hablándome:

—Esto es lo que más trabajo me ha costado aprender; la respuesta rápida, el insulto pronto. Es lo más difícil del automovilismo. En un casino, en la acera, en el teatro, en una reunión cualquiera, puede usted devolver un insulto acertada y cómodamente, porque siempre dispone de algún tiempo para pensarlo. Pero cuando se va en un auto no, porque todo es demasiado fugaz. Especialmente si le insultan desde otro auto que se cruza con el de usted. Y es lo grave que ningún otro hombre tiene que afrontar mayores y más frecuentes ultrajes, porque al que va corriendo en un coche le insulta todo el mundo: los que van a pie, los que le miran desde los balcones y hasta los que pasan en otros coches, ya porque corren menos, ya porque corren más. Es muy duro; le digo a usted que es muy duro. Hay que dar respuesta adecuada a demasiada gente. Al principio yo insultaba a todos con la misma palabra; pero concluí por aburrirme. Ahora, después de estudiar un poco el Diccionario de la Lengua, tengo un repertorio bastante rico.

Abrió un paréntesis para replicar a otro conductor que lo increpaba:

—¡Follón! ¡Calzonazos!

Íbamos por la parte más concurrida de la ciudad. El caballero me rogó:

—Tenga usted la bondad…, porque yo no doy abasto… Hágame el favor de insultar por la ventanilla de la derecha, mientras yo insulto por la de la izquierda…

—No sé si sabré…

—Sin duelo…

—Pero ¿cuándo?…

—En estos momentos puede ir usted insultando siempre, porque siempre habrá alguno que le insulte o que le vaya a insultar. No tenga reparo.

Por la ventanilla de la derecha comencé a gritar:

—¿Dónde llevas los ojos, cacatúa? ¡Cretino! ¡Golfo!

Y él por la ventanilla de la izquierda:

—¡Bergante! ¡Malandrín! ¡Cascanueces!

A derecha e izquierda nos injuriaban también automáticamente. Ya en la carretera, sólo disparamos cinco o seis injurias graves por kilómetro. Cuando nos cruzábamos a ciento por hora con otro auto que marchaba a ciento dos, clamábamos:

—¡Bestias!

Y la ráfaga nos traía al mismo tiempo otra palabra:

—¡Bárbaros!

Llegamos, al fin, a la propiedad de mi amigo. Me enseñó sus gallineros, sus conejeras, su huerto, su jardín; me instó para que me encargase de la estadística…

—Pero yo —objeté— tengo ya un empleo en Madrid… No puedo abandonarlo; tampoco me gusta vivir en el campo… Me conviene ganar setecientas pesetas más cada treinta días, pero es imposible que acepte…

—Si no hace falta que renuncie a su empleo, ni que cada tarde acude usted a la finca; dos o tres horas de labor, y otra vez a su casa…

—¿Hay trenes?

—No hay trenes.

—¿Entonces?

—En su coche de usted.

—Yo no tengo coche.

Me consideró primero con desprecio y después con lástima. Quedó largo tiempo callado, como si hubiese oído una inconveniencia o un disparate. Yo comenzaba a sentirme incómodo.

—Mire usted, amigo mío —dijo, al fin, lentamente—, sin un coche no hará nada en la vida; siempre será usted un hombre incompleto. El tiempo que pierde en moverse sobre sus piernas —deficientes, como todas las piernas— para ir de un lado a otro reduce a menos de la mitad el valor y la utilidad de su existencia. Si usted no posee un coche, nada tenemos que tratar, porque eso quiere decir que usted no es buen trabajador. El hombre que no posee un auto, una máquina de escribir, una navaja de afeitar y un despertador no llegará a ser nada.

—Según —objeté, algo molesto—; hay profesiones para las que el auto es superfluo.

—Ninguna —aseguró con énfasis—; ni aun las más extraordinarias. Yo puedo asegurárselo a usted. ¿Quiere saber cuáles fueron los principios de mi carrera, la base de mi fortuna?… Yo he pedido limosna, querido señor. Sí. Yo he montado un puesto de pedir limosna en Nueva York. Me situé en un lugar magnífico, elegido después de un largo estudio comparativo. Millares y millares de personas pasaban por allí al cabo del día. Pero todas eran gente apresurada, que no hacían el menor caso de mí; ciudadanos que corrían a sus negocios sin poder atender al mío. Después de largas reflexiones, compré un auto de cuarta o quinta mano; un auto viejo, de apariencia enfermiza, pero que aún caminaba con la tenacidad de un veterano que quiere morir en su puesto. Con aquel artilugio comencé a operar. Me infiltraba en el torrente de coches de las grandes avenidas, y marchaba al lado de carruajes magníficos, clamando; «¡Po, po! ¡Una limosnita por amor de Dios, caballero! ¡Po, po!» La bocina de mi coche sonaba como una tos lamentable, era una extraordinaria bocina que hacía pensar en la bronquitis que aqueja a los ancianos en las guardillas agujereadas. Le digo a usted que no podía escucharse durante más de un minuto aquel sonido sin

darme un dólar. Por otra parte, el hombre que va ociosamente recostado en el interior de un coche es propenso a la caridad. Yo reuní de esta manera mis primeros veinte dólares. Si hubiese ido a pie o en bicicleta, no saldría de la inopia y acaso estaría enterrado ya. Sin auto no se puede ser hoy un hombre de negocios. Usted me convenía. Siento tener que prescindir de usted, pero…

Di una patada en el suelo.

—¡Concédame usted un mes! —grité—. Dentro de un mes estaré aquí traído por mi propio coche. Las mujeres me rechazan y el dinero me huye porque no soy más que un peatón. Pero estoy decidido. Mi vida va a cambiar… ¿Un mes?

—Sea un mes —concedió el caballero—. Debutará usted con la estadística de los espárragos. Le espero a usted.

CAPÍTULO 9
La casa de enfrente y la salud

La que acabó con mis cavilaciones fue un su ceso impresionante, que aun hoy recuerdo con escalofríos.

Frente a mi casa estaban construyendo otra, casi terminada ya… Es preciso que narre este episodio con alguna amplitud, porque fue el que determinó mi decisión de comprar un auto.

Ocurrió que un día sonó un alarido espantoso y un estrépito indescriptible.

Me asomé al balcón y vi que la casa frontera se había inclinado terriblemente hacia atrás.

Pero esto no sucedió sin que se registrasen algunos interesantes síntomas anteriores.

La puerta central del edificio, que era un poco más grande que las otras, se había ido poniendo redonda poco a poco; tres ventanas se habían apaisado, y una grieta nacida en el quinto piso terminó por reproducir sobre toda la fachada la fotografía arborescente de un rayo.

Fue entonces cuando la Sociedad de Albañiles envió un oficio al Ayuntamiento comunicándole su creencia de que si no se cerraba aquel trozo de calle al tránsito de camiones, la trepidación bastaría para hacer que un gran número de albañilitos en ciernes se quedasen sin padre. Diversos funcionarios dedicáronse al estudio de aquella denuncia, pero antes de que pudiesen aconsejar una resolución, aconteció otro extraordinario fenómeno: la casa inició un inesperado descenso hacia el centro de la Tierra, como si hubiese sido construida sobre un pantano, y no se detuvo hasta que toda la planta baja desapareció y los balcones del entresuelo vinieron a quedar a ras de la calle.

La Sociedad de Albañiles redactó otro oficio enternecedor, en el que rogaba al Municipio que se prohibiese el paso de los niños y de las mujeres ante las vallas de aquella construcción. Pero el propietario y el contratista arguyeron que la solidez de la obra era desde aquel instante indiscutible porque los cimientos se habían aumentado al hundirse el edificio, y, por otra parte, éste contaba con un piso menos, lo que aseguraba hasta lo indecible su estabilidad.

Tres días más tarde, después de una noche de niebla, la escalera de la casa apareció encogida —como algunas telas luego de ser lavadas— y hubo de tirarse de ella, como de un acordeón, para que volviese a llegar hasta el suelo.

La Sociedad de Albañiles mandó un comunicado a los periódicos para advertir que únicamente los aviadores, los veteranos de la Legión, las personas que padeciesen una enfermedad incurable y, en general, los desesperados de la vida, debían arriesgarse a pasar —corriendo todo lo que pudiesen— por las inmediaciones de la casa.

La entrada al trabajo era un espectáculo conmovedor. Las madres, las mujeres y los hijos de los obreros acudían a acompañarles hasta las mismas puertas, y les abrazaban llorando. A la salida, por compensación, todos reían alborozados y las familias los acogían con palmas, como si regresasen de atravesar el Bósforo sobre una cuerda floja.

Un pequeño detalle: al guardián nocturno de las obras se le puso el pelo blanco en una semana. En cuanto al mastín que le acompañaba —animal de instinto maravilloso, que se abstuvo de humedecer ninguna de las esquinas de la casa, como si comprendiese que aquello podía bastar para producir una catástrofe—, aulló tres noches seguidas, con los mismos síntomas de inquietud que algunos seres exteriorizan antes de los terremotos, y al fin, después de tirar vanamente de la chaqueta de su amo, huyó, sin que nunca se pudiese saber adonde había ido.

Estos fueron algunos precedentes del derrumbamiento que presencié horripilado desde mi balcón.

No empleé la palabra exacta. El edificio no se derrumbó totalmente. Cayeron los techos, las escaleras, los pisos, pero quedaron los muros en pie. La casa vino a ser algo así como una cáscara vacía, un alto cubo amenazadoramente inclinado hacia atrás, como si hubiese sentido la necesidad de contemplar el cielo con sus ventanas. Desorbitados los ojos, vi gatear una docena de obreros por la pendiente que formaba el tejado, y, como si se tratase del juego de unos niños en un balancín, cuando el peso de aquellos hombres gravitó sobre la parte más elevada de la azotea, toda la casa basculó hacia la calle, aproximándose notablemente al balcón donde me encontraba.

Impresionado, lívido, extendí los brazos como si quisiera detener aquella mole; luego escapé al interior tan rápidamente que derribé algunas sillas, y aunque declaré —cuando mi criado Domingo me encontró debajo de la cama— que había querido ir a avisar a los bomberos, nadie —ni yo mismo— pudo establecer la relación precisa entre esta decisión y el lugar donde me había refugiado.

Volví a asomarme media hora después. Los doce obreros seguían sobre el tejado como sobre una isla escarpada. Me creí en el caso de gritarles:

—¡Valor!

Pero había tanta emoción en mi voz, que apenas me oyeron.

—¿Qué? —preguntó uno.

—¡Valor!

Aquellos hombres se consultaron entre sí. Yo les veía alzar las espaldas y avanzar

el labio inferior para contestarse unos a otros que no me habían entendido.

—¿Cómo? —gritó uno.

—¿Por dónde? —inquirió otro, con la mano tras de la oreja.

—¡Valor! —gemí.

El que había preguntado «¿Por dónde?» soltó su asidero y se aventuró cautelosamente por la vertiginosa cuesta al remate de la cual estaba el abismo. Llegó deslizándose, haciendo freno de las uñas, hasta el borde más próximo a mis balcones. Allí se inclinó un poco para indagar:

—¿Qué nos decía?

—¡Serenidad! —aconsejé entonces, porque me molestaba repetir tantas veces la palabra «valor» y temía que los demás vecinos que me escuchaban desde sus ventanas creyesen que no disponía de más voces en mi repertorio.

—¿Serenidad? —repitió el obrero.

—¡Mucha serenidad!

—¿Y para eso me ha hecho usted venir hasta aquí? —rugió.

Y me arrojó un cascote, que rompió un cristal.

Una hora después, Domingo me anunció la visita del contratista, que pedía mi venia para conferenciar desde mi balcón con los trabajadores en peligro.

—¡Hijos míos —les arengó—, tened un poco de paciencia; éstos son los gajes del oficio; pensad que si las casas no se cayesen nunca, habría una terrible crisis de trabajo! Las casas se caen como se mueren los hombres: unos en la infancia y otros en la vejez. No os puedo decir más, porque tengo que escaparme, como es costumbre en estos casos. Si seguís así por la noche, poneos las bufandas, que va a helar o yo no entiendo nada de meteorología.

Y después de hacer esta paternal advertencia se retiró, visiblemente conmovido.

—¡Qué gran desgracia! —murmuré.

—Sí —respondió el visitante— y aún será más justo decir: ¡qué mala suerte!

—¿Cómo ha podido ocurrir? El otro se encogió de hombros.

—Un azar, y nada más que un azar. He construido así muchas casas, y puedo afirmar que ninguna de las que me son encomendadas a mí y a mis similares tienen mayores posibilidades que ésta de seguir en pie. Se nos culpa de no tener preparación técnica ni escrúpulos excesivos. ¡Ta, ta, ta!… ¿Y las casas que hemos hecho y que no se han caído aún? Diga usted que es preciso contar con la piedra madre. Si sale bien lo de la piedra madre, no hay cuidado. Todo depende de que aguante hasta que haya otra casa construida a la derecha y otra a la izquierda. Entonces es muy difícil que se derrumbe. Puede ocurrir, pero es muy difícil.

—¿Qué es la piedra madre? —indagué.

—A veces es un ladrillo o una vigueta. Pero siempre le llamamos así.

—¿Y dónde está colocada?

—No lo sabemos. Ahí está la cosa. ¡Ah, si lo supiéramos!… Una casa de éstas se sostiene por algo de milagro; porque, providencialmente, un ladrillo quedó puesto de tal manera que un muro no se puede caer. Si alguien mueve ese ladrillo, si lo empuja, destruye el equilibrio y todo se viene abajo. Hay casas que tienen la piedra madre tan oculta, que no se derrumban jamás. En otras, clava usted un día un clavo en la pared, da una patada en el suelo, arroja una pelota al techo y…, ¡zas!, ha movido usted la piedra madre, y aquello es el templo de los filisteos después del arrebato de Sansón.

—Y ahora, en este caso, ¿se sabe…?

—Sí, está aclarado todo. Han frotado una cerilla, precisamente sobre la piedra madre, para encender las virutas que habían de calentar la cola.

—¿Nada más que el frote de una cerilla…?

—Es que la piedra madre es muy delicada. Pues ahí está…

Reflexionó un poco y añadió:

—Por otra parte, la culpa fue de la cerilla. Si las cerillas se encendiesen con facilidad, como hay derecho a exigir, acaso no hubiese sucedido nada. Pero el chico la rozó veinte veces, cada una de ellas con más fuerza… Y, claro está, se hizo polvo todo. Esa será nuestra defensa ante los tribunales. Vamos a pedir una indemnización a la Compañía Arrendataria de Fósforos.

Y el honorable personaje se marchó meditabundo.

Antes del anochecer tuve que prestar mi balcón a un nuevo visitante. Era el gobernador civil, que quería dirigir un discurso a los doce hombres del alero. Les dijo que consideraba su situación con gran tristeza y que nadie podía comprenderla mejor que él, porque desde chico había padecido de vértigo. Los exhortó a guardar orden, porque sin orden no es posible la vida social, ni aun sobre un tejado ruinoso, y agregó que lo toleraría todo menos cualquier intento de quebrantar aquel orden tan indispensable. Añadió que ninguna ambición personal le ligaba a su cargo; se extendió en detalladas noticias acerca de esta repulsión, que parecía sentir hacia todo lo que fuese ejercicio de la autoridad, y aun salió al paso de los que, según él, opinaban que debía de habérsele concedido una cartera en vez del gobierno civil, porque, aun reconociendo que se hubiese cometido una injusticia con sus méritos, a la patria se le puede servir bien desde cualquier lugar. El en aquel balcón y los obreros en el tejado vacilante, podían servir a la patria.

En fin, declaró que esperaba que al día siguiente estuviesen sanos y salvos entre sus familias. Pero admitiendo que todo se lo llevase la trampa aquella misma noche, quería rogarles que no excitasen a sus compañeros para que les llevasen a enterrar pasando por la Puerta del Sol, porque ya otras veces esto había dado lugar a graves conflictos.

—Al fin y al cabo —terminó—, a ustedes lo mismo les da, y yo no quiero disgustos.

Se marchó, después de recoger los aplausos de todos los vecinos.

Horas más tarde sopló la brisa. La casa osciló tan insistentemente, que casi todos los obreros se marearon. Uno que se había atado con su faja a una chimenea se quedó dormido, pero fue preciso despertarle, porque, según los técnicos, sus ronquidos hacían trepidar el edificio y podrían bastar para que se desmoronasen los muros.

Estas precauciones fueron inútiles. A las cinco de la mañana no había en aquel lugar más que un montón de escombros.

En cuanto a los doce hombres, se salvaron todos, lo que, según ellos mismos reconocen, no podría ocurrir de haber sido trece. Esta fue, en verdad, una casualidad afortunada.

Aquel día comenté el suceso en mi tertulia y tuve la franqueza de confesar mi recelo acerca de las condiciones de seguridad de mi propia morada, cara, incómoda y ruidosa.

—Si se me cae un objeto de las manos —dije—, palpita con fuerza mi corazón, y ya no me atrevo a dar pasos resueltos, sino que tanteo con un pie antes de levantar el otro, porque siempre está despierto en mí el temor de mover la piedra madre.

Un amigo opinó:

—Nada hay como la casa propia. Con un poco más del dinero que invierte usted en alquileres, puede hacerse dueño de una casa. Ese es, en nuestros días, un problema resuelto. Ahí tiene usted a don Francisco. Pues donde lo ve, don Francisco es ya propietario.

—Todavía no, todavía no —rechazó el aludido, modestamente.

Era un hombrecillo delgado, de rostro ensombrecido por una barba de dos días. No hacía consumo en el café más que el 1, el 2, el 3, el 4 y el 5 de cada mes, y muy precariamente. En su traje, que acusaba una ancianidad sufridora de varias intemperies, había siempre manchas de barro. Era muy difícil pensar que aquel hombre pudiese ser dueño de algo más que del grueso bastón de punta ferrada, del que no se separaba nunca.

—¿Usted tiene una casa? —interrogué incrédulamente.

—Como puede tenerla cualquiera —dijo el hombrecillo sin poder disimular su orgullo—. Es una casa barata. Vivo en la Colonia del Robledal. Si a usted le interesa, puedo hacer que le envíen noticias de este asunto.

Y así fue: al siguiente día recibí un paquetito de impresos, en los que se exaltaban las ventajas de ser propietario en la Colonia del Robledal, y se llegaba a la conclusión de que todo lo que fuese vivir un metro más allá de los no muy dilatados límites de aquel hacinamiento de casitas, era relegar la existencia a las incomodidades, a la enfermedad y al fastidio.

—No tiene más que un inconveniente —opinó un contertulio cuando volvimos a comentar la cuestión—; es un poco lejos de Madrid.

—¡Oh! —protestó don Francisco—. ¡Esa es, precisamente, su principal ventaja! Fíjense ustedes en nuestro amigo Jorge: está pálido, no ve el sol, no respira aire puro, su sueño es turbado por los ruidos de la calle, le amarga la inquietud de que se derrumbe su casa… Yo estoy fuerte como una barra de hierro. Todos los médicos lo dicen: hay que vivir en las afueras. A mí me gusta caminar; ir y venir a mi casa es un delicioso paseo. Pero para el que no piense así se han inventado los automóviles. Desde que el automóvil existe, las personas razonables ya no viven en la capital. Veinte minutos de carretera no representan nada. Y es la salud, la longevidad… Usted no está bien, Jorge…

—No; no estoy bien —gemí.

—Cómprese una de estas casitas. No le digo a usted que sea en el Robledal, si el Robledal no le gusta, pero hay cien colonias más. Madrid está rodeado de colonias. Elige usted. Firma su compromiso, entrega veinte duros, y dentro de tres o cuatro generaciones, la casa es íntegramente suya. Resulta muy cómodo.

—Es posible que me decida —balbucí.

—Para mí, que habito en el Robledal desde hace quince años, es la colonia ejemplar, la colonia por excelencia. No cambiaría mi casita por un palacio en la Costa Azul. Y si usted la conociese, participaría de mi entusiasmo.

—¿Por qué no verla? —insinué.

—Si usted quiere…

—¿Cuándo le es a usted menos molesto…?

—Mañana mismo.

Y quedamos convenidos para la visita al Robledal.

Capítulo 10

Que refiere una caminata hacia la felicidad

Nos reunimos en el café, a las ocho de la noche, cuando don Francisco hubo terminado su labor en la oficina. Apareció mezquino y friolero, con la cabeza surgiendo entre las vueltas de una bufanda de lana, y preguntó lacónicamente:

—¿Vamos?

Abandoné con pereza el diván.

—Cuando usted guste.

En la puerta nos sacudió una ráfaga. Era un día invernal, áspero y violento. Grandes masas de nubes pasaban por el oscuro cielo, y a lo largo de las calles sin gente los vidrios de los escaparates se mostraban esmerilados por el frío. Hundida la nariz en su bufanda, don Francisco caminaba con pasos presurosos y menudos que parecían a cada momento ir a resolverse en un trotecillo.

—¿Está muy lejos su casa? —pregunté.

—¿Muy lejos? Naturalmente. Todas las colonias de casas baratas están muy lejos. No podrían hacerlas en la Puerta del Sol.

—¿Es preciso ir a pie?

—Es, por lo menos, muy recomendable. Forma parte de las ventajas de habitar esa clase de viviendas. Se practica un saludable ejercicio corporal, se queman grasas inútiles, se respira aire puro; loé pulmones realizan una gimnasia muy conveniente. Pero esto no quiere decir que carezcamos de medios de comunicación. Puede tomarse primero un tranvía, hasta el límite del término municipal, y allí un autobús que pasa a un kilómetro de la colonia. Yo no los utilizo nunca.

—¿Por qué?

—Por eso del ejercicio… y… por otra razón… La vida se encarecería mucho… El tranvía cuesta un real; el autobús, dos. Como tendría que hacer cuatro viajes diarios, el precio de la casa resultaría gravado en tres pesetas por jornada. Ya no era negocio…

Seguimos andando silenciosamente hasta los arrabales. Continuamos por una carretera en cuyo comienzo las llamitas del gas, en los faroles, temblaban de miedo y de frío. El propietario de la casa barata extendió su mano hacia una vereda que se insinuaba vagamente a un lado de la ruta.

—Aquí comienza el atajo —informó—. Sigámoslo.

Uno tras otro avanzamos por unos desmontes. Las luces se perdieron al fin, y

hasta los bocinazos de los automóviles dejaron de oírse. En la oscuridad de la noche no había faro alguno guiador. El camino, deshecho en barro, se confundía con el resto de la tierra solitaria. Se hizo más fuerte el viento, y la lluvia comenzó a caer en gotas violentas. Y así caminamos media hora más. Me resolví a decirle:

—No quisiera amargarle a usted el placer de este paseo, don Francisco, pero temo mucho que termine en una pulmonía doble: una para usted y otra para mí.

—Imposible. Nada hay más sano. Ya ve usted: yo hago este recorrido desde hace largo tiempo y…

Las palabras se cortaron bruscamente y la sombra de don Francisco desapareció. Yo me detuve.

—¿Dónde está usted?

Silencio.

—¡Don Francisco! ¿Dónde está usted? Sonó una voz junto a mis zapatos.

—No lo sé exactamente, amigo mío. Desde luego, en una zanja, pero es completamente nueva para mí. Conozco todas las zanjas del camino a fuerza de haberme caído en ellas, pero estoy seguro de que ésta no me ha recogido nunca. No se mueva, haga el favor. No es absolutamente preciso que usted se caiga también, al menos hasta que yo haya salido.

Extendí las manos hacia abajo.

—Agárrese usted.

—¡Bueno! —protestó don Francisco—. Me ha metido usted un dedo por un ojo. ¡Vaya una manera de ayudar a la gente! Afírmese bien, que yo procuraré arreglármelas.

Sentí que unos brazos se ceñían a mis piernas y que mi amigo subía por ellas como una criatura por un árbol.

—Ya estoy… Pero esta zanja…

Estábamos inmóviles sobre la encharcada planicie batida por el ancho viento. Las sombras se habían espesado más aún. Don Francisco rezongó con tono malhumorado; luego insinuó:

—Es extraño…; me parece que nos hemos perdido. Si hubiésemos seguido el buen camino, hace cinco minutos que correrían detrás de nosotros los perros, pero no encontraríamos zanja alguna.

—¿Qué perros? —indagué sobresaltado.

—Los que guardan la granja El Pavipollo, a cuya orilla es preciso pasar. Son dos lobicanes feroces, pero muy útiles para los que vivimos en el Robledal, porque nos ayudan a abreviar el camino en un cuarto de hora. Por cansado que llegue usted, en cuanto oye sus ladridos, les siente lanzarse en su busca, aprieta a correr y no para hasta dejarlos muy atrás. Con todo ello se llega a casa más pronto. Debíamos de haberlos tenido detrás de nuestros talones hace ya algún tiempo. ¡Qué raro! No se

alarme usted excesivamente, pero… no sé dónde estoy…

—¡Don Francisco!

—¿Qué?

—¡Don Francisco, por Dios, no me diga usted eso! Estoy aterido, desalentado y chorreante; tengo una zanja a mis pies, el mundo parece haberse acabado en esta negrura deshabitada. ¿Qué va a sucedemos? No me engañe usted. Sobre todo, no se aparte de mí. Si me dejase solo, me moriría. ¿Dónde cree usted que estamos?

—Yo supongo que no hemos salido de la provincia. Serénese usted y continuaremos. No somos los primeros que sufren algo parecido. Una familia entera, a la que sorprendió la noche en el camino cuando se dirigía a su casa del Robledal, se extravió también y nunca se volvió a oír hablar de ella. Y un vecino nuestro, el señor González, que había refugiado su soledad de solterón en la colonia, se desorientó en una noche como ésta, y andando, andando, llegó tan lejos, que se quedó allí para siempre. Sí, se quedó. Mandó un telegrama diciendo que como el billete para el viaje de regreso le costaría más de lo que valía su casa, renunciaba a todos sus derechos sobre ella. Pero a mí no me ha sucedido nada hasta hoy. Únicamente…, algunas veces…

—Algunas veces, ¿qué?

—En noches de temporal…, muy oscuras…, no se puede marchar todo lo aprisa que se quiere… Y cuando llego a mi casa a las tres de la madrugada, entonces doy un beso a mis chicos, que ya están durmiendo, devoro rápidamente la cena que me ha reservado mi mujer y vuelvo a salir para emprender el viaje de regreso a Madrid, porque tengo que entrar en la oficina a las nueve.

—Es espantoso.

—Pero es muy sano. Además, puede usted criar gallinas. Iba yo a formular un comentario inconveniente acerca de las gallinas, cuando mi cabeza, inclinada hacia adelante para abrirme paso entre la furia del viento, tropezó contra un obstáculo. Entonces el cerebro abandonó instantáneamente el tema de las aves de corral y envió a los labios una interjección quejumbrosa.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó mi compañero.

—¡Maldita noche! Me he roto la nariz contra algo que hay aquí… Parece un poste.

—¿Un poste? —don Francisco se acercó a tactar el obstáculo—. ¿No cree usted más bien que es un árbol?

—Un árbol, o un poste, o un diablo —gruñí.

—No, no; esto tiene mucha importancia. Si es un árbol, estamos de enhorabuena, porque habremos hallado la orientación.

—Por toda esta parte de Madrid no hay más que un árbol: el que se alza a cien metros de la colonia de casas baratas La Buena Sombra.

—Pues de un árbol se trata —corroboré.

—Bien; cójase a mi brazo. Ya no tardaremos más de una hora en llegar a mi casa. Desde aquí puedo recorrer el camino con los ojos vendados.

Reanudamos la marcha animosamente. Pocos minutos después, don Francisco volvió a dar señales de preocupación.

—Debíamos de haber encontrado ya los primeros chalés de La Buena Sombra —dijo—. Es curioso… Extendió el índice en la oscuridad.

—Allí veo una luz. Quizá descubramos alguien que nos guíe…

Encaminamos nuestros pasos hacia el lugar, no muy distante, donde una llamita abría un agujero en la pavorosa negrura, y cuando llegamos pudimos contemplar un espectáculo explicable. Sobre unos baldosines que cubrían la tierra en una extensión de cuatro metros cuadrados había una mesa, un trinchero y un aparador. En la mesa, una lámpara de acetileno. Alrededor un caballero, una dama y una señorita, jugando a las cartas. En un sillón un poco alejado, otra señora de cabellos grises dormía sujetando sobre el regazo un periódico que las ráfagas intentaban arrebatarle. Aquel islote, extraño y luminoso, tenía en la desierta llanura un enternecedor aspecto de hogar a la intemperie.

—Buenas noches —saludó don Francisco al acercarse.

—Buenas noches —le respondieron.

—¿Me hacen el favor?… ¿Está muy lejos la colonia de La Buena Sombra?

El padre, la madre y la hija se miraron.

—Hace un par de horas —dijo el primero sacando la pipa de entre los dientes— aún estaba aquí. Pero en este momento me es imposible determinar dónde se encuentra.

—¿No querrá usted bromear, caballero?

—Nada más lejos de mis propósitos, señor. La única indicación concreta que puedo darle es que, al marchar, llevaba la dirección noroeste.

—¿Marchar…, adonde?

—No lo sé. A la caída de la tarde el viento se llevó los cinco chalés más antiguos, que estaban secos ya y pesaban mucho menos. Luego, cuando se recrudeció el vendaval, todas las casitas de la colonia salieron volando. De la nuestra queda lo que usted ve: el piso y los muebles que en él había. Las paredes y la techumbre se levantaron, como se puede levantar un sombrero de la cabeza de un hombre bien educado, y huyeron por los aires goteando tejas. El perro marchó ladrando detrás de ellas, de igual modo que si persiguiese una perdiz. Pero nosotros hemos pensado que no son estas horas convenientes para ir corriendo en pos de una casa que no se sabe dónde querrá aterrizar. Actualmente no hay más vecinos que nosotros en el antiguo solar de La Buena Sombra —agregó el caballero con cierto orgullo—, y si ustedes son periodistas pueden decir que mí señora, aquí presente, había vaticinado ya que la

colonia no resistiría el primer huracán. Lo dijo hace seis meses.

—Lo dije hace año y medio, Manolo —intervino la dama—. Fue cuando nuestro vecino instaló en el mes de agosto un ventilador eléctrico y al hacerlo funcionar le derribó un tabique. Entonces también te advertí: «Manolo, tú que te constipas frecuentemente, harás el favor de salir a estornudar a la azotea, si no quieres que esto acabe mal, porque la casa es muy débil»

—Así fue —asintió envanecido el caballero.

Nos despedimos, prometiendo que, si encontrábamos algo parecido a una casa de tipo vasco en las proximidades, volveríamos a darles aviso, y seguimos con el paso acelerado por la inquietud.

Eran las dos y media de la madrugada cuando logramos descubrir entre las sombras las blancas paredes de unas construcciones delirantes. A la puerta de una de ellas —especie de cajón con tumores— se detuvo don Francisco. Extrajo una llave de su bolsillo, abrió la cancela de un jardín microscópico y suspiró:

—¡Ya estamos! No hay nada como poseer una casita en la que reposar de las fatigas diarias con la paz de saberla decentemente adquirida.

En esto ladró casi junto a sus piernas un enorme perro.

—¡Oh, oh! —gritó don Francisco para tranquilizarlo.

—¡Chucho! —vociferé alarmado, retrocediendo detrás de mi amigo.

El perro continuaba intransigente.

—¡El diablo del bicho! —murmuró el propietario—. Siempre sucede igual. Lo han traído hace unos días de un latifundio extremeño y no es capaz de comprender que existe la pequeña propiedad y que su nuevo amo no posee más que seis metros cuadrados. Se cree que toda la colonia es suya. ¡Ramírez: llame usted a este animal!

—¡Quieto, Pernales! —se oyó gritar a través de los muros de la edificación vecina.

Y don Francisco pudo entonces franquearme la puerta de su morada.

Fuese por la fatiga de la caminata o por el silencio de aquellos apartados lugares, dormí con el sueño pesado de la infancia, y, casi con el sol, nos levantamos para visitar la colonia.

Mi amigo me enseñó su casa con el mismo alegre orgullo que una joven puede poner en mostrar su blanca dentadura.

Los principales encantos que la finca tenía eran el jardín y el corral. En aquél había una mata de pensamientos, un rosal trepador, que ya lanzaba una larga y delgadísima rama por la pared de la casita, y un árbol. Nada más; ni una brizna de hierba. Sin embargo, don Francisco movió su brazo con tan amplio ademán como si mostrase toda la extensión de Aranjuez o de San Ildefonso.

—Este es el jardín —explicó.

—Muy bonito —alabé, deteniendo la mirada en cada hoja del árbol y en cada

rama del rosal, para no agraviar al propietario con una inspección demasiado rápida.

—He aquí el mejor árbol que hay en toda la colonia —agregó.

—Ya se ve.

—El sol vale por un bosque. Puede decirse que es un bosque.

—¡Oh, es un bosque, es un verdadero bosque!… Hay bosques más pequeños.

—Los hay. En cuanto al rosal trepador, es formidable. Un rosal escalatorres. Venga usted a ver el corral. Es mi regalo. Muchas veces vuelvo a mi casa vencido por las preocupaciones, y el cuidado de mis gallinas me aísla de todos los demás. Mírelas.

En el pequeñísimo espacio que unos barrotes de madera separaban del jardín vi dos gallinas de polvoriento plumaje, que ofrecían el mismo lamentable aspecto que si acabasen de llegar caminando desde la lejana Guinea.

—¿De qué raza son? —pregunté, por decir algo.

—Nadie lo sabe —respondió don Francisco con aire satisfecho—. Nadie lo pudo decir jamás. Un amigo mío creyó una vez que eran dos patos, y otro que eran dos urracas. Sin embargo, son dos gallinas. Y no las cambiaría yo por dos avestruces. Tienen una particularidad extraordinaria. Las cáscaras de sus huevos no son como las demás, porque aquí no encuentran en sus picoteos cal que les sirva de primera materia, sino únicamente barro. Vea usted lo que es la sabia naturaleza, amigo mío. ¿Sabe usted de qué hacen las cáscaras, las pobrecillas? De ladrillo. Producen unos ladrillitos, como diminutos pucheros cerrados, y dentro están la clara y la yema. ¡Qué maravilla es la adaptación al medio!

—Un asombro.

Alentado por mi exclamación, iba a continuar mi amigo, cuando una voz cayó bruscamente al jardín desde una de las ventanas de la casa.

—¡Francisco!

—Es mi mujer —explicó el llamado—. ¿Qué sucede?

—Ven a darle la cucharada de emulsión al pequeño, que dice que no la toma.

—¿Ha salido ya Cayetana?

—Va a salir —contestó la voz.

Con un ligero rubor, el propietario se creyó en el deber de informarme:

—Como la casa es así…, tan limitada, no cabemos a gusto, y si entro yo, ha de salir alguien. En rigor, esto no es culpa de la casa, sino de Cayetana, que es demasiado gorda. Pensamos despedirla y tomar otra criada, tipo mosca. Entonces estaremos muy bien.

Una mujer de treinta y tantos años apareció en la puerta y se sentó en el umbral, con aire de fatiga. Don Francisco entró, pidiéndome perdones, y yo probé a distraer la espera contemplando el paisaje; pero descubrí que nada era tan triste como aquella colección de débiles casitas, alegremente blancas y rojas, condenadas a tener una vida achacosa y fugaz. Quise recordar dónde había recibido una impresión análoga, y mi

memoria me sirvió la evocación de un sanatorio de niños escrofulosos en una playa del Norte. También parecían alegres, pero muchos de ellos no alcanzarían a jugar bajo el sol de otro verano. En estas casitas había la tristeza de todos los destinos truncados, de todas las infancias malogradas. Algunas hasta parecían haberse dado cuenta de que no podrían soportar las lluvias muchos inviernos, y tenían en sus ventanas la melancólica expresión de los ojos de un enfermo, bien ceñido el tejado como una boina en la cabeza del aprensivo.

—Quizá les sentasen bien unas inyecciones de cemento —pensé, y desvié los ojos del espectáculo enternecedor para fijarlos sobre la rama del rosal que subía por la pared de la casa.

Vi un caracol y aproximé mis dedos en pinzas para cogerlo.

—Como supongo que no querrá usted disgustar a don Francisco —habló entonces la mujer gorda, que continuaba sentada en el umbral con la barbilla entre las manos —, le recomiendo que vuelva a dejar ahí la plaga.

—¿Qué plaga? —indagué.

—El caracol que ha cogido usted. Es el mejor de cuantos hemos tenido. Ya lleva tres días en la finca y parece que el señor lo aprecia mucho.

—¿Por qué? —pude balbucir, perplejo.

—¡Pchs!… El señor estaba descontento porque el jardín carecía de plagas. Dice que todos sus amigos, los que poseen tierras, hablan frecuentemente de las plagas, hasta el punto de que, según creo, no hay cultivo sin ellas. No tener alguna plaga en el jardín, según don Francisco, viene a ser como no tener jardín. Y aquí no se vio nunca ni una mariposa, ni una oruga, ni otras moscas que las que se especializan en molestar a la gente, y a las que se les da una higa de todas las plantas. Entonces, el señor decidió importar él mismo una plaga. Y un día trajo un caracol.

—Eso le honra mucho —decreté, después de meditar un momento.

—Pero el caracol se marchó aquella misma noche. Y el señor trajo otro. Y se le escapó. Y otro. Y ocurrió lo mismo. Y así cien más. Este es el que más tiempo ha permanecido aquí. Al anterior a él le atamos al árbol con un hilo bastante largo para que recorriese el jardín sin poder salir de sus límites. Pues bien: se suicidó al día siguiente:

—¿Se suicidó?

—Sí. Traspuso la valla del corral y se entregó a las gallinas, que lo comieron en dos picotazos. Como se tragaron también parte del hilo, que seguía atado al tronco, el señor pudo reconstituir la tragedia.

—¿Y por qué cree usted que ocurre eso? —pregunté, ya preocupado.

—Por las plantas —respondió sombríamente la mujer gorda—. No hay una sola hoja que pueda servir de alimento a un caracol, por poco exigente que sea. Fíjese usted en la tierra. La del Sahara es más nutritiva. No encontrará usted ni medio

milímetro de tierra vegetal en toda la finca. ¿Qué quiere usted que salga de ella? Ese caracol puede quedarse aquí todo el tiempo que guste, si es tan imbécil, pero yo, que le he observado, le digo a usted que ya está enfermo del estómago y que adelgazó hasta el punto que no le reconocería su madre. La mitad del día se la pasa vomitando. ¿Ve usted ese arbusto? En la finca de al lado hay otro. Pues a veces se advierte que los troncos se mueven y se agitan las copas sin que haya un soplo de viento, y es que alguna de las raicillas ha encontrado algo que chupar, y se agarran bajo tierra las del uno con las del otro, como dos perros que se disputasen un hueso. La casa es tan pequeña que la arreglo en seguida, y me sobra tiempo para estudiar estas luchas.

—El hambre es negra —reflexioné.

—Pero nada hay que aguce tanto el ingenio —añadió la mujer—. Si yo le contase lo que hace el rosal, acaso no me creería. El pobre, bien lo comprendo, no encuentra de dónde sacar para alimento de sus hojas. ¿Qué supone usted que ha ideado? Meter esa larga rama por los barrotes que separan el jardín del corral, y engullir el condumio de las gallinas.

—¡Imposible! —salté.

—Cuando se trata de defender la vida, nada hay imposible —dogmatizó la mujer, con la oscura mirada ausente, como si recordase episodios en su propia existencia—. También parece imposible que yo haya comido en algunas casas latas de sardinas vacías… Pero no quiero hablar de mí. La verdad es que el rosal hacía lo que he dicho y que las gallinas no tenían ya fuerza ni para cacarear. Cuando descubrimos el truco, sujetamos la rama con escarpias a la pared de la casa.

—¿Y qué hace ahora?

—Se estira, se estira, y cuando llega a la habitación de señor se bebe el vaso de leche que dejamos en la mesilla de noche.

Contemplé con nueva atención los seres de quienes me acababan de contar historias tan extravagantes.

—En las viviendas de Madrid —pensé— todo es tedio y fragilidad. Me conviene una casa en esta colonia.

Y entablé negociaciones. Me dieron toda clase de facilidades para pagar aquella adquisición en noventa y nueve años. Acepté. Era la salud, como decía muy bien don Francisco. Firmé el contrato y observé:

—Lo que no haré nunca es recorrer a pie esos infernales caminos. Puesto que en nuestros días la fortuna y el amor y la tranquilidad y los glóbulos rojos no se conquistan sino persiguiéndoles en automóvil, tendré un automóvil.

Y sólo de pensarlo me sentí más feliz.

Capítulo 11

Mi «segunda mano»

Comencé como tantos automovilistas: compré un «segunda mano».

Este «segunda mano» era muy aceptable. Puedo decir en su elogio que, al cabo de los años, llegó a ser un «quinta mano» bastante robusto todavía.

Y ha llegado el momento de decir que la función de guiar un coche es la más difícil entre todas cuantas puede proponerse un hombre nervioso. Por mi parte, tengo siempre demasiadas preocupaciones, mi cerebro está fatigado por una vida de constante labor, y si quisiera ponderar el límite que alcanzan mis distracciones, habría de afirmar que llegan tan lejos como mi falta de memoria. No obstante, alcancé el fin de la enseñanza que quisieron darme en una academia para chóferes, y no quedé mal. En los primeros días me era absolutamente imposible obligar a cada mano y a cada pie a que procediesen con independencia, y me conducía como si estuviese haciendo ensayos de malabarismo. Estiraba o encogía a un tiempo todas las extremidades, pisaba alocadamente allá y acullá, lanzaba gritos reclamando el auxilio de mi instructor, o me quería arrojar por la ventanilla. Sin embargo, conseguí dominar casi todas las dificultades. Es cierto que un día atropello al mismo tiempo a dos chiquillos que estaban empleados en el local donde se realizaban las prácticas, pero el director, que presenció la escena, se limitó a volver el rostro hacia el almacén y dar dos palmadas, gritando:

—¡Eh, sacad dos chiquillos nuevos!

Y como yo balbuciese una excusa, me tranquilizó:

—No tiene importancia. Están acostumbrados, y, por otra parte, abundan terriblemente. Apenas le cobraremos a usted veinticinco pesetas por cada uno.

—No son caros —respiré.

—Son de balde. Pero es que hay mucha competencia. Figúrese usted que existen casas que ni siquiera los cobran, para atraer a los clientes. Ahora, que no tienen más que muchachillos esmirriados, de mala calidad, huesudos… Pasa usted sobre ellos y se le pinchan los neumáticos.

Poco después me dijo:

—Creo que ya está usted en condiciones de someterse a examen para obtener el carnet. Sólo le falta conocer algunos trucos del oficio, pero no están comprendidos en la tarifa. Por cinco pesetas más le daré un buen consejo.

Entregué cinco pesetas.

—Temo que se deje arrebatar usted demasiado por esta tendencia a aplastar criaturas. Siempre que usted atropelle a un chiquillo, diga que fue el chiquillo el que le atropelló a usted. Esta tesis hace tanta falta a un automovilista como los faros.

La anoté en un cuadernito.

—¿Dispone usted de cinco pesetas más? Démelas. Y acuérdese de esto: los automovilistas tienen tres enemigos: los árboles, los ciclistas y el chófer; y un solo amigo: el amigo de usted, que se lo pedirá siempre prestado.

—Bueno.

—Con esto me parece que ya le basta. Se alejó.

—¡Oiga! —grité de pronto—. Tengo una duda. Si a mi derecha hay un talud y a mi izquierda un muro, y he de ir forzosamente a uno u otro lado, ¿cuál debo elegir?

Vaciló un momento.

—Según. Puede decirse que eso es temperamental. Los espíritus aventureros prefieren el barranco.

Con estas y otras instrucciones teóricas y prácticas, me creí ya capacitado para lanzarme por las calles y carreteras del ancho mundo y comparecí el día que me fijaron ante el experto oficial que había de negarme o concederme el carnet de conductor.

Contesté algunas preguntas, hice ciertas evoluciones, y un caballero joven y bien vestido —un poco infatuado, como casi todos los funcionarios públicos—, ocupó un puesto a mi lado para someterme a la prueba definitiva.

—En marcha.

Puse el coche en marcha.

—Vamos a ver cómo se las arregla entre el tránsito. Recorrí brillantemente toda la Castellana y emboqué la carretera de Chamartín.

—Dé la vuelta.

Iba un tranvía y venía un camión.

—No tengo sitio —murmuré.

Y seguí corriendo. Quizá la imposibilidad de obedecer inmediatamente aquel mandato o la estirada gravedad de mi examinador, o ambos motivos, alteraron mis nervios, porque la verdad es que ya no pude encontrar sitio bastante para hacer dar la vuelta al coche. Continué tragando kilómetros.

—¿Por qué no regresa? —indagó él.

—No… no… puedo —silabeé.

Le oí suspirar. Corríamos ya por las afueras.

—Al menos —ordenó—, pare usted.

Pero ya había llegado al máximum del azoramiento. Apenas se me oyó decir:

—No… no… me acuerdo…

Era verdad, juro que era verdad. Si entre ustedes hay un hombre realmente

nervioso, creerá mis palabras.

—¿Quiere usted decir que no sabe detener el coche? —preguntó mi acompañante con voz temblorosa.

—No…, palabra de honor…; no me acuerdo. Sé que es bueno pisar en un sitio, pero si piso en otro sitio correremos más.

—¡Correr más no! ¡No pise nada!

—Lo mejor —rogué apresuradamente— será que se ponga usted en mi lugar. Renuncio al carnet. Me doy por vencido.

El joven caballero dio una palmada en sus muslos.

—¿Y qué diablos quiere que haga yo en su lugar? ¡Aviados estamos!

En cuatro palabras me confesó que le habían conferido aquel cargo, en espera de otro mejor, porque su padre era un político que disponía de más de mil votos; pero que ni su padre ni él habían manejado jamás un coche.

El mío se despeñaba cuesta abajo por una pendiente pronunciada.

—¡No corra tanto!

—No soy yo.

—¡Vamos a matarnos! ¿Por qué se me habrá ocurrido aceptar esta ganga? ¡Maldita sea!… ¿No puede hacer nada por?…

—¡No puedo! ¡Este artilugio está desbocado!… ¡Ahí viene un árbol! ¡Atención!

—¡Soo! —gritó él contra el parabrisas, dirigiéndose al capot, con los ojos desorbitados y el cabello de punta.

—¡Soo! —grité yo con toda mi alma. El árbol pasó de largo por la derecha.

—Allí aparecen un viejo y una niña —indiqué—. No creo que consiga pasar por el medio…; me parece que uno de ellos…, por lo menos uno… ¿Cuál me aconseja usted?

—¡Qué horror!

—¡Pronto! ¿Cuál de ellos?

Por fortuna, el auto paró antes de alcanzarlos… Se había agotado la gasolina. Mi acompañante se apeó con una prisa temblorosa y echó a correr, al través de los sembrados, hacia Madrid. El sombrero le cayó al saltar una cerca, y no se detuvo a recogerlo.

Verse con un auto en las manos es un grave motivo de preocupación para cualquier hombre prudente. No puede formarse ni una idea aproximada de la responsabilidad que acepta, hasta que se encuentra uno en medio de la calle, con el artilugio trepidante, repentinamente dueño de la vida de los demás.

Recuerdo a este propósito algo que he presenciado y que olvidaré difícilmente.

Cierta vez estaba yo comprando cartuchos de caza en una armería, cuando vi entrar a un hombre ceñudo, sin sombrero, y que estaría completamente pálido si no llevase estampados en rojo sobre su mejilla izquierda los cinco dedos de una mano.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó el dependiente.

—Algo que sirva para matar a un hombre —respondió con un rugido el recién llegado.

—¡Caballero —exclamó el vendedor, dando un paso atrás—, en esta casa!…

—¡Pronto, imbécil! —exigió el agraviado—. ¿A qué viene eso? ¿No es aquí donde venden pistolas? ¿Y para qué suelen servir las pistolas? ¿Creéis tú y quien las hace que se utilizan para agitar el café?

En rigor, nada había que oponer a aquellas palabras, y el dependiente lo comprendió así y le enseñó pistolas del 9. Pero el hombre abofeteado apenas las miró.

—¡Más grandes! —dijo.

Le ofreció un revólver del 12.

—¡Más grandes! —gruñó.

—¿Acaso desea usted un rifle? —aventuró el dependiente.

—Veamos —barbotó el comprador.

Pero rechazó el rifle.

—Quiero —bramó— algo terriblemente mortal; algo que le haga polvo, que le aplaste, que le aniquile.

Paseó una mirada ansiosa por las estanterías, crispando las manos en el mostrador. Al fin, en sus ojos cargados de odio lució una idea:

—¿Tienen ustedes automóviles? —inquirió.

—No, señor —contestó el hortera estupefacto.

—Pues eso es lo que necesito —gritó el otro, y salió apresuradamente.

Ahora que voy a lanzarme con un coche entre los humanos, aquella escena acude a mi memoria, y, en principio, ¿por qué nos hemos de negar a reconocer en el automóvil un instrumento mortífero, cuando diariamente caen bajo su ímpetu más víctimas que bajo el ímpetu de las balas?

Cuando recibí la autorización de guiar y quise hacer mi primera salida, me sentí sin fuerzas para afrontar yo solo la dudosa aventura. Visité a mi amigo Garcés y pude convencerle, después de una larga discusión, para que accediese a dar un paseo en mi compañía. Cuando se despidió de su mujer tenía los ojos empañados en lágrimas. Me explicó, mientras bajábamos las escaleras;

—No he querido alarmarla; pero no sé si volver a subir… Me tranquilizaría decirle que no le perdonaría nunca que se volviese a casar…

—¡Qué tontería, Garcés! En todo caso, le telefoneas desde cualquier parte —dije, temeroso de que me abandonase si le perdía de vista.

Convinimos en pasear por lugares poco concurridos. El coche nos esperaba cerca del parque del Oeste. Nos acomodamos, cerré la portezuela y nos pareció quedar tan aislados del mundo como un grillo en su jaula.

—¿Adonde vamos? —me preguntó mi amigo, sonriendo a pesar de su palidez.

—¡Qué sé yo! ¿A la Moncloa? Caviló.

—Sí, muy buen sitio. Pero… ¿no te parece que hay allí muchas parejas de enamorados?

—¿Y qué? Frunció el entrecejo.

—La verdad es —dijo— que nadie hay en el mundo más distraído que un enamorado. Tocas la bocina, y no te oye… Prefiero ir entre sordos auténticos. Comprende —añadió mirándome con expresión de horror— que sería muy triste atropellar a unos novios.

—Sería espantoso —apoyé.

—¿Entonces?…

—Podemos ir por los bulevares.

—Mucha gente —opinó con lúgubre laconismo.

—En fin —murmuré—, tú dirás. Vámonos a cualquier parte.

Me miró con preocupación visible.

—Sí —suspiró—, lo mejor es ir a cualquier parte… Verdaderamente, es lo único que podemos hacer.

El cristal se había envahado y lo frotó durante mucho tiempo con uno de sus guantes.

—Voy a arrancar —le advertí, con la misma expresión que si le dijese que me iba a disparar un tiro.

Hice las manipulaciones de rigor, pero de pronto lo abandoné todo para lanzarme sobre la bocina y oprimirla furiosamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado, después que pudo contener su impulso de arrojarse por la ventanilla.

—¿No lo ves? Hay un guardia a caballo en el sitio por donde hemos de pasar, y los caballos suelen asustarse de los automóviles. ¡Son tan nerviosos esos animales!… ¡Ya se va!… ¡¡Bueno!!

—¿Qué hay ahora?

—Aquella familia que parece dispuesta a cruzar la calle. Esperaremos un poco. Tengo el presentimiento de que la vieja se aturdiría si avanzásemos, y vendría a meterse bajo las ruedas. Las ancianas y las gallinas no saben nunca qué hacer ante un coche. Me estremece pensar en que pudiésemos pasar sobre esa pobre mujer en presencia de sus nietos. ¡Qué cuadro para los infelices chiquillos, eh! Pone los pelos de punta. Pero… ¿no acabarán? Se han detenido a charlar con otra familia y se lanzarán al arroyo en el instante en que transcurramos… Ya lo verás. Será conveniente avisarles.

Alcé el parabrisas.

—¡Eh! —grité.

—¡Eh! —gritó él también con todas sus fuerzas.

No hicieron caso.

—¡Eh! ¡Eh! —insistimos.

Entonces las dos familias se pusieron a mirar hacia el otro extremo de la calle, menos una niña, que miró a un árbol, y la vieja, que señaló el balcón de un quinto piso, empeñada en que había dado las voces un señor que estaba allí leyendo un periódico.

Arranqué nuevos aullidos a la bocina y Garcés sacó un brazo por la portezuela.

—¡Pasen de una vez! —ordenamos.

—¿Qué?

—¡Que pasen pronto!

—¿Adonde?

—¿Adonde va a ser? ¡A la otra acera!

Atravesaron la calle, intimidados, volviendo la cabeza hacia nosotros. Creo —Dios me perdone— que no tenían la menor intención de cambiarse de andén, pero nuestros ademanes los azoraron.

Manipulé otra vez. El coche comenzó a trepidar. Súbitamente asomé la cabeza por el hueco del parabrisas y clamé más fuerte y con más apuro que antes:

—¡Eh, eh!

—¡Eh, eh! —vociferó mi amigo, tanto más azorado cuanto que al incorporarme no le dejaba ver lo que ocurría.

—¡Esa niña! —grité excitadísimo.

—¡Esa pobre niña! —secundó, pálido como un difunto, porque aunque el coche no se había movido, tuve la impresión de que habíamos partido en dos a una inocente criatura.

Volví a sentarme muy nervioso, echando pestes contra las niñeras distraídas. Entonces pudo ver Garcés a una mujer que corría hacia la acera llevando en los brazos, muy apretada contra su pecho, a la chiquilla que acababa de coger en mitad de la calle. Una señora que apareció en la acera se precipitó hacia la criada lanzando ayes desgarradores.

—¡Hija mía! ¿Qué fue?… ¡Hija mía!

La pequeña rompió a llorar, asustada, con lo que los ayes de la madre alcanzaron a alarmar al vecindario. La excelente señora dedicó sus manos estremecidas a buscar las lesiones de su vástago. Le quitó el sombrero, le levantó las ropas la sacudió para ver si caía sangre. Como no encontrase nada extraño, le dio a la niñera un vigoroso bofetón, afirmando que lo hacía tan sólo para acostumbrarla tener cuidado. Cuando se acabó al alboroto y las vimos marchar discutiendo aún, me enjugué el sudor de la frente y confesé:

—¡Creí que la matábamos!

—¡Calla! —rogó Garcés.

—Gracias a Dios, hemos podido evitarlo.

—Gracias a Dios.

Mis nervios habían sufrido demasiado.

—Después de este feliz desenlace —dije—, creo que nada mejor puede sucedemos. Si te parece —añadí con aspecto dichoso—, podíamos ahora pasear un poco a pie por el parque.

Aún no había acabado de proponerlo, y ya estaba Garcés sobre el asfalto, estirándose la americana con un gesto alegre y juvenil.

—Tienes un hermoso coche —alabó.

—Sí, es verdaderamente hermoso —reconocí, guardando la llave en el bolsillo.

Y bien seguros sobre nuestros zapatos, tomamos sin precaución la curva de una vereda.

Todavía guié mi «segunda mano» en otra ocasión. Tuve que llevar al teatro a una dama ante la que me convenía aparecer como un hombre de vida confortable, y supe conducirme como un experto. Únicamente descubrí, apenas salido del garaje, que la bocina se había resfriado. Cuantos tengan coche conocerán, seguramente, este lamentable fenómeno. Las bocinas se resfrían muchas veces sin que se sepa por qué. La de mi automóvil hacía siempre: «¡poo!», y aquella tarde sonaba «¡pii!». La gente no quería apartarse, porque creía que se acercaba tan sólo una bicicleta y, después de verme, no podía dejar de reír.

La mayor sensación de ridículo que padecí en mi vida fue al hacer sonar entre la muchedumbre aquella bocina amariconada, y puedo jurar que durante todo el trayecto sentí en mis mejillas la quemadura de la vergüenza.

Fue lo peor, que habíamos convenido en que avisase mi llegada desde la calle, haciendo sonar el constipado instrumento. A los diez minutos había más gente detenida en la acera que si diese un concierto la Banda Municipal. Y como cuanto más fuertemente apretaba la pera de goma, más aflautados eran los ayes de la bocina, la risa del auditorio encontraba una gran variedad de motivos. Reían con algazara los chiquillos, reía un gordo señor sobre cuyo vientre saltaba un dije de oro, y algunos chóferes acortaban su marcha al pasar y reían también con la mejor gana. Un guardia vino a preguntarme si era yo mismo el que me quejaba, y dos estudiantes que se habían sentado al borde de la acera porque no podían soportar los sacudimientos de sus carcajadas a cada nuevo pitido de la bocina, declararon, cuando les fue posible hablar, con el rostro húmedo de lágrimas, que nunca creyeron que se pudiese disfrutar tanto en la vida.

La dama apareció tras los cristales de su ventana y me hizo señas de que todo aquello le había asustado más de lo que era capaz de resistir. Se avino a bajar cuando se marcharon los del grupo, y entró en el coche escandalizada.

—No espere usted que le acompañe en estas condiciones —dijo—. Antes de que

usted vuelva a tocar una sola vez esta horrible bocina, me permitirá que me apee.

—Lo siento mucho —repliqué—, pero me será imposible evitarlo. Me obliga el reglamento. Nos multarían.

—Busque usted otro remedio.

—Bien —obedecí—. Veremos lo que ocurre. Y avanzamos más de cien metros, gritando yo mismo «¡po-po!», «¡po-po!», por la ventanilla, pero como esto resultaba muy fatigoso, la misma dama se apeó para comprar una ocarina en una tienda de instrumentos de música, y todo marchó bien desde aquel instante.

Ante el teatro había una larga cola de vehículos, y el guardacoches, después de indicarme dónde podía dejar el mío y abrir la portezuela respetuosamente, me gritó, cuando ya caminábamos hacia la entrada;

—¿Deja usted el tapón, caballero?

—¿Qué tapón? —pregunté extrañado,

—El del radiador. No es muy prudente… Hay muchos canallas que se dedican a robarlos, y aunque yo vigile… Y añadió:

—Pero váyase tranquilo: yo lo guardaré. Y le dejé destornillando el tapón metálico, en el que se destacaba una airosa figurita de níquel.

Al salir busqué inútilmente mi coche. Sólo pude encontrar al guarda, que trotaba afanosamente de portezuela en portezuela recogiendo propinas.

—¡Ah! —exclamó al reconocerme—. ¡He aquí su tapón, caballero!

—¿Y el coche? —indagué.

Recorrimos toda la calle, miramos en una plazuela próxima, en un bar.

El coche había desaparecido. Con el espíritu amargado, tristemente, regresé a pie, pensando en qué podría utilizar aquel tapón, que era todo lo que, con mis zapatos, me quedaba en relación con los medios de trasladarme de un lugar a otro.

Al día siguiente mandé publicar un anuncio en el que ofrecía trescientas pesetas al que me devolviera el automóvil robado o me diese noticias que me permitiesen recuperarlo, y esto fue lo peor que pude hacer, porque a las tres horas de haber aparecido los periódicos había alineados a lo largo de mi calle más de un centenar de coches viejos, cuyos propietarios porfiaban por convencerme de que bien podía considerarlos míos si me avenía a entregar los sesenta duros.

Capítulo 12

En el que un hombre corre detrás de su automóvil

Durante un mes no hice otra cosa que buscar mi automóvil.

El dolor de un hombre al que le roban un alfiler de corbata, su reloj o su cartera, debe de ser muy grande; el de aquel a quien le han burlado la esposa merece lástima y respeto. Pero ninguno puede ser comparable al del que sabe que su coche ha sido raptado y otras manos lo llevan por rutas ignoradas hacia lugares misteriosos. Del reloj puede pensarse: «Adelantaba mucho.» De la mujer: «Ya verá el don Juan cuando ella comience a pedirle abrigos de pieles.» Del automóvil robado no se recuerda más que la blandura de sus asientos, que tan dulcemente disfrutará ahora el ladrón, de la docilidad con que se deja conducir por las carreteras y, sobre todo, se hace insufrible la angustia de suponer que el malvado sea un mal chófer y le abolle las aletas —esa parte delicada, tan sensible— contra todos los obstáculos que encuentre.

Acudí a la policía. La policía me escuchó, anotó mis señas y las del coche y me dejó marchar, sin comprometerse con una palabra de esperanza. Volví al día siguiente y aún no se sabía nada. Volví todos los días y no logré más que conocer a cincuenta y seis señores que también habían sido despojados de sus vehículos y que aumentaron mi inquietud con la suya propia.

Cuando se pierde un automóvil al poco tiempo de haber comenzado a saborear sus dulzuras, el pesar es más vivo aún y no acierta uno a consolarse. Como no todos mis amigos habían tenido ocasión de verme agarrado al volante con aquella mi traza de náufrago que ha encontrado un madero, se resistían a creer en mi compra y tuve que llevar durante muchos días en un bolsillo del gabán, para mostrarlo con cualquier pretexto, el tapón del radiador, que conservaba con el afán que un enamorado pondría en conservar el ensortijado mechón de la novia muerta. Colocaba el tapón sobre la mesa del café o en la alfombra de las casas que visitaba, y sobre este detalle describía el coche y procuraba que se reconstituyese en la imaginación de mi auditorio.

—Ustedes ya ven el tapón —decía—. Bueno, pues por aquí, por delante, bajaba el radiador, en esta forma, y hacia atrás seguía el capot, pintado de negro. Después…

Así media hora. Luego guardaba la preciosa reliquia y me iba a otra tertulia a desarrollar el mismo tema y rehacer de ilusión el artefacto.

También insistí en publicar anuncios en los periódicos. Ya no pedía que me lo

devolviesen, pero con la esperanza de encontrarlo alguna vez, formulaba súplicas para que no lo estropeasen. Por aquellos días aparecieron estos renglones en los principales diarios de Madrid:

> Ladrones del auto número tantos: Ruégueles no le echen aceite inferior. Está acostumbrado a funcionar con el de la marca X. Cinco litros cada cien kilómetros. Y ojo con los baches, por Dios.

Al fin, en la comisaría nos dijeron que había una buena noticia para nosotros y nos hicieron entrar a los cincuenta y siete en un salón donde, sobre una larga mesa, estaban alineados algunos pares de albarcas. Las contemplamos con asombro, cuando se oyó un grito, y un señor declaró que acababa de descubrir que estaban hechas con trozos de las cubiertas que le habían robado hacía seis meses. Le dejamos sollozando sobre aquellas reliquias y salimos tan mal impresionados, que fue entonces cuando decidimos fundar la Asociación de Propietarios de Automóviles Robados, cuyo primer objetivo fue el de reunimos a almorzar el primer sábado de cada mes.

Por aquella época intimé mucho con nuestro presidente, un viejecito tenue y frágil cuyo único tema de conversación era su auto. En 1909 se había apeado del coche en la estación del Mediodía para despedir a un amigo que se marchaba a Jerez, y ya no volvió a ver nunca más el extraño aparato que constituía su orgullo. Nadie pudo darle nunca noticias exactas del 303 —que tal era el bonito número de la matrícula—. Sólo vagos rumores le advertían alguna vez de su presencia en apartados rincones del mundo. Hablaba siempre de su automóvil como si creyese firmemente que seguía siendo un último modelo. Con cualquier pretexto gruñía: «¡Si tuviese aquí mi coche!…», y una vez se conmovió mucho porque creyó reconocer al 303 en la descripción que hacían los diarios de un automóvil, desde el que un grupo de *gangsters* tiroteó a la policía en una calle principal de Chicago.

En unión de este hombrecillo recorrí todas las paradas de taxis, todos los garajes, todos los sitios en que pueden venderse automóviles desguazados, y no pude hallar ni una sola pieza del mío. Inspirado por él, me presenté un día en la Embajada de los Estados Unidos. Comenzaba a creer que la pérdida era irremediable, y mi desesperación me aconsejaba asirme a cualquier idea e impetrar todos los auxilios. El viejecito del 303 era desde 1909 enemigo personal de todos los directores generales de Seguridad, y creía que debían haber movilizado el ejército para buscar su coche. Yo iba por el mismo camino cuando, descubriéndome ante un portero, declaré que deseaba ser recibido por el embajador.

El portero me dijo que era imposible. No me inmuté.

—Dígale —exigí— que se trata de un asunto muy grave.

—Por grave que sea —rehusó.

—Dígale que se trata de la mosca mediterránea en California.

Movió negativamente la cabeza.

—De un contrabando de bebidas alcohólicas.

La cabeza galoneada osciló otra vez.

—De un plan belicoso del Japón.

—Ya le he dicho, señor, que es imposible ver a su excelencia.

El viejecito del 303 intervino.

—Creo que debe usted decir el verdadero motivo de su visita. Este funcionario parece discreto.

—Bien —suspiré—, pues hágame el favor de anunciar que deseo comunicarle algo importante relacionado con el secuestro del hijo de Lindberg.

—¡Oh! —hizo el portero—. En ese caso… Sígame usted, señor.

Y se precipitó diligentemente, abriendo puertas ante mí, hasta dejarme instalado en el sofá de una salita.

—¡Un momento! —rogó.

Quedamos dando vueltas a los sombreros entre las manos, cargadas las frentes de preocupación, hasta que un alto empleado de la Embajada apareció entre los cortinajes. Nos informó de que su excelencia no estaba en el edificio y se ofreció a llamarle inmediatamente por teléfono si no queríamos depositar en él nuestra confianza.

—Hable usted, Jorge —me aconsejó el consecuente propietario del 303.

Alcé las cejas con un gesto particular que adopto cuando voy a exponer algo de mucha importancia.

—¿Le han dicho que quería hacer algunas manifestaciones a propósito del asunto Lindberg?

—Sí —contestó el yanqui.

—Ante todo, ¿tienen ustedes mucho interés en que aparezca el niño?

—Un interés inmenso.

—Pues bien, he aquí lo que vengo a decirles: el niño no aparecerá.

Le vimos inmutarse:

—¿Por qué afirma usted eso?

—Tengo mis razones, caballero.

El amo del 303 subrayó:

—Sí, sí; tiene sus razones.

Movió el puño cerrado varias veces, acercándolo y separándolo lentamente del pecho agregó:

—Y de peso.

—En fin —exclamó el funcionario—, supongo que usted comprenderá que esas razones son las que nos importa conocer, y espero que no las oculte…

—No sé si lo cuente —vacilé.

—Cuéntelo, Jorge, cuéntelo —apoyó el del 303—. Es un deber de conciencia.

—Eso es verdad —reconocí—, y si no fuese por la conciencia, no daría este paso, que me lleva a mezclarme en lo que pudieran llamarse asuntos de una familia a la que no conozco. Pero es lo cierto que debo llegar hasta el fin. Vamos a ver: ¿usted cree que un automóvil de cinco plazas puede estar escondido en una buhardilla?

—No —respondió el yanqui con extrañeza.

—¿Y en un quinto piso?

—No.

—¿Y en un tercero, un segundo o un primer piso? Francamente.

—Francamente, no lo creo.

—¿Admite usted que lo pueda llevar un hombre debajo de un gabán o una mujer envuelto en un chal de lana entre sus brazos?

—Absurdo.

—¿Y que esté en los pasillos o sobre las butacas de un tren de viajeros, o en el camarote de un vapor?

—Tampoco.

—¿Ni en el centro de un bosque sin caminos, ni en la cumbre de un áspero monte pedregoso?

—Ni en tales sitios.

—Perfectamente, señor. Pues mire usted: a mí me han robado un automóvil hace veinte días y nadie es capaz de encontrarlo, a pesar de que la lista de los lugares donde puede estar un automóvil es mucho más reducida que la de los sitios donde puede estar un niño. Ese niño puede hallarse en todos los escondrijos donde es posible que esté un automóvil, más en todas las buhardillas, en todos los primeros pisos, los segundos pisos, los terceros pisos, etcétera, y todos los bosques, las cuevas y las montañas. Ahora, fíjese bien en lo que voy a decirle.

Abrí un corto silencio para darle tiempo a preparar su atención, y volví la cabeza hacia el propietario del 303, que me alentó con un gesto.

—Fíjese bien —seguí—. Si es absolutamente imposible encontrar un automóvil, ¿cómo quiere usted que aparezca un chiquillo?

Mi teoría era formidable, pero ya contábamos con que, al principio, produjese cierto estupor. No me extrañó nada ver al yanqui fruncir las cejas y pasarse la mano por la frente.

—Usted puede decirme —continué— que la policía de su país es mejor que la nuestra. Pero yo le responderé que un niño es muchas veces menos voluminoso que un automóvil, y que España es muchas veces menor que los Estados Unidos. Estableciendo la justa proporción, viene a ser como si en su país de usted se perdiese una montaña y no acertasen a descubrirla. El hombre pareció impresionado.

—Es verdad —murmuró.

—¡Ya lo creo que es verdad! —apoyó el propietario del 303.

—¿Y qué quiere usted que hagamos? —indagó el yanqui.

—Yo creo —dije con expresión cavilosa— que lo que primeramente le conviene a los Estados Unidos es ocuparse de la búsqueda de mi coche, hasta llegar a encontrarlo. Esto fortificaría mucho la esperanza de recuperar al chiquillo, que, de no ser así, carecería de lógica.

El hombre meditó un momento.

—No se puede negar —reconoció— que utiliza usted una argumentación turbadora. Consultaremos con Washington.

—No deje usted de hacerlo hoy mismo —aconsejé.

—Otros diplomáticos han ascendido por mucho menos —rechazó mi acompañante, limpiando con aire distraído la cinta de su sombrero—. Y ahora que este asunto marcha ya por buen camino, quizá le interese a este señor conocer detalladamente la historia de mi 303.

—Espero que haya otra ocasión para ello —interrumpí, temeroso de comprometer el éxito de mi gestión. Y arrastré hasta la calle al antiguo automovilista.

CAPÍTULO 13

Que es como una ventanilla abierta por la que se despide la novelita

No vale la pena de referir cómo volví a encontrar mi automóvil. La policía sostiene que nunca me lo robaron y que ocurrió, sencillamente, que me olvidé del lugar donde lo había dejado, y allí estuvo días y días hasta que, por casualidad, volví por aquel sitio, lo reconocí y me apoderé nuevamente de él. Siempre me he negado a reconocer esta hipótesis, pero tampoco dispongo de otra suficientemente probada que oponerle.

La dulce verdad es que el coche está en mi poder, y que mi vida de automovilista se ha reanudado.

Desde el momento de la reaparición de mi «segunda mano» comprendí que de nada me servía si no contaba con un chófer que lo guiase y que, a la vez, pudiese afrontar la grave responsabilidad de un homicidio de imprudencia temeraria. Todos los que me conocen saben que mis ingresos no me permiten sostener el lujo de un servidor tan caro, y hube de meditar mucho tiempo antes de resolver el problema de hallar el hombre honrado, prudente y gratuito que necesitaba. Hasta que pensé que lo tenía en mi propia casa: era Domingo, mi criado, el más leal de todos los servidores, según había podido demostrar en muchos años de servicio.

Le advertí mis propósitos un poco cautelosamente para no verme en el caso de aumentarle el sueldo.

—Domingo —le dije—, no te sienta bien estar tanto tiempo encerrado en la casa. Te convendría respirar aire puro algunas horas cada día. Te encuentro pachucho.

—Estoy un poco pachucho —repitió, porque sabía que uno de sus deberes era no contradecir nunca al amo.

—Bien, eso se arreglará pronto. Vas a aprender a conducir, y cuando estés suficientemente preparado, guiarás mi coche.

—El señor es muy bueno —agradeció.

Le compré un uniforme impresionante, y pasado un mes, me llevaba por las calles de Madrid como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

Una tarde de invierno regresábamos de El Escorial, adonde había ido para fortalecer mi seguridad de que no me interesaba nada el famoso edificio, cuando el auto se detuvo, descendió Domingo, manipuló un poco en el motor y volvió a su asiento ahogado en sollozos.

—¿Qué ocurre? —pregunté sobresaltado.

—¡Una desgracia, señorito, una horrible desgracia! —confesó, llorando a chorros.

—¡Habla, por Dios, Domingo!

—¿Cuánto me paga el señorito por todo mi trabajo?

—Ya lo sabes, Domingo: ciento cincuenta pesetas.

El chófer lloró más aún.

—¡Ay, pobre de mí, qué disgusto tan grande!

—Pero, en fin, Domingo, ¿qué es?…

Se retorció dolorosamente antes de contestar:

—¡Que el señorito tendrá que darme setenta duros todos los meses…, hi, hi…, setenta duros!…

—¡Domingo! ¿Has bebido, Domingo?

—Ni una gota, señorito.

—¿Entonces? ¿No sabes que ya has mandado volver al sastre seis veces con la factura? ¿Por qué me pides dinero, mal hombre?

Lloraba como si fuera a disolverse.

—¡Si yo no lo quiero, señorito!… Pero me afilié a la Sociedad de Chóferes, por… qué se yo…, por vanidad o por simpatía, y ahora resulta que nos han ordenado exigir setenta duros… Usted sabe lo serio que soy yo… Ese es un deber social, y yo no puedo faltar a mis deberes…

Fruncí el ceño.

—Déjame el volante, Domingo. Ya hablaremos al llegar a Madrid.

Al oír estas palabras, redobló sus lamentos.

—¡Esto era lo que temía yo! —clamaba entre torrentes de lágrimas—. ¡Que usted quisiese guiar y se enterase de que no podía, porque he quitado una pieza del motor hace un momento! ¡Ay, qué desgracia, qué desgracia!

Quedé estupefacto.

—Según eso, has cometido un sabotaje.

—¡Un cochino sabotaje, señor…; así se llama! Pero ¿qué otra cosa podía hacer, si me lo han ordenado los compañeros? ¿Había que desatender a los compañeros?

Se golpeaba la cara con indignación, sinceramente desesperado. Nunca he conocido un hombre que haya cumplido sus obligaciones con tanto heroísmo, porque sé que mi criado me aprecia y no tiene la menor intención de expoliarme. En el fondo, aquello robusteció la estimación que por él sentía. Ordené:

—Coloca la pieza y sigamos. Te daré los setenta duros. Y así lo hice. Pero tuve que reducir los viajes, por ahorrar gasolina, y suprimir la parca cena habitual, y hube de prescindir de fumar mis cigarrillos ingleses. Porque sucedía que, a mi ver, todo el mundo pretendía vivir a mi costa desde que poseía un coche viejo. El Estado me imponía tan crecido tributo como si pretendiese sostener con mis cuartos una

provincia; cuando se detenía mi automóvil a la puerta de un restaurante pueblerino, subían de precio todos los manjares, y me arruinaban las pequeñas expoliaciones en los garajes, hasta que pude encontrar uno donde ejercían vigilancia permanente dos guardias civiles retirados, y un sacerdote pronunciaba una breve y conmovedora homilía ante cada chófer, en el momento de salir con el auto, exhortándole a no falsear la cuenta de la gasolina.

Domingo estaba tan triste como yo por tantos dispendios. Un día le dije:

—El coche te da mucho trabajo.

—¡Oh, casi nada! —respondió.

—Debe de ser terrible ir una hora y otra al volante, sin tener con quien hablar, y bajarse en la carretera cuando se desinfla un neumático, a cambiar la rueda bajo la lluvia y el viento. Tú ya no eres joven. ¿Por qué no te procuras un ayudante? Yo no me opondría. Me miró, vacilando.

—Podrías darle…, si era un compañero agradable…, la mitad de tu sueldo, por ejemplo…; y si te decides…, acuérdate de mí, que me hace mucha falta el dinero…

Aceptó, sencillamente.

—Puede usted comenzar mañana, señor. Queda admitido.

Por eso me verán ustedes siempre sentado en el automóvil al lado de mi chófer.

Colofón fantástico

El primero de todos los extraños síntomas fue registrado el día 7 de agosto, a las cinco y media de la tarde. La señorita Mabel Fertig había entrado a tomar el té en la pastelería La Nueva Mongolia y dejó abandonado junto a la acera su lindo «Bekkers», último modelo, de diez caballos, deliciosamente pintado de color trucha, tan a la moda entonces. Cinco o seis personas que pasaban cerca del coche y la dueña de una frutería, que estaba hablando con el ama de llaves del magistrado Simpson, afirman que el camión número 6, de la Compañía Metalúrgica del Oeste, al embocar la calle, trazó una curva excesivamente abierta y avanzó contra el pequeño «Bekkers». Aunque un chófer ocupase en aquel momento el baquet, no podría hacer nada eficaz para impedir el choque, y era inminente la destrucción del elegante automóvil cuando, sin que nadie lograse explicárselo, el «Bekkers» retrocedió unos metros y se metió en la acera. El camión pasó entonces sin rozarlo.

La señorita Mabel no concedió el menor crédito a esta noticia ni la menor importancia a un incidente que no había dejado ni un rasguño en su bello carruaje. Cuando salió de La Nueva Mongolia la acompañaba el joven campeón de tenis G. W. Croys, y ella parecía demasiado feliz para preocuparse de una sutileza, de la que, hasta pasados algunos días, cuando las circunstancias le dieron valor, no volvió a acordarse.

El segundo indicio, igualmente inexplicable, brindóse una semana después. Corría el «Peengre», cuarenta caballos, de míster Kock, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad, cuando un hombre apareció en la carretera, saliendo distraídamente de un senderillo que en ella desembocaba. El atropello parecía inevitable; pero la sirena del «Peengre» sonó, imperativa y brusca, y el hombre, sobresaltado, corrió a la cuneta.

—¿Ha sido usted quien le ha avisado, míster Kock? —preguntó el chófer negro a su señor, que iba sentado a su izquierda.

—No he sido yo, John —respondió el distinguido caballero.

—Pues yo puedo jurar que tampoco he oprimido el resorte de la sirena.

Míster Kock encogió sus hombros con la misma elegancia que ponía en todos sus demás actos. Y no se volvió a hablar de semejante minucia hasta que, transcurridos unos días, se reveló de repente la importancia de lo ocurrido.

Y fue así:

El 30 del mismo mes se inauguró en las amplísimas naves del Automobile-House la exposición de los nuevos modelos de la fábrica Hoppe, que había emprendido la magna labor de modificar todos sus tipos, célebres en el mundo entero. Los ingenieros de la fábrica habían estudiado y ensayado las modificaciones durante un lustro, y ni un solo detalle pudo trascender al público ni a los demás constructores. La

enorme extensión que ocupaban los talleres, a veinte kilómetros de la capital, resultó —desde que comenzó la realización de los proyectos— inasequible para toda clase de visitantes, fuese cual fuese el pretexto que los moviera. A los obreros que hacían el montaje de los coches se les vedó la salida de la fábrica. Una publicidad que superaba a cuantas antes se hubiesen realizado, avisó al orbe la aparición de los seis nuevos tipos de «Hoppes». Planas enteras en los más populares diarios, anuncios de fuego sobre las fachadas de los edificios, en las grandes ciudades del continente; proyecciones sobre las nubes, millares y millares de impresos arrojados por aeroplanos, inscripciones trazadas con aceite coloreado sobre el mar de las bahías y la superficie de los lagos de Europa y América… Se esperaba —a pesar de la creciente insensibilidad del público para las propagandas comerciales— que la casa Hoppe ofreciese una superación, porque su crédito era el más sólido dentro de la industria universal; pero no se sabía en qué podían consistir las mejoras, porque la perfección del automóvil había alcanzado un punto que a todos parecía definitivamente final. Los antiguos motores de explosión, los viejos sistemas de frenos, el arcaico medio de refrigerar, aquel complicado suplicio de las cámaras de aire que estallaban o se desinflaban tan frecuentemente y de las cubiertas que era preciso renovar, habían desaparecido hacía más de cincuenta años, y los mecánicos eruditos que saben cómo eran los autos en el primer tercio del siglo XX no acertaban a explicarse la paciencia de los hombres de entonces, verdaderos esclavos de unos coches imperfectos de misérrima duración, y que se descomponían varias veces al mes y estaban más tiempo en el taller de reparaciones que rodando. El automovilista de aquella época no representaba para ellos más que un desgraciado señor que se pasaba lo mejor de la vida tumbado en la carretera bajo un primitivo artilugio, haciendo pesquisas en sus entrañas herrumbrosas. En el centro de la Gran Avenida se alzaba un monumento, inaugurado en el año 2207, que aspiraba a premiar el sacrificio de los precursores. Sobre el ancho pedestal veíase la marmórea efigie de un hombre vestido a la fea usanza de 1920, en mangas de camisa en actitud de mover el émbolo de una bomba de aire con la que simulaba hinchar un neumático. Un sudor de agonía pegaba a la frente y a las sienes los cabellos, y un gesto de amargura y de cansancio deformaba el rostro. La inscripción decía: «A las numerosas y desdichadas víctimas de los albores del automovilismo. La Humanidad agradecida.»

El automóvil era ya un artefacto verdaderamente útil. Su motor no recordaba en nada los de gasolina ni los eléctricos. El depósito de dinamic (la sustancia descubierta por el famoso Thompson a principios del siglo XXI), ocupaba apenas un decímetro cúbico, y una vez lleno se podía recorrer unos diez mil kilómetros en un coche de diez caballos sin reponer la maravillosa materia. La perfección lograda era tal, que bien podía decirse que en aquellos organismos metálicos nada faltaba y nada sobraba tampoco. Eran un verdadero prodigio de la mecánica, que en las postrimerías del

2000 alcanzó un desarrollo que habría asombrado aun a los más optimistas vaticinadores del porvenir en aquellos tiempos en que Julio Verne y Wells, entre otros muchos, gustaban de perder sus horas en suposiciones de lo futuro.

Fue una muchedumbre espesa v ávida la que invadió el inmenso local del Automobile-House el día primero de la exposición. Contemplado desde las grandes lucernas, el piso parecía alfombrado con un oscuro tapiz: tal era la contigüidad de las personas, la densidad de la masa de visitantes. Cada carruaje quedaba sobre su plataforma como en un islote, y los cordones de seda que los enmarcaban para preservarlos del manoseo de los curiosos se combaban ante el empuje del gentío. El metal niquelado y nuevo, pulido y suave brillaba gratamente; el barniz, virgen de cualquier mancha o rasguño, tenía a la vista el valor del raso o del terciopelo. En las lentes facetadas de los faros se retrataban, movibles y diminutos, los mirones como en las pupilas quietas y fascinadoras de un monstruo.

La variedad de modelos recorría triunfalmente toda la escala, desde el enorme camión hasta el cochecito unipersonal, delgado y breve como una saeta, con las ruedas distanciadas por largos ejes, dotado de una vaga similitud con las moscas de río.

Desde la tercera galería, el secretario general del Movimiento y míster Hoppe, rodeados de un grupo numeroso de personajes oficiales y de ingenieros, invitados a la inauguración, presenciaban la lenta marea de aquel mar humano, El rasurado rostro de míster Hoppe —frente ancha y rugosa, enérgico mentón, un profundo surco en forma de coma en cada mejilla, tupida cabellera de estaño, párpados oscurecidos por una dolencia hepática— tenía un gesto de satisfacción y orgullo. Millares de ojos elevaban hacia él sus miradas, y su nombre corría frecuentemente como un murmullo más fuerte sobre el inquieto charco de la multitud.

—¡Ese es Hoppe!… ¡Allí está Hoppe!… Joe Wilpe, el joven obrero rectificador, acababa de ocupar el baquet de un coche de lujo para hacer una demostración del motor silencioso. Hurgó con rapidez en algunos invisibles resortes; el carruaje tembló levemente y los curiosos que se apiñaban junto a los cordones de seda pudieron oír apenas un zumbido. Pero muy pronto, resonando bajo la amplia bóveda de hierro y cristal, la bocina del auto lanzó un largo rugido. Avisados por esta llamada, nuevos curiosos se hacinaron. Wilpe manipuló en el botón de la bocina sin acallarla. Allá en lo alto, míster Hoppe frunció las cejas grises y ordenó:

—Decid a ese inoportuno que no vuelva a tocar un coche.

En aquel momento, un camión ancho y potente dejó oír también un ronco aullido, y un segundo después los cláxones y las sirenas de todos los automóviles llenaban el ámbito con un horrísono concierto. La gente reía; algunas jóvenes tapaban sus oídos con un mohín delicioso, afectando sufrir más de lo que permitían sus fuerzas. No se veía a ningún empleado en los sonoros vehículos, y muchas personas comentaban, al

darse cuenta de ello:

—Se trata de una sorpresa que ha preparado Hoppe. Pero la verdad era que bastaba ver la expresión del famoso ingeniero, su elevado tronco inclinado para contemplar el salón, sus manos crispadas rabiosamente sobre la barandilla y el afán colérico con que su mirada recorría una por una las plataformas sostenedoras de los coches, para comprender que no era de su agrado aquella algarabía. Cuando fracasó en su indagación, volvió el rostro hacia míster Harrison, su valioso auxiliar, que alargaba el pescuezo sobre el hombro de su jefe, y le preguntó:

—¿Qué pesada broma es ésa?

—No comprendo… —balbució el interrogado.

De repente, un múltiple grito subió, como la columna pavorosa de una explosión. El tractor «Titanic», potente y achatado, vagamente parecido a un cefalópodo, o a una extraña y gigantesca bestia gris que aun pudiese vivir después de haber sido seccionado su abdomen, se deslizó rodando hasta el borde de la tarima, rompió el cordón de seda y avanzó contra la multitud. Los cuatro fuertes camiones cubiertos comenzaron igualmente a rodar y dos segundos después todos los coches marchaban sobre el suelo de mosaico, bamboleándose ligeramente al remontar los obstáculos que les oponían los cuerpos caídos ante ellos. La muchedumbre, amenazada en muy diversas direcciones, apretujábase en vaivenes encontrados; clamaban con angustia los que advertíanse cercanos a la asfixia en el centro de aquellas presiones opuestas; gritaban los que sentían sobre sí el peso de las ruedas o, simplemente, la proximidad del peligro; con violentos empujones, trataba cada uno de hallar su propia salvación; llamábanse vociferando los que se habían visto separados por los demás; increpaban otros a los autores de aquella salvaje imprudencia, y la confusión y la congoja de los millares de seres encerrados en el vasto salón fueron bien pronto aterradoras. Los cláxones y las bocinas acrecentaban el terrible tumulto. En la explanada que se abría ante el ciclópeo edificio del Automobile-House, los paseantes corrieron hacia las grandes puertas para ver qué ocurría en el interior, y los chóferes que esperaban a sus señores se pusieron en pie sobre los estribos para contemplar la escena. Apretándose, cayendo, estrujándose, la gente salió en raudales. Chocaban los fugitivos contra los que acudían, y seguían corriendo hasta ampararse entre las filas de coches. Los magullados, a quienes el miedo había impedido sentir dolor hasta entonces, se lamentaban con grandes ayes, y muchos se dejaban conducir casi en volandas hasta los puestos de socorro. Continuaban los enormes vanos su fluxión de seres que salían en apretado chorro y se extendían como una gran mancha oscura por la explanada. Rompiendo como un ariete el denso grupo, o, para expresarse con una más exacta imagen, sobresaliendo en el caudal humano, despavorido y gritador, como arrastrado por una riada, apareció el primer coche «Hoppe». Taladró, aplastó, hendió la masa viva y siguió en una carrera frenética sin que su claxon dejase de sonar con irritada

aspereza, muy parecidamente a los ladridos de un can furioso. Segundos después fue la mole de un camión la que surgió, rebatiendo violentamente cuerpos humanos, arremolinándolos como la proa de un barco arremolina en espuma el agua. Salió y voló en pos del primer coche. Y después otro, y otro… Todos los espectadores de esta extraordinaria escena pudieron advertir que ninguno de los autos llevaba conductor, que todos ellos parecían proceder automáticamente, como si hubiesen sido puestos en marcha y abandonados a sí propios; pero la habilidad con que sorteaban los obstáculos y la certeza con que seguían el camino hacían absurda tal suposición.

Aún culminó el estupor y el pánico de la muchedumbre cuando casi todos los numerosos automóviles que los visitantes de la exposición habían dejado en los alrededores del edificio lanzáronse tumultuosamente en seguimiento de los «Hoppes». Los mecánicos se inmovilizaban de asombro o intentaban correr en su alcance, hasta que la reflexión les hacía advertir lo inútil de su empeño. En cuanto a los que se hallaban en los baguéis cuando ocurrió la fuga, procuraban vanamente detener sus propios vehículos, para arrojarse después al suelo, enloquecidos ante aquel inexplicable fenómeno. En la explanada permanecieron tan sólo algunos coches antiguos y seis o siete de marcas inferiores. Los demás desaparecieron en el recodo que formaba la avenida. Y apenas se había ocultado el último, bajo el elevadísimo arco de hierro de la entrada del Automobile-House, se destacó la figura de míster Hoppe, descubierta la iracunda testa, cerrados los puños, mirando a uno y otro lado para inquirir el paradero de los coches huidos de tan extraña manera. Entonces se oyó gritar:

—¡Vedlos allí! ¡Ved dónde van todos!

En la carretera, que pintaba una ancha faja negruzca entre el verdor del paisaje, los autos formaban una columna cerrada que se alejaba de la ciudad. Eran como un solo cuerpo, largo y movible, que llenaba el camino de cuneta a cuneta. Pasaban, pasaban… Quizá diez mil, quizá veinte mil… Sin poder apartar los ojos de aquel remoto desfile, míster Hoppe murmuró:

—Harrison, ¿usted comprende algo de esto?

Y el obeso Harrison, acariciando con dedos temblorosos la tersa calva, pudo encontrar fuerza suficiente para balbucir:

—No sé… Es una pesadilla… Yo he tenido una pesadilla igual…

Cuando el honorable Mac Gregor hubo agitado durante diez minutos la campanilla presidencial, aquietóse el tumulto. El salón de sesiones del Consistorio, cedido para aquella reunión extraordinaria, estaba lleno de hombres dominados por una excitación difícilmente contenible, que estallaba con el menor pretexto. Habíanse congregado allí las inteligencias más destacadas de la ciudad. Si en aquellos instantes se hundiese el techo del edificio, la nación tendría que llorar la muerte de sus mejores matemáticos, de sus mejores biólogos, de sus más sabios inventores, de sus estadistas

más concienzudos. No se había permitido la entrada al público, que formaba grupos numerosos en la calle, ni a la prensa, cuyos representantes cambiaban conjeturas en los pasillos, alejados de las puertas de acceso al salón por ujieres incorruptibles. El descubrimiento de un periodista, agazapado delante de la amplia mesa de los consejeros, había dado lugar al alboroto que Mac Gregor consiguiera cortar a fuerza de campanillazos. Nancy Chaney, la profesora de Mecánica del Instituto Nacional de Ciencias, había defendido la conveniencia de que las discusiones fuesen públicas, y el viejo Acker, la más alta autoridad en Química Orgánica, objetó que no se trataba de una reunión política, sino de la coincidencia de unos hombres de estudio que iban a procurar el desciframiento de un suceso hasta entonces misterioso. Esta fútil cuestión bastó para que la tensión nerviosa de todos los presentes se exteriorizase en gritos, protestas y puñetazos sobre los pupitres. Cuando el honorable Mac Gregor pudo hacerse oír, recomendó a todos la calma precisa para que cada uno pudiese aplicar toda su inteligencia a razonar sobre el fenómeno que les había congregado; recordó que el Gobierno y el país, el mundo entero, estaban pendientes de lo que allí se decidiese, y rogó que se escuchase en silencio al insigne Cooper.

El insigne Cooper, cuyo discurso había truncado la caza y expulsión del periodista indiscreto, permanecía durante el clamoreo con los brazos cruzados y un gesto de resignación y de disgusto en la ancha faz sembrada de los puntitos de oro de sus pecas. Al sobrevenir la tranquilidad, reanudó su perorata. Había hecho, primeramente, una descripción del perfeccionamiento logrado por la industria automovilística, y enumeró las maravillas operadas por la mecánica en la construcción de los coches. Ahora, continuó:

—¿Qué faltaba a esos prodigiosos aparatos? Científicamente, los hombres de hoy no alcanzamos a suponer para ellos una posibilidad de mejora. Como máquinas habían llegado a un punto de asombrosa bondad. Eran organismos de acero tan acertadamente construidos, que no les faltaba más que la capacidad de regirse a sí propios para alcanzar la suma perfección. Y he aquí que ese milagro ha ocurrido. ¿Cómo? Si he de decir verdad, no participo del delirante asombro del vulgo. Los orígenes de la vida continúan siendo un secreto para nosotros; pero, por mi parte, no me niego a aceptar la explicación de que en una máquina perfecta puedan presentarse inopinadamente fenómenos fácilmente confundibles con los de la vida misma. Todo quedará reducido a creer que habíamos logrado ese insospechable éxito sin habérnoslo propuesto, sin saber que había de resultar así. Hemos creado un ser vivo por medio de la mecánica, después de haber intentado inútilmente originarlo por medio de la química. El viejo Acker:

—¡No, no! ¡La vida es tan sólo una serie de reacciones químicas!

El ilustre Cooper:

—Me alegraría muchísimo que mi sabio y respetable amigo nos ofreciese una

solución más exacta y comprensible que la mía. No tengo inconveniente en cederle ahora mismo la palabra si nos asegura que posee la clave. Mientras tanto, me permitirá que continúe el desarrollo de mi hipótesis, que es la que cuenta con mayor número de partidarios. La realidad es que nuestros automóviles se han marchado sin que nadie los guíe, sin haber sido puestos en movimiento por manos de hombres. Y es suficientemente significativo el detalle de que los tipos atrasados, de construcción deficiente, continúen sumisos en sus paradas y en sus garajes. Podemos atisbar por este resquicio la posibilidad de que la perfección mecánica a que antes me refería haya determinado…

El reverendo Kay, irguiéndose enrojecido y extendiendo sus brazos hacia el orador:

—¡Ha sido el diablo, y nada más que el diablo!

Mac Gregor:

—¡Orden! ¡Orden!

El reverendo Kay:

—¡Es el castigo a la soberbia, la burla de nuestra desmedida ambición, la carcajada con que Satanás responde a nuestros afanes de lujo! ¡Yo he predicado siempre contra las corruptelas del lujo! ¡Volvamos a caminar sobre nuestros propios pies para hacer penitencia!

Algunas voces:

—¡Tiene razón!

El secretario de la Cámara Industrial:

—¡Yo he visto al reverendo Kay en bicicleta!

Cooper gritó, malhumorado:

—No creo que hayamos venido a discutir acerca de Satanás.

Nuevo tumulto. Diez o quince personas afirman, con todas sus fuerzas, y cuarenta o cincuenta niegan a todo pulmón. Los demás exteriorizan su desagrado golpeando el suelo. El reverendo Kay, congestionado, pide que se someta el asunto a votación nominal. Mac Gregor agita la campanilla con redoblada furia y con una habilidad en la que se advierte la experiencia adquirida. Agotada su calma, Cooper se sienta, haciendo ademanes que expresan elocuentemente su desdén hacia todo el concurso. Poco a poco, Kay logra imponerse con su voz fuerte, acostumbrada a dominar desde el pulpito, y fulmina una ardorosa catilinaria contra el progreso.

—¿Adonde van a parar los hombres? —pregunta—. ¿No advierten claramente la diabólica colaboración que existe en sus inventos? Un soplo infernal anima ahora a los autos. Se ha intentado con ello corregir la obra del Creador, que hizo bondadosamente al caballo, y esto es de una soberbia intolerable. Con el automóvil se pretendía solapadamente dejar en ridículo al caballo, y así se ofendía a la divinidad. Era una tentativa más vanidosa aún que la de la torre de Babel, que tan duro castigo

mereciera. Satanás, triunfante, se había burlado de los hombres, llevándose los autos después de tener bien seguras las almas de sus fabricantes y sus poseedores…

No le dejaron seguir. En pie y golpeando los pupitres, le increpaban desde todos los lados del salón. Vanamente luchó su laringe contra tantas laringes indignadas. Sus últimas palabras tuvieron el carácter de una imprecación, a juzgar por el gesto que las acompañaba; pero nadie pudo oírlas entre la general barahúnda.

Míster Hoppe habló después. Explicó detalladamente las modificaciones que, con relación a los tipos ya conocidos, introdujera en sus nuevos coches. Se le escuchaba con atención profunda. Contó la minuciosa labor de las rectificaciones de las piezas de acero; el escrupuloso cuidado con que se iba formando el motor y el coche todo, la estrecha relación que se creaba entre la más pequeña y la más delicada de las partes de la máquina, hasta llegar a aquella síntesis que era un auto, donde —mejor aún que en un cuerpo humano— nada sobraba y nada faltaba. Desde luego, él no podía aventurar la menor conjetura acerca del extraño fenómeno; pero si algo de lo que en la asamblea se había dicho resultaba asequible, en cierto modo, a la razón, era sin duda lo que el ilustre Cooper había aventurado como probable. Sin pretenderlo, sin saber que se alcanzaba tan maravilloso resultado, parecía cierto que se dotara a las máquinas de un principio de vida; que se había hecho del motor algo así como un rudimentario cerebro.

Míster Graams aulló:

—¿No puede ser todo esto un truco de míster Hoppe para anuncio de su marca?

Nuevo escándalo. Míster Hoppe, erguido en toda su alta estatura, sonreía despreciativamente. ¿Un truco de publicidad? Pero ¿no había visto tocio el mundo que los coches habían huido sin conductores? Aun suponiendo que una habilísima arteria le hubiese permitido manejar de tan extraña manera los que acababan de salir de sus talleres, ¿podía suponerse que los autos de diferentes marcas que estaban en la explanada de la exposición y que escaparon también, a despecho de sus chóferes, estaban manejados por la misma martingala?… No. Las palabras de Graams eran ridículas. Míster Hoppe creía ciertamente que nadie las podía suscribir.

Y así era, en efecto, porque una salva de aplausos animó al insigne fabricante a continuar sus explicaciones. Pero en aquel momento, un ujier se acercó a míster Hoppe.

—Acaban de telefonear de su casa, sir —dijo—. Miss Lizzie no ha regresado aún… Ha sido visto su coche entre los automóviles fugitivos.

Todos los asambleístas pudieron advertir la inquietud en el rostro del gran ingeniero. Nada le importaba tanto en el mundo como su hija, y el temor de que hubiese podido sufrir algún peligro le obsesionaba tan dolorosamente que ya no supo hilvanar sus ideas ni pudo atender a las palabras de los demás. Mientras el viejo Acker exponía una opinión intrincada acerca de lo ocurrido, Hoppe, abandonando su

asiento, aproximóse a Mac Gregor, le confió su angustia y salió del local. Antes de que los periodistas pudiesen alcanzarle, había ocupado el baquel de uno de los autos antiguos que esperaban en la calle y corría velozmente hacia su casa.

—¿Qué ha ocurrido, Harrison?

El calmoso auxiliar de Hoppe cruzó en la espalda las manos gordezuelas, ademán que tenía el mismo valor que el de otra persona mucho más delgada que las hubiese cruzado sobre el pecho.

—¿Quién lo sabe? —respondió—. Probablemente nada de importancia; pero es casi seguro que Lizzie se haya visto obligada a seguir a esa infernal comitiva.

—¿Me acompaña usted?

—Encantado.

Y Harrison hizo inclinar el viejo artilugio al entrar en él. Partió el coche, siguiendo la misma ruta por la que se habían alejado los automóviles aquella tarde. La noche era tibia y el viento, que había hecho ondear durante todo el día los mil gallardetes del Auto-mobile-House, dormía fatigado. Los haces de luz del coche hirieron hondamente la sombra acumulada bajo los copudos olmos de la carretera, y el pavimento, pulido y charolado por el roce frecuente de las ruedas de goma, brilló como si rebosase humedad. Aquel paraje, a todas horas recorrido por veloces viajeros, estaba entonces solitario. El extraño fenómeno había impresionado tanto, que nadie se atrevía a salir de la ciudad confiado a un vehículo que podía arrastrarle a una aventura misteriosa. Hoppe, gruñendo contra la lentitud del viejo armatoste que conducía, subió la cuesta, dobló los tres recodos en que terminaba y bajó a la llanura, por donde la pista se extendía, amplia e incitadora, flanqueada de grandes carteles anunciadores cuyas letras metálicas se incendiaban con la luz del coche, como sí ellas mismas fuesen de luz.

—¿Presume usted dónde están? —inquirió Harrison.

—No —respondió Hoppe malhumoradamente. Y añadió, cinco kilómetros más allá:

—Ni me importa. ¡Al diablo con ellos! Lo único que me interesa es encontrar a Lizzie.

Un cuarto de hora después, al borde de la pista, convertido en un montón de hierros, hallaron un «Peengre» de dos plazas. Algo más lejos, una camioneta con las cuatro ruedas al aire y terribles abolladuras en los costados. La extensa pista continuaba, ya libre de obstáculos, hasta la curva que trazaba para cruzar el río. Y al salir de la larga trinchera en que se encajonaba, fue cuando Harrison lanzó un grito de sorpresa:

—¡Hoppe: mire usted!…

Extendía su mano hacia la altiplanicie de Hartz. La imponente montaña, horizontalmente cortada en una extensión de muchos kilómetros, se alzaba muy

próxima ya, oculta en la sombra, sumada a la negrura de la noche. Y era precisamente sobre ella, en el elevado llano arenoso que la remataba, donde ocurría el singular fenómeno que había provocado la exclamación del ingeniero. En una extensa línea, la planicie aparecía alumbrada por una blanca luz, un poco difusa en la distancia. Como si ocurriese una erupción magnífica, centenares de conos luminosos, cruzándose y volviéndose a cruzar, se elevaban en las tinieblas. Juego silencioso de espadas arcangélicas o paseo de fantasmas por el lienzo oscuro de la noche o flechas de luz disparadas contra las estrellas. El espectáculo era extraordinariamente hermoso.

—Son ellos —dijo Harrison.

Sin contestar, Hoppe forzó la marcha. Todavía media hora de llano, y después el zigzagueo penoso de la carretera para escalar la altura de Hartz. Formas monstruosas de rocas, a uno y a otro lado; pinos soñolientos más arriba, una fresca brisa, abismos, la ruta en suspensión sobre el espacio, como esos atrevidos puentes que en las leyendas fantásticas lanza Satanás de una a otra orilla de los ríos anchurosos en las horas que pasan de la medianoche hasta que el gallo anuncia la alborada.

Subían ya la empinada cuesta que había de dejarlos en la planicie, cuando el camino se reveló vivamente, recortado en luz. La sombra de una mole asomó sin urgencia y, al fin, se destacó en lo más alto la silueta de un camión. Se destacó y se detuvo. Ingente, ancho, poderoso. El capot, breve y fuerte, achatado, tenía entonces una viva semejanza con el hocico cruel de un jabalí. A uno y otro lado, los faros eran ojos temibles, como encendidos en ira, que registrasen el camino. La anchura de las ruedas, rugosas y grises, recordaba las patas, grises también y cortas y rugosas, de los paquidermos. Gruñó con una sorda vibración de su claxon, y avanzó después con una súbita arrancada, cuesta abajo, como si se despeñase por ella.

—¡Cuidado, Hoppe! —advirtió Harrison, soliviado por el temor en su asiento.

El padre de Lizzie maniobraba ya con inteligente premura en la ancha pista, procurando deslizarse a la izquierda del monstruoso artilugio. Entonces se detuvo el camión nuevamente. Su potente luz deslumbraba a los hombres; y a Harrison, horripilado, le parecía advertir leves intermitencias, como de parpadeos o como los fulgores que la ira puede poner en el mirar humano, en aquellos focos redondos, grandes, cargados de un matriz amarillo. Todo el cuerpo del camión temblaba. Hoppe y su compañero podían ver perfectamente el baquet vacío, y esta ausencia de la voluntad de un hombre en los movimientos del auto los impresionaba más de lo que querían revelar. El frío del miedo corría por el cauce de sus médulas. De pronto el industrial giró bruscamente hacia la derecha, y en este instante el camión se precipitó —acometió, sería más exacto decir— contra ellos.

El choque fue inevitable. Alcanzado a la altura del asiento trasero por el fuerte hocico metálico del monstruo, el ligero coche se tambaleó brutalmente con fuerte ruido de herrajes. Una rueda arrancada por la embestida rodaba, oscilando, cuesta

abajo, y el auto cayó sobre aquel lado, falto de apoyo. Impelido contra su jefe, Harrison luchaba por incorporarse, abrumado por su propio abdomen, y arañaba el aire en busca de asidero. El camión, lejos de continuar su camino, dio marcha atrás, paróse e hizo gruñir nuevamente su claxon.

—¡Pronto Jasper! —ordenó Hoppe, empujando vigorosamente al ingeniero—. ¡Pronto! ¡Va a acometernos otra vez!

Y saltó a la pista, al tiempo que el extraño enemigo se acercaba con redoblado encono. El golpe resonó intensamente; quebráronse los vidrios de parabrisas, y el cochecillo, arrollado por la mole hostil, dio varias vueltas sobre sí mismo, esparciendo cojines y herramientas, como si se vaciasen sus entrañas por una ancha herida. Harrison, sorprendido por el encuentro cuando sólo tenía un pie en la carretera, salió rodando peligrosamente. Hoppe corrió hacia él y le ayudó a alzarse.

—No ha sido nada —afirmó el ingeniero, tac-tando, no obstante, con desconfianza su cabeza—; no ha sido nada. ¡Por vida de…! He aquí una aventura bastante singular. Nunca hubiera creído…

Pero se interrumpió al advertir que la furia del camión aún no se había calmado. Ahora empujaba el destrozado automóvil hasta el borde de la pista y, con una impulsión definitiva, lo lanzaba por la rápida ladera hasta el abismo. Un largo chirrido, al resbalar sobre una roca, choques estrepitosos…; después, el ruido del golpe final, allá abajo.

—Ocultémonos —aconsejó el gordo Harrison cuando el camión inició el regreso —. No confío en lo que pueda sucedemos si nos halla en la pista.

Y casi arrastró a míster Hoppe para obligarle a saltar el pretil. Después, al quedar nuevamente solitaria la carretera, los dos hombres continuaron en silencio su marcha hasta llegar a la planicie.

La planicie de Hartz nunca ha tenido, como todos sabemos, la menor belleza. Quizá cuando formaba parte del fondo de los mares creciesen en ella algas de aspecto maravilloso o el coral fingiese árboles fascinadores; acaso en aquellos remotísimos tiempos corriese sobre su superficie la sombra de hermosos peces fugitivos, entre la suave y verdosa claridad del agua, y el nácar tapizase el fondo, y las medusas paseasen sus trajes de hadas sobre esas flores vivas de largos pétalos, que no son sino fauna increíble, y los caballitos de mar, como pequeñas figuras de ajedrez, verticales y solemnes, fuesen y viniesen, como husmeando todo con su gracioso hocico equino. Pero desde que las terribles presiones del enfriamiento habían convertido en cima de montaña lo que fue hasta entonces fondo de mar, la planicie a que nos referimos no pasó de ser uno de los lugares más ingratos de la tierra. En su suelo arenoso apenas crecían matas raquíticas que los rebaños desdeñaban. Un viento frío barría con frecuencia aquella llanura desolada, levantando columnas de arena fina y gris. Los poetas de la región, fieles a su deber de ensalzarla, no habían hallado que el Hartz

sirviese para algo más que para refugio de fantasmas y emplazamiento de aquelarres. Pero a ninguna persona seria se le oyó afirmar jamás que encontrase en el Hartz nada que se pareciese a una bruja. Se sospechó también que existiese allí un yacimiento de hierro, mas una somera investigación científica bastó para demostrar que tal sospecha era únicamente fruto de la buena fe de los hombres, que se resistían a aceptar que en la Naturaleza existiesen tantos kilómetros cuadrados de tierra que no servían para nada.

Sin embargo, fuese cual fuese la belleza del Hartz cuando lo cubrían las aguas marinas, es difícil que superase a la que ofrecía en esta noche en que los dos ingenieros llegaron allí en busca de una muchacha arrebatada por un cochecillo amarillo de doce caballos. En la inmensa extensión, los millares de automóviles huidos de la ciudad habían acampado —no hay otra expresión más justa— y sus luces permitían ver tan claramente como si fuese de día. Las formas graciosas de los coches de turismo y las ingentes moles de los consagrados al transporte de mercancías se entremezclaban en un incesante movimiento; los farolillos verdes, azules o morados de los cupés, y las rojas bombillas posteriores recordaban a veces la alegría de una verbena. Las sirenas, los cláxones, las bocinas, confundían sus sones en una algarabía constante. En algún lugar, un grupo de autos marchaba lentamente, como observando lo que ocurría en la explanada. En cualquier otro sitio, la casualidad o la costumbre los había alineado —en la misma traza en que se les ve mientras esperan en las plazas públicas la salida de sus dueños que asisten al teatro o a una asamblea numerosa— y permanecían inmóviles y como dormidos, ajenos a cuanto ocurría a su alrededor. Por regla general, en estas filas no había más que cómodos cupés destinados al acarreo de señoras frioleras y ancianas. Pero la nota dominante en la planicie era el movimiento y la confusión. Autos ligerísimos, afilados como flechas, pasaban a velocidades temerarias, se perdían muy lejos, entre las sombras, y regresaban después. Centenares de coches de todas formas y tamaños se cruzaban y entremezclaban, sin que se produjese un choque, ni un roce, con una seguridad y una precisión que maravillarían a los chóferes más expertos. Las miradas de los focos relucían. Y el cambio de tanta luz (su ir y venir, sus posiciones distintas a cada segundo, a cada milésima de segundo) era precisamente lo que proporcionaba al espectáculo su apariencia fantástica.

Cuando se recobraron de su emoción, los dos hombres cambiaron su preocupado mirar. Estaban al borde de la planicie, tras una roca que alzaba apenas un metro, y puede decirse que mientras contemplaron el insólito acontecimiento, ni Hoppe pensó en su hija ni Harrison sintió aquel hormigueo de temor que desde el accidente sufrido en la carretera alteraba sus nervios. Fue, al fin, el fabricante quien primeramente se sustrajo al asombro para acordarse de Lizzie.

—Sigamos, Jasper —ordenó, incorporándose. Pero el ingeniero no se movió.

—¿Adonde diablos quiere usted ir, Hoppe? Espero que no intente introducirse en ese hormiguero satánico. No creo que pudiésemos andar más de ochenta metros sin que nos aplasten.

Hoppe meditó, mientras volvía a examinar el aquelarre increíble.

—No es preciso atravesar la planicie —respondió—. Bordeémosla para buscar el automóvil de Lizzie, y si logramos descubrirlo, ya resolveremos lo que se haya de hacer.

Obedeció Harrison y ambos avanzaron, contorneando el llano, con los ojos atentos a los coches que pasaban, lenta o apresuradamente, a menos de un cuarto de milla de distancia. A veces se detenían para mirar a un contuso grupo de autos en reposo, por si entre ellos podían ver el torpedo amarillo de la joven. Y a veces también, cuando llegaba hasta ellos, destacándose vivamente, la larga mirada luminosa de unos faros, se encorvaban entre los matorrales con una irresistible impresión de miedo, como si quisiesen evitar ser descubiertos y perseguidos por aquellos seres que acababan de sumarse a la vida.

Un brusco rebullir en el campo de los fugitivos les hizo prestar atención. Vieron apartarse a derecha e izquierda varios coches y, por el espacio libre, un torrente luminoso avanzó raudamente hasta, cerca de los dos hombres, pareció examinar la rápida vertiente de la montaña, y se volvió después, en una agilísima maniobra, dando frente al llano por donde corría, siguiendo el mismo camino, otra ola de luz.

Hoppe y su auxiliar reconocieron en seguida en el primeramente llegado uno de los tractores «Titanic» que, salidos de sus talleres, se exhibían aún, algunas horas antes, en la exposición. El otro vehículo que apareció, trepidante, en la calle abierta por… —sí, es preciso decirlo— por el instinto de conservación de tos otros carruajes, tenía un aspecto ingente y apocalíptico. Era un autotanque, marca «Bekkers», construido para transporte de petróleos. Su achatada mole gris, metálica, compacta y hermética; su capot casi triangular, relativamente pequeño; las ruedas que se escondían bajo la protección de un ancho guardabarros, le prestaban cierto parecido con una inmensa tortuga. Para acentuar la semejanza, el tubo de desagüe asomaba en la trasera del tanque, como el breve apéndice de un quelonio. Los haces luminosos de sus faros minúsculos se agitaban incesantemente. Detúvose a alguna distancia del tractor y lanzó un largo y pavoroso aullido que estremeció al ingeniero.

El tractor —cabeza enorme y cuerpo sucinto— era como un arácnido descomunal. Gangueó con fuerza, respondiendo a la sirena del «Bekkers», y durante unos segundos los conos de luz del uno claváronse en los conos de luz del otro, en un examen o en un reto… Y de repente, el autotanque se precipitó contra el tractor, levantando en la arrancada la arena de la planicie. El «Titanic» lanzóse también, pero tangencialmente, soslayando el encuentro, y apenas la masa de su rival había pasado, se arrojó sobre ella, con violencia tal, que la pared metálica resonó fuertemente y

mostró, al volverse, una amplia abolladura.

—Eso es diabólico, Levis —comentó el ingeniero, crispando su mano sobre el brazo de su jefe.

—Diabólico, Jasper. Así debieron de luchar los monstruos de la prehistoria en la juventud del planeta. ¿Es posible que nosotros hayamos dado lugar a que esto ocurra?

No siguió, porque el tanque, en un *derrapage* habilísimo, había batido al tractor y, con su pesada grupa, le obligaba a saltar, trompicando, algunos metros más allá, con evidente riesgo de volcar de costado. Sin darle tiempo para reponerse, la tortuga de acero le acometió otra vez, y el arácnido huyó entonces, trazando una línea quebrada sobre la arena. Pero pronto estuvieron de nuevo frente a frente y se embistieron con acendrado ardor.

—¡Eh, Jasper! —propuso el industrial, con toda la afición de un hombre de sangre anglosajona y todo el amor propio de un fabricante—. Apuesto diez mil libras por tu tractor. ¿Quiere?

—No; apueste por el tanque, y acepto.

El choque sobrevino, seco y sonoro, radiador contra radiador, y nuevamente se separaron en cautelosa marcha atrás, y nuevamente se encontraron. Hoppe, excitadísimo, batía con su puño derecho la palma de la mano izquierda y gritaba como ante un ring, absurdamente seguro de ser entendido.

—¡Dale! ¡Directo al motor! ¡Al motor!

Uno de los focos del «Titanic» había saltado hecho pedazos. El considerable peso del autotanque triunfaba visiblemente sobre la mayor ligereza del tractor. Ya no eran tan fuertes los ataques de éste, y cuando se apagó, convertido en añicos, su segundo faro detúvose, reculó y pretendió alejarse, trazando eses, evidentemente desconcertado, ciego. Entonces el tanque le siguió, empujándole con rudeza, con la indudable y siniestra intención de volcarlo.

—¡Ese «Bekkers»! —rugió el industrial—. ¡Esa inmunda tartana!… Pero ¿va a ser vencido nuestro «Titanic» por semejante carretilla?

Y en su indignación alzó el borde de la chaqueta para buscar la pistola. Extendía ya el brazo para disparar contra el tanque, cuando le dejó suspenso un hecho extraordinario. La portezuela de un «Hoppe» de lujo detenido a cierta distancia del lugar de la lucha se abrió, y un hombre atravesó corriendo el espacio libre, se encaramó de un brinco al tractor, asió el volante y le guió en una curva hábil y rápida, para desviarle de su enemigo. Durante algunos segundos pudo creerse que la intención del personaje que había surgido de tan inesperada manera no era otra que alejarse de aquel sitio; pero pronto se le vio hacer girar la dirección, llevar al tractor, obediente al mando, paralelamente al autotanque, y lanzarlo de pronto a toda marcha contra el capot del «Bekkers», cogido a través por aquella inteligente maniobra. Destrozado el motor, el «Bekkers», impulsado por la terrible catapulta, se inclinó y

cayó, haciendo temblar la tierra. Su poderosa sirena lanzó entonces tales sonidos como antes no pudieron llegar a oídos humanos. Eran como lamentos de dolor, de agonía y de cólera. Extensos, ululantes, temibles. Como podría lanzarlos un automóvil con meningitis. (Esta fue la observación que hizo más tarde Harrison.) Luego, el espantoso tono se hizo lastimero, más apagado… y cesó.

Al ocurrir el tropezón definitivo, el hombre que guiaba el tractor —lazarillo de un monstruo guerrero— había salido disparado por encima del volante. Trazó una rama de parábola y cayó al borde del llano, allí donde los vientos habían acumulado en montón, como en pequeñas dunas, la arena de aquel desierto, entre la que asomaban aún algunas hojas de los matorrales sepultados.

Hoppe y su auxiliar aproximáronse presurosamente al desconocido. Pero cuando llegaron a él ya se había sentado por su propio esfuerzo. La arena amortiguara el golpe y únicamente una de las espinosas ramas señalara con un arañazo las mejillas del atrevido.

—¿Se ha hecho usted daño? —le preguntaron ansiosamente.

—Buenas noches, míster Hoppe —respondió el interpelado—. Estoy muy bien, y tengo mucho gusto en saludar a usted y a míster Harrison. ¿Han visto ustedes la pelea? El pobre «Titanic» no aguantaría un round más. Estaba ciego. Pero no era posible consentir que nos venciese el «Bekkers».

Se había levantado y sacudía la arena de su traje de mecánico. Era un hombre joven, rasurado, que, al levantar la gorra, excesivamente calada por su caída sobre la arena, mostró unas manos anchas y ennegrecidas, callosas y duras, de trabajador.

—¿Quién es usted? —preguntó Hoppe.

—Joe Wilpe, sir; obrero rectificador en su fábrica, donde estaría ahora mucho mejor que aquí. ¡Mi palabra! Cuando se les ocurrió esta travesura a nuestros coches me encontraba dentro de uno de ellos y hasta Hartz vine, a mi pesar, porque cualquiera se arrojaba entre aquel ejército en marcha…

Contó brevemente. Encajonado el auto entre las compactas filas, hubo de resignarse a seguir en él. Ya en la planicie, quiso tomar la dirección del vehículo y volver a la ciudad; pero el vehículo no obedecía. Se dejó, pues, llevar y traer, en correrías fantásticas, entre los demás automóviles; primero, porque le ganó la curiosidad de ver en qué terminaba el singular fenómeno, y últimamente, porque pensó que no había ningún pueblo tan próximo que pudiese ir hasta él a pie, y mejor que sufriendo las frías ráfagas del Hartz estaría sobre los blandos asientos del coche.

Harrison gritó en aquel instante:

—¡Mire usted, Hoppe! ¿Qué hace el «Titanic»?

En contacto con su enemigo inmóvil, el tractor había desarrollado su aspirador metálico, muy semejante a la trompa de una mariposa, y lo hundía entre las piezas del deshecho motor del autotanque. El industrial y sus compañeros no alcanzaron a

comprender, al principio, el significado de aquella actitud. En verdad, el tubo flexible con que el tractor inspeccionaba las vísceras de acero de su contrario sólo servía para absorber y acumular con fuerte presión en el oculto depósito la cantidad de dinamic precisa para el movimiento del coche. Joe Wilpe exclamó, después de observar la rara escena:

—Nuestro tractor se nutre. Esto es todo lo que ocurre. Hemos llevado los coches a la exposición con muy escasa cantidad de sustancia motora, y él se apodera de la que el «Bekkers» tiene aún en su caja.

—Es decir, que lo está devorando —corroboró Harrison.

—Así es, en realidad. Como un lobo a otro lobo.

—Mejor como un insecto a otro insecto —opinó Hoppe—. Pero continuemos nuestras pesquisas, Jasper. Después de lo que he visto tengo más motivos de inquietud que antes por la suerte de Lizzie.

El joven obrero afirmó:

—Miss Lizzie está aquí. La he visto en su torpedo amarillo.

Apremiado por las preguntas del fabricante, narró lo poco que sabía acerca de la muchacha. En una de las caprichosas correrías del coche que le había llevado hasta el Hartz pasó muy cerca de Lizzie. Conoció aquel pequeño y gracioso juguete en el que toda la ciudad estaba habituada a ver pasar la juvenil y blonda belleza de la joven, y pudo ver también que la hija de su jefe iba allí, quizá un poco desconcertada, con las finas cejas más enarcadas en la tersura de la frente, pero tranquila y dueña de sí. Se la podía examinar perfectamente, porque el cochecito era abierto y la graciosa figura de Lizzie se mostraba en toda su línea, echada hacia atrás en la butaquita, con los brazos cruzados sobre el pecho, un poco apretados los labios, fuertemente teñidos de carmín. Al pasar, Joe se asomó a la ventanilla y la llamó, gritando. Ella miró sorprendida; pero ya se habían alejado nuevamente. Media hora después volvieron a encontrarse, y aún caminaron próximos algunos momentos. Pero Joe ya había visto algo que le obligaba a la prudencia. Entonces le advirtió a la joven del grave peligro a que se exponía si abandonaba su coche y la instó a no moverse de él sino en condiciones especialmente favorables. Luego, el capricho de los autos en que iban los separó, y ya no había vuelto a distinguirla entre aquella barahúnda enloquecedora.

—¿Qué es lo que había visto usted antes de hallar a Lizzie por segunda vez? —indagó Hoppe, preocupado.

—Le aseguro a usted que no fue nada que desee volver a ver, míster Hoppe —contestó Wilpe—. Figúrese usted que el pobre Tom Klaes estaba hoy de servicio en las cercanías de la exposición para regular el tránsito. Era un excelente hombre, y yo le conocía bien, porque habíamos nacido en el mismo condado. Mi coche fue, como ustedes saben, uno de los primeros que abandonaron el local del Automobile-House, y cuando atravesé en él la explanada, haciendo aún desesperados esfuerzos para

contenerlo, vi a Tom que blandía su maza blanca y hacía sonar insistentemente su silbato, corriendo de un lado a otro, en un absurdo empeño de dominar aquella invasión desordenada de coches. Creo que no se había dado cuenta aún de lo que ocurría, lo que, al fin y al cabo, nos pasaba a todos nosotros. Me vio desfilar ante él y gritó: «¡Lleva tu derecha, Joe!» Naturalmente, yo no le podía obedecer. Vociferó entonces: «¡Te multaré, Joe; ya estás prevenido!» Ignoro lo que haría después, pero sé que tuvo la triste ocurrencia de tomar una motocicleta del servicio policiaco y correr detrás de esta turba de seres infernales. Se metió en el centro de la llanura. Cuando yo le vi ya estaba desmontado. Ignoro lo que se proponía; pero es seguro que en aquellos momentos tenía bastante con pensar en la salvación de su existencia, porque ya había comenzado a darle caza el «Stull» cuarenta caballos de míster Sterling. El pobre Tom corría y saltaba, sorteando los autos y zigzagueando sin cesar. Yo creo que ya comprendía que estaba metido en un mal negocio, y, desde luego, sabía que el «Stull» le buscaba con un propósito siniestro.

—¡Nunca creeré una historia tan absurda! —interrumpió encolerizado míster Hoppe—. Es bastante ilógico lo que hemos visto, pero me niego a admitir que un automóvil pueda perseguir a un hombre como una fiera. No; no lo admitiré nunca.

—Bueno, sir —respondió calmosamente el joven—. Quiera Dios que no tengamos nosotros que experimentarlo. Permítame usted, tan sólo, que le diga que el infeliz Tom no podrá nunca testificar mis palabras, porque su cuerpo no es más que una masa sangrienta en el centro del llano, y si algo resta de él, está en mi bolsillo, y no es otra cosa que la blanca maza con que dirigía la circulación. Sé que su madre la guardará como un doloroso y querido recuerdo, y por eso la he cogido al verla abandonada en la arena. Pero acaso, sir, si usted conociese la historia de míster Sterling no se admiraría demasiado.

—¿Qué hizo míster Sterling?

—Nada importante que haga reclamar para él un puesto entre los grandes hombres. Y, sin embargo, para cualquier asiduo lector de la sección de sucesos de los periódicos, es más conocido que Washington. El peor chófer que hay en el mundo es él, y apenas ha pasado un día desde que compró el primer automóvil sin que por su culpa no haya vestido de luto una familia. Ha atropellado tantas personas el solo como la mitad de los conductores de la ciudad; ha entrado por los escaparates, ha barrido las aceras, y la tarde que estrenó su «Peengre» doscientos caballos derribó tantas farolas como árboles puede tronchar un ciclón en un bosque. En fin, sir, míster Sterling ha adquirido tan terrible práctica que, por el salto que da su coche sobre el tropiezo y por otros detalles que recoge su educada sensibilidad, sabe, sin mirar al suelo, si ha arrollado a un niño o a un anciano, a un hombre o a una mujer. Y esta ciencia no se adquiere sin muchas observaciones. Los que conocen a míster Sterling dicen que no se equivoca jamás. Ha tenido que pintar su coche de encarnado para que

no resalten las manchas de sangre. Y yo digo ahora, míster Hoppe, que nada tendría de extraño que el «Stull» se hubiese viciado en esa abominable costumbre.

—Dicen —intervino pensativamente Harrison— que los tigres que han probado la sangre humana ya no gustan de otro manjar.

—Como un tigre se ensañaba el «Stull» con el desdichado Tom —afirmó Joe—. Después que lo hubo derribado, pasó y repasó diez, veinte, doscientas veces sobre él. Y también el autobús del Colegio de Santa Teresa.

—¿Y ese autobús tiene asimismo historia?

—No tan abundante, pero si lo ve algún día asomar por la calle que usted transita, hará muy bien en subir a la azotea de la casa más próxima. Llevaba y traía a las niñas del colegio a sus domicilios, y en el camino, rara vez dejaba de laminar a alguien. Esto daba lugar a muchos disgustos, porque al principio las criaturas se impresionaban grandemente; pero después lloraban si el atropellado no era la misma persona que ellas designaban al conductor.

Mientras Wilpe les hacía conocer estas interesantes noticias, continuaron bordeando la meseta para aproximarse al lugar donde era mayor el número de automóviles. Añadió el obrero, después de vacilar un poco:

—Precisamente era ese autobús el que perseguía al torpedo de miss Lizzie. Como el «Stull» no le dejó participar en el aplastamiento de Tom, suponga que, excitado por el espectáculo, buscaría por su cuenta un medio de satisfacer su ansia de sangre. Miss Lizzie se hacía ver demasiado en su coche. Ella y yo éramos los únicos seres humanos que, muerto mi pobre amigo, quedábamos en la llanada.

—¿Entonces?… —preguntó el fabricante, deteniéndose, temeroso de que Wilpe callase algo más terrible aún.

—No creo que haya ocurrido nada, míster Hoppe; se lo aseguro —se apresuró a explicar el joven—. El autobús es un armatoste ingente, sin la ligereza del torpedo, habituado a caminar a la velocidad que las leyes municipales determinan. Es un coche gordo, hipócrita, burgués y tradicionalista. Juraría que no se le ocurre que puede correr más de lo que hasta ahora ha corrido. El torpedo puede burlarle muy bien. Lograremos encontrar sana y salva a miss Lizzie.

Tranquilizados por aquellas palabras, siguieron su busca. Vieron grandes coches detenidos en el borde de los precipicios, registrando el espacio con la proyección de sus luces intensas. Vieron otros con las ruedas delanteras apoyadas en una roca, haciendo sonar sus sirenas con esa tristeza lúgubre con que los perros aúllan a la Luna. Vieron rápidos carruajes correr en competencias juguetonas, como cachorros inquietos. Y camiones de motor achatado, con su traza de cerdos colosales, que se movían con lentitud y parecían ir de un momento a otro a hozar en la tierra… No estaba muy distante la hora del alba cuando Hoppe divisó el torpedo amarillo entre un grupo de autos detenido a unos sesenta metros de distancia. La luz de otros coches le

iluminaba vivamente y se podía ver la silueta de Lizzie, debruzada sobre el volante, como si durmiese. El industrial la llamó con un poderoso grito que naufragó entre el estrépito de los cláxones. Lizzie no se movió. Acosado por tristes presentimientos, Hoppe se lanzó en dirección al auto. Sus compañeros corrieron también, más en su auxilio que en el de la joven, pero el mismo agilísimo Wilpe no pudo dar alcance a su jefe. Varios coches, lanzados en carreras frenéticas, los separaron, y hubo un momento en que el gordo Harrison, perdido en un torbellino de automóviles, se detuvo, mirando ansiosamente en su torno, y pensó con angustia en el trágico fin del guardia Klaes.

Hoppe había conseguido llegar cerca del torpedo amarillo. Si le preguntasen, no sabría decir cómo esquivó los innúmeros autos que cruzó en su camino, veloces como proyectiles. Llegó y, a su llegada, la joven se incorporó y mostró el rostro hermoseado más aún por la alegre sorpresa de aquel socorro. Pero en el mismo instante, el torpedo arrancó, enhebrando su traza ahilada entre los coches que le circundaban, y se alejó. Tanto el industrial como Joe pudieron advertir que la muchacha manipulaba en el volante, y en los frenos, pero sin lograr influir en la dirección del aparato. Marchó y se perdió entre otros coches, fundido en el tropel.

Fue entonces cuando Harrison pudo reunirse, ileso, con sus amigos. Aconsejó una espera en lugar seguro, ahora que sabían que Lizzie no había sufrido daño; pero Hoppe se negó concisamente, y echó a andar en la misma dirección seguida por el torpedo. Joe y el ingeniero, silenciosos, caminaron sobre sus huellas.

De pronto, un grito a sus espaldas. El torpedo había trazado un amplio círculo y regresaba al lugar de partida. Pasó sin detenerse. Lizzie extendió hacia ellos sus brazos.

No le era posible al coche desarrollar toda su velocidad en aquel lugar, que la presencia de otros vehículos hacía dificultosa; pero tampoco era su marcha tan lenta que permitiese a la joven arrojarse de él sin grave riesgo. En la mente de Harrison se formuló la idea de que, en las condiciones en que estaban, primero terminaría aquella persecución con la muerte de los tres, bajo las ruedas de cualquier auto, que con el rescate de la muchacha. Quizá Joe pensaba así también. En cuanto a míster Hoppe, había puesto en tierra una rodilla y apoyado en la otra su codo, apuntaba con la pistola al coche amarillo, contraída la cara en un gesto de violenta atención. Tres segundos… Y la detonación sonó breve y seca, zumbante.

—¡Guau! —hizo el coche; y levantó una rueda.

—¡Es nuestro, es nuestro! —exclamó Harrison, corriendo hacia él todo lo que permitía su barriga.

Pero Joe le agarró por la americana, a tiempo de librarle de ser aplastado. El autobús del Colegio de Santa Teresa se acercaba, negro, charolado, inacabable, grande como el salón de un cine, con su serie de asientos forrados de gutapercha,

pesadote y haldudo, al mismo lento tren con que conducía las niñas hasta su casa. El torpedo amarillo sacudía convulsivamente la rueda herida, sin moverse del sitio. Los tres hombres vieron saltar a Lizzie y avanzar hacia ellos. El autobús se desvió ostensiblemente en dirección a la joven. Treinta metros…, veinte…, cinco… Harrison tapó sus ojos para no ver. La inmensa mole casi tocaba ya el cuerpo de la muchacha. Y entonces, volando sobre el arenoso suelo, Joe llegó. Las luces del autobús le inundaron en su claridad. ¿Iba a morir también en el tardío empeño de salvar a la joven? Inmóvil ante el hinchado vehículo, firme sobre sus pies, Wilpe alzó autoritariamente la mano que sostenía la blanca maza con que el difunto Tom había ordenado durante varios años el tránsito en las calles de la ciudad populosa.

Y el autobús del Colegio de Santa Teresa, ordenancista y burgués, se paró en seco.

Poco después, mientras, sentados en lugar seguro, Hoppe y Harrison oían la cantarina voz de Lizzie, que relataba su aventura, Joe examinaba el destrozo que el proyectil había causado en el coche amarillo. Un sutil alambre cortado por la bala invalidaba aquel sensible mecanismo, en el que nada sobraba ni nada faltaba tampoco. Obediente al impulso de su oficio, Joe restableció la conexión precisa, cerró la plancha que había descorrido para estudiar la avería y marchó a reunirse con sus compañeros. Mas antes de que hubiese dado el primer paso, sintió un leve golpe en su mano derecha. Se volvió. La aguda proa del torpedo —especie de hocico de pez— se alargaba hacia él agradecida y sumisa.

Luego, el coche le siguió y se detuvo a esperarle al borde de la meseta.

Lector: me acongoja la idea de que me retires la estimación que pudieras tenerme al sospechar, ante este indicio, que me dedico a pergeñar fantasías delirantes acerca de lo que ha de ocurrir dentro de un milenio.

No; la verdad es que no lo sé. Y todavía es más verdad que no me importa. Ni siquiera corro detrás de ese misterio tan próximo —pero tan hermético— que se llama «mañana». Me contento con saborear los sucesivos segundos del presente, que es, al fin, la única manera de vivir la vida.

Pero yo he atravesado ayer la plaza de la Cibeles, a pie, quizá a las siete, quizá a las siete y media de la tarde. Y he escrito después. Y en mi imaginación no habría más que fragmentos de pesadillas, en las que todos los personajes eran automóviles de ojos encendidos, iracundos y clamorosos, animados de una vida propia y real, ansiosos de sangre humana.

Fue una imprudencia, y… éste es el resultado. Naturalmente, no lo volveré a hacer…